

**LA HISTORIA BLANQUEADA: UNA LECTURA DE LAS DINÁMICAS  
RACIALES EN LA NOVELA *TIERRA VIRGEN* DE EDUARDO ZULETA  
GAVIRIA**

**ANA MARÍA RAMÍREZ GÓMEZ**

**TRABAJO DE GRADO**  
Presentado como requisito para optar por el  
Título de Profesional en Estudios Literarios

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA**  
Facultad de Ciencias Sociales  
Carrera de Estudios Literarios  
Bogotá, 2014

**PONTIFICIA UNIVERSIDAD JAVERIANA  
FACULTAD DE CIENCIAS SOCIALES  
CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS**

**RECTOR DE LA UNIVERSIDAD**

Jorge Humberto Peláez Piedrahita, S.J.

**DECANO ACADÉMICO**

Germán Rodrigo Mejía Pavony

**DIRECTOR DEL DEPARTAMENTO DE LITERATURA**

Cristo Rafael Figueroa Sánchez

**DIRECTOR DE LA CARRERA DE ESTUDIOS LITERARIOS**

Jaime Alejandro Rodríguez Ruiz

**DIRECTOR DEL TRABAJO DE GRADO**

Rosario Casas Dupuy

**Art 23 de la resolución No 13 de Julio de 1965.**

“La universidad Javeriana no se hace responsable de los conceptos emitidos por sus alumnos en sus trabajos de tesis.

Sólo velará porque no se publique nada contrario al dogma y la moral católica y porque la tesis contengan ataques o polémicas puramente personales; antes bien, se vea en ella el anhelo de buscar la verdad y la justicia”

**Reglamento de la Pontificia Universidad Javeriana**

**A mis padres**

## TABLA DE CONTENIDO

❖ INTRODUCCIÓN.....	9 - 26
<b>1 CAPÍTULO PRIMERO: TIERRA VIRGEN FRENTE A LA CONSOLIDACIÓN DE UNA NACIÓN MESTIZA .....</b>	<b>27</b>
1.1 La construcción de una nación mestiza: antecedentes y consecuencias .....	27
1.2 Los ecos del proyecto mestizo .....	31
1.3 Las huellas del mestizaje en <i>Tierra Virgen</i> .....	35
1.4 <i>Tierra Virgen</i> y el determinismo geográfico .....	41
1.5 El teatro del mundo: Zuleta y sus personajes .....	45
1.6 La educación .....	50
1.7 El matrimonio: la institución para el ascenso social.....	57
1.8 La mirada ante el mundo europeo.....	58
1.9 Lo cristiano .....	61
1.10 Hacia una propuesta historiográfica .....	65
1.11 A manera de conclusión.....	73
<b>2 CAPÍTULO II: UNA LECTURA DE LO NEGRO EN LA NOVELA TIERRA VIRGEN.....</b>	<b>76</b>
2.1 Carmen.....	77
2.1.1 El acervo medicinal: entre el saber académico y popular .....	78
2.2 Juancho y Pedro .....	80
2.3 Doña Clemencia.....	81
2.3.1 Los caminos de la religiosidad: aproximaciones a lo sagrado.....	82
2.3.2 Los juegos de la corporalidad negra .....	86
2.3.3 El buen salvaje.....	90
2.4 Pacho Quintero .....	94
2.4.1 La democracia cristiana .....	94
2.5 Luis Arenales .....	95
2.5.1 La experiencia.....	96
2.6 Rita.....	98

2.7	Liberato .....	99
2.8	Ricardo Romero .....	102
2.9	Los personajes negros frente a la guerra.....	104
2.10	A manera de conclusión.....	105
<b>3</b>	<b>CAPÍTULO III: LAS IMÁGENES DE LO BLANCO.....</b>	<b>107</b>
3.1	Puntos clave para la comprensión del siglo XIX en Antioquia .....	107
3.1.1	La colonización antioqueña .....	107
3.1.2	Las particularidades del siglo XIX en Antioquia .....	110
3.2	Antecedentes de los discursos antioqueños en torno a la raza y el blanqueamiento. 113	
3.2.1	<i>Tierra Virgen</i> frente al imaginario antioqueño.....	118
3.3	Juan Criollo.....	119
3.4	Satanización de lo blanco .....	120
3.5	Fernando Grisales .....	121
3.6	Don Cándido .....	122
3.7	El matriarcado antioqueño: Doña Juana, Rita y Elena .....	123
3.7.1	La mujer en Antioquia .....	124
3.7.2	La economía .....	128
3.8	A manera de conclusión.....	129
❖	<b>CONCLUSIONES .....</b>	<b>131 – 133</b>
❖	<b>BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>134 – 140</b>

REPÚBLICA DE COLOMBIA.—DEPARTAMENTO DE ANTIOQUIA.

# EL MONTAÑES

Revista de Literatura, Artes y Ciencias.

DIRECTOR

Gabriel Tatorre.

AÑO I.

Medellín, Julio de 1898.

Número 11.



Negativo de G. Escovar.

Cliché de Rodríguez y Mesa.

EDUARDO ZULETA

42

## INTRODUCCIÓN

Recordar es una acción ética, tiene un valor ético.  
[...] la insensibilidad y la amnesia parecen ir juntas.  
Pero la historia ofrece señales contradictorias acerca  
del valor de la memoria en el curso mucho más largo  
de la historia colectiva. [...] Hacer la paz es olvidar.  
Para la reconciliación es necesario que la memoria  
sea defectuosa y limitada.

**Susan Sontag**

El siglo XIX representa para la historia colombiana un tiempo neurálgico, donde los discursos en torno a la raza y la nación ocuparon los primeros lugares dentro de la agenda republicana. La tarea emprendida por intelectuales y cartógrafos llevó a la consolidación de una geografía que más allá de definir límites territoriales y trazar ríos, montañas y planicies, se convirtió en un trazado de sus poblaciones que hizo de la raza el cimiento más fuerte para sostener el ideal de progreso y modernización.

Así, la semilla de la República sembrada en tierra americana llevaba consigo el amargo sabor de la exclusión ya que fueron los criollos, hijos de españoles rechazados políticamente por parte de la Corona por haber nacido en América, los encargados de sembrarla. De allí que la utopía del mestizaje, resguardada en la promesa de una nación igualitaria y justa, sentara las primeras bases de un complejo sistema de segregación en donde el privilegio de lo blanco significó la exclusión de cualquier otro elemento racial al que sólo se le permitía participar de la República siempre y cuando fuera sometido a un rigurosos proceso de blanqueamiento, en donde no sólo está implicado el color de la piel, sino los tintes de su historia, los matices de su cultura y de su memoria.

La colosal tarea de unificar a la nación en una sola historia, una sola raza, una sola lengua y un solo Dios, en medio de un territorio de suelos, climas y poblaciones tan diversas, no podía arrojar otro resultado que el de una nación fragmentada en donde el sentimiento de incompreensión y el deseo de marginalización del 'otro' terminaron por definir, lamentablemente, a la Colombia contemporánea.



De allí que la resistencia a un estudio riguroso de la raza como concepto, a sus modificaciones históricas y la influencia que ha ejercido en el proceso de consolidación de nuestras naciones es una forma de obviar el origen de muchos de los problemas que marcan nuestro presente. Es por esto que una de las motivaciones esenciales para la escritura de estas páginas es la conciencia de que, como lo propone el historiador cartagenero Alfonso Múnera,

Es necesario, para un análisis serio del pasado colombiano, discutir el proceso de formación de entidades étnicas y raciales, la dinámica de sus conflictos y por otra parte, la peculiaridad de los territorios y el proceso mediante el cual se perciben dichos espacios físicos y se les adscriben identidades particulares como localidades y regiones” (2005.18).

Sin embargo, no considero que la tarea de rastrear estos procesos de formación o de análisis de las dinámicas históricas de la raza y de sus configuraciones sociales y discursivas sean tareas privativas de la sociología, la antropología y la historia, ya que la literatura y los estudios literarios como disciplina pueden enriquecer las preguntas y ampliar, desde sus propios mecanismos y formas de aproximación, las fronteras de sus posibles respuestas.

Fueron las complejas relaciones sioraciales vividas en Remedios, uno de los pueblos de mayor explotación minera de Antioquia, el motivo principal por el que fue escogida para este trabajo la novela *Tierra Virgen*, publicada en 1897 por el escritor antioqueño Eduardo Zuleta Gaviria. En ella, la visión frente a la cuestión racial no se limita a la tensión maniquea entre lo blanco y lo negro, sino que multiplica y hace de dichas dinámicas sociales un apretado tejido de intrincados hilos que se extienden de manera inevitable a relaciones sociales y de clase, lo que la aparta considerablemente de los discursos y pretensiones homogeneizadoras de la época.

La presente lectura de la novela se centrará en un detenido análisis de las dinámicas raciales que en ella se recrean. Para ello se dio especial prioridad en el primer capítulo al análisis de los puntos de enunciación así como a los posicionamientos que la novela asume frente al proyecto nacional, de la mano de otras variables muy ligadas a dos elementos claves dentro de la novela: la clase y la posición económica. En el segundo capítulo se hará un estudio

detallado de los personajes negros para identificar sus formas y métodos de construcción, así como los mecanismos de participación e integración de los que Zuleta se vale para representarlos.

Por último, el tercer capítulo se ocupará inicialmente de un rastreo de los puntos clave para la comprensión del siglo XIX en el departamento de Antioquia. Con esto se busca identificar el comienzo de los discursos antioqueños en torno a la raza que sirva de base para el posterior análisis de los personajes blancos en *Tierra Virgen*. Para cada uno de los capítulos fue necesaria una revisión de los estudios históricos y antropológicos enfocados en este problema. No obstante, el objetivo que persigo no es hacer del texto literario un instrumento en el que la historia y la antropología reflejan sus hallazgos, sino que, por el contrario, busco entablar un diálogo que problematice el encuentro de estas tres disciplinas. Para esto es necesario aproximarse al texto, no como un objeto para la comprobación sino como un centro de nudos problemáticos que deben ser desatados. Igualmente, es preciso comprender que la obra es, por encima de todo, un objeto social, por lo cual es imposible, como lo propone Beatriz Sarlo, someterlo a un aislamiento histórico.

De igual manera, las posibilidades de lectura de una obra consiguen modificarse, empobrecerse o dinamizarse con el transcurso del tiempo, de las múltiples formas de posicionamientos discursivos, geográficos e históricos de sus lectores surgen métodos muy distintos de aproximación. Por lo cual es este devenir histórico al que está sujeto el texto el principal impedimento para considerar a la obra como un objeto terminado o concluido en el momento de su realización.

Esta relación entre historia y literatura no ha sido nunca estable, ya que esta última comprende, como lo señala Sarlo, una de las dimensiones de lo simbólico que hacen parte integral de la vida social. De allí que ese devenir no sea trasladado de forma mecánica al texto, sino que es siempre sometido a un proceso de construcción en el que se ven implicadas formas de la mutación y la transformación de esas realidades:

Desde la perspectiva histórica la literatura no podría ser tratada como representación con palabras de una realidad exterior sino como construcción que forma parte de esa realidad, que trabaja con ella, que la altera, en un sentido que jamás es arbitrario,

aun cuando sea a veces una de las realizaciones más extrañamente libres de la determinación colectiva. (1990.6).

La literatura moldea ese material con el que consigue un sinnúmero de formas. Las reimprime y las repiensa, incluyendo, excluyendo, negando y afirmando y a veces todo al mismo tiempo. De allí que la naturaleza de esta relación sea en esencia problemática aunque imposible de negar.

De manera que la obra que procederemos a analizar no deba ajustarse a mis necesidades argumentativas ni a la de los estudios antropológicos aquí mencionados, sino que el respeto de los límites que la obra misma se encarga de trazar, así como las claves interpretativas que este mismo arroja, se convierten en la única y verdadera guía, tal como lo propone Umberto Eco en su texto *Interpretación y sobreinterpretación*:

Cualquier interpretación dada de cierto fragmento de un texto puede aceptarse si se ve confirmada – y debe rechazarse si se ve refutada – por otro fragmento de ese mismo texto. En este sentido la coherencia textual interna controla los de otro modo incontrolables impulsos del lector. (77.1997).

Antes de dar comienzo al análisis de dichas dinámicas es fundamental comprender y dejar en claro cuál será la definición del concepto de raza que el presente trabajo tomará como guía. Para empezar, es necesario decir que al igual que Peter Wade considero que el gesto de referirse a este término y a otros como el de ‘negro’ o ‘negritud’ con eufemismos más amables puede ser, de una u otra manera, el comienzo de nuevos mecanismos para invisibilizar o aminorar la magnitud histórica que pesa sobre estos términos. De manera que si son estos los conceptos que buscan ser puestos en crisis o de los que al menos busco una relectura histórica, es necesario no desaparecerlos sino, por el contrario, convertirlos en el foco principal de nuestra atención.

En primer lugar, el concepto de ‘raza’ no posee ningún fundamento ni justificación como categoría biológica, aunque, como expliqué en el párrafo anterior, lo considero pertinente como categoría analítica. Es claro también que aunque el concepto de ‘raza’ parte de una construcción social, veo necesario, siguiendo a Peter Wade, hacer una distinción entre las categorías de ‘raza’ y ‘etnicidad’ que

No pueden ser separad[a]s radicalmente porque amb[a]s se refieren a identidades establecidas en la interacción entre el identificarse a sí mismo y el identificar al otro, a nivel individual y colectivo; ambas se refieren en cierto sentido a los orígenes de una persona y de una colectividad, y a cómo estos orígenes influyen en el ser social (1997.17)

Así, Wade continúa diciendo que las identificaciones raciales utilizan las diferencias físicas que se han convertido a lo largo de la historia en objetos de manipulación ideológica vigentes hasta nuestros días. En contraste, “las identificaciones étnicas se entienden mejor como aquellas que utilizan diferencias culturales” (1997.17) que han adquirido especial relevancia en los encuentros entre varias agrupaciones. Igualmente, es claro que a partir de las variaciones fenotípicas la cultura puede construir sus propias identificaciones, aunque esto no signifique una asociación siempre directa o proporcional.

Esta diferenciación entre ‘raza’ y ‘etnia’ se convierte en un punto clave para el análisis de las dinámicas raciales presentes en la novela, ya que aunque un mismo personaje pueda adscribirse a una determinada categoría racial, dicha categoría no se convierte en un imperativo para definir sus matices étnicos o culturales, como se buscará demostrar a lo largo de estas páginas.

Adicionalmente, es necesario subrayar que el término ‘raza’ posee, al igual que otros conceptos de difícil definición, unos vuelcos y transformaciones históricas que aunque muy interesantes, resultan inabarcables en estas páginas. De manera que sólo sea preciso señalar que la construcción actual del concepto de raza, todavía problemática, era para el siglo XIX una expresión más difusa y relativa. Eduardo Restrepo destaca que incluso en el siglo XX es imposible advertir un consenso a propósito del término en teóricos raciales como Miguel Jiménez López, Luís López de Mesa o Laureano Gómez:

El término ‘raza’ se sustituye, yuxtapone y contrapone a una amplia gama de palabras. Jiménez superpone una serie de términos que parecen operar como sus sinónimos: ‘tronco racial’, ‘agregado étnico’, ‘sangre’, ‘variedad humana’ y ‘cepa’, entre otros. Remplaza reiterativamente ‘raza’ por ‘población’, ‘pueblo’, ‘país’ y

hasta nacionalidad. Habla de ‘nuestras razas’ en plural, pero más a menudo de ‘nuestra raza’ en singular. (2007.54)

Aunque en la mayoría de los pasajes de *Tierra Virgen* esta palabra es empleada como una forma de diferenciación entre blancos, negros, zambos, indígenas, mestizos y mulatos, es posible encontrar otros casos en los que el término se emplea de manera más general para aludir a la ‘raza humana’. El lector puede encontrarse incluso con pasajes en los que el concepto llega a perderse entre otras asociaciones cada vez más difíciles: “– ¡La Patria! Eso es una cosa relativa. Patria para nosotros es la familia, el barrio, el pueblo, el Departamento, la Nación, el Continente y la raza misma” (1897.343).

Sin embargo, más adelante se hará una nueva mención del concepto en la novela del que podemos sacar algunas conclusiones sobre lo que Zuleta entendía por ‘raza’: “Que hay defectos, es un hecho, pero éstos son defectos de raza, defectos inherentes á la topografía y á las mismas buenas condiciones orgánicas de pueblo” (1897.353). De manera que aunque se aleje incluso más de las nociones actuales, podemos concluir, por el momento, que Zuleta descrea de cualquier determinismo a priori que condene al sujeto por su carga genética o biológica, y que traslada su definición a las condiciones que rodean al sujeto pero que no le son inherentes, idea que será estudiada con detenimiento en el segundo capítulo. Por ahora, permítame el lector presentar una breve síntesis de los principales sucesos que tienen espacio en la narración.

La acción de la novela se desarrolla en el pueblo de Remedios, situado al nordeste del departamento de Antioquia. Pese a que son pocos los referentes temporales, sabemos que la novela transcurre hacia mediados del siglo XIX y se extiende, por su naturaleza de saga, hasta los albores del siglo XX. El tiempo en la narración consigue dilatarse en algunos sucesos, así como dar veloces saltos en unas cuantas líneas.

El joven Manuel Jácome oriundo como su madre de Santa Fe de Antioquia, logra llegar a Remedios luego de varios días de viaje. Allí permanecería brevemente antes de seguir su camino hacia Bogotá, a donde doña Juana planea enviarlo para comenzar sus estudios en jurisprudencia bajo recomendación del obispo de la ciudad el señor Gómez Plata. En el pueblo se prepara un suntuoso baile en casa de Cándido Suárez y su esposa Doña Genoveva,

los padres de Adelaida Suárez. Debido a la escasez de jóvenes de alcurnia, Don Cándido invita al recién llegado para que establezca relación con su hija. Sin embargo, no será ésta la elegida sino Elena Silvestre otra joven blanca y de apellido. Pocos días pasan antes de que Manuel declare su amor y convenza a su madre de suspender el viaje a Bogotá; un año le será suficiente para casarse con Elena luego de haber trabajado en la mina de Juan Criollo.

Se narra a continuación, su ascenso económico y social que los lleva a ocupar las posiciones más distinguidas del pueblo, lo que le permite a Manuel abandonar el trabajo en la mina para dedicarse al comercio y al negocio de las importaciones por el puerto de Magangué, situado sobre el Río Magdalena. Con la prosperidad económica vienen también los hijos: Carlos, Enrique, Rosaura y Pedro. Carlos, el mayor, fue enviado a Medellín donde años después, se graduó de abogado con una tesis sobre legislación minera.

Doña Juana, por su parte, al verse obligada a permanecer en el pueblo, invierte los ahorros destinados para la educación del hijo en acciones de minas locales, lo que la lleva a convertirse en una de las mineras más renombradas de la región y en la mujer más rica de Remedios. No obstante, este periodo de bonanza se interrumpe abruptamente a causa de un devastador incendio que sepultará a los Jácome en una prolongada ruina, ya que sus almacenes quedan reducidos a cenizas. El largo y difícil proceso de recuperación es entorpecido por un golpe incluso peor: la guerra civil de 1851. Sin distinción de partidos, aquellos que tiempo atrás vieron crecer con envidia la fortuna Jácome, ahora aprovechan para expoliarlos, exigiéndoles contribuciones forzosas.

En medio de esta difícil situación, Manuel enferma de cáncer y muere, dejando a la familia en la miseria, muerte seguida por la de su madre doña Juana. Carlos, regresa a su pueblo para encargarse de la educación de sus hermanos y tratar de recuperar las propiedades de la familia.

Algunos personajes secundarios cobrarán una importancia especial. Entre ellos están Luís Arenales, Pacho Quintero y Fernando Grisales. Luís es un mulato que en su juventud fue

uno de los mejores amigos de Manuel. Hizo carrera como empleado en una mina de inversionistas ingleses y goza de mediana fortuna. Pacho Quintero es un zambo que a fuerza de trabajo acumuló un importante capital y se distingue de Arenales por tener una actitud menos rencorosa y demostrar siempre la importancia de la caridad. Su hijo Joaquín Quintero llega a ser Representante a la Cámara por Antioquia. Durante la guerra civil, Grisales, al mando de un grupo de soldados, persigue a los Jácome y manda a asesinar a Pacho Quintero.

La última parte tendrá lugar en Londres, más o menos unos diez años después de estos últimos acontecimientos. Pedro Jácome, el hijo menor de Manuel será, en compañía de su amigo y coterráneo Simón, hijo de Luís Arenales, el protagonista de este último capítulo en donde entablarán un extenso diálogo en torno a grandes temas que iremos visibilizando más adelante.

#### ❖ Algunos apuntes biográficos sobre Zuleta

Gracias a las páginas de Luís Eduardo Nieto Caballero publicadas en 1937 en el *Boletín de la Academia Colombiana* sabemos que la historia narrada por Zuleta en *Tierra Virgen* fue en realidad la historia de sus padres: Benito Zuleta y Lorenza Gaviria Vieira: “Por concejo del obispo Gómez Plata, la abuela paterna de Zuleta, doña Bonifacia Moreno, había determinado traer a don Benito a Bogotá con el fin de que cursase aquí jurisprudencia” (1937.403). Luego de conocer a doña Lorenza todos esos planes son remplazados por el deseo de contraer matrimonio con la yolombero, lo que lo llevó a dedicarse al comercio y la minería. Pese a esto

Doña Bonifacia Moreno no se resignó jamás a ver frustrada su ilusión de tener una notabilidad en la familia, y se propuso sacar un doctor de alguno de sus nietos. De aquí el que Eduardo Zuleta se hubiera criado como quien dice a los pechos de los clásicos españoles. (1937.404)

Zuleta nace en el año de 1862 en Remedios, un pueblo minero ubicado en el nordeste del departamento de Antioquia. Estudió medicina en la Universidad de Antioquia y completó sus estudios en la Escuela Nacional de Medicina de Bogotá y en el College of Physicians and Surgeons en el Columbia College de la ciudad de Nueva York. En el campo político y diplomático,

Como todos los colombianos de alguna importancia, Zuleta concurrió a la Asamblea departamental, al Concejo Municipal de Medellín y al Congreso Nacional. Fue también secretario de las legaciones de Colombia en España, Francia y Bélgica, encargado de negocios en París, y enviado plenipotenciario en Venezuela. (1937.404).

En el campo científico y académico, se desempeñó como rector de la Escuela Nacional de Minas de Medellín de la Universidad de Antioquia, así como de la Escuela de Agricultura y Veterinaria de Bogotá. Luego de quince años de labor pedagógica sirve como presidente de las Academias de Historia y de Medicina de Medellín y de la Colombiana de Historia en la capital de país. Nieto Caballero subraya también la importante participación de Eduardo Zuleta en diversas publicaciones periódicas en donde firmó con los seudónimos de José Luís Ríos y Julio Torres.

Periódicos y revistas, como «La justicia», «El Montañés», «Alpha», «El Repertorio», «La Miscelánea», «El Colombiano», «El Régimen», «La Organización», y «El Espectador», en Antioquia; y «El Tiempo», «Mundo al Día», «La República», «El nuevo Tiempo», y «Senderos» en Bogotá. (1937.405)

Eduardo Zuleta contrae matrimonio con Pepa Ángel, una mujer blanca y de acaudalada familia, por entonces criticada por desposarse con un hombre de piel más oscura. Entre sus hijos destaca Eduardo Zuleta Ángel quien se desempeñó como magistrado de la Corte Suprema. Zuleta muere el 12 de agosto de 1937 en la ciudad de Bogotá.



### ❖ *Tierra Virgen* frente a la crítica

Esta novela publicada por primera vez en 1897 por la Imprenta del Departamento en Medellín tiene tan sólo dos reimpressiones, una en 1978 y la última en 1996 a cargo de Carlos Valencia Editores. La reimpresión de 1978 lleva una introducción de Rosario Casas que luego es suprimida en la edición de 1996, basada en su trabajo *Los comienzos de la literatura nacional en Colombia: La obra de Eduardo Zuleta*. En general, sus páginas han provocado pocos pronunciamientos por parte de la crítica y muchos de ellos, lejos de ser rigurosos estudios, no pasan de ser breves comentarios.

Igualmente, es necesario comprender que este es un momento especialmente álgido para la crítica ya que la literatura antioqueña atravesaba por uno de sus momentos más fértiles en donde grandes cambios en la manera de escribir, de concebir la realidad y de trazar sus vínculos con la literatura se estaban gestando. De allí que la preocupación de los críticos por a la definición de categorías como ‘regionalismo’, ‘costumbrismo’, ‘colorismo local’, ‘novela lugareña’, ‘novela regional’, ‘novela natural’, ‘novela real’ entre muchas otras, fueran una prioridad. Así, pese a que han sido numerosos los señalamientos en torno al tema racial presente en la novela, son casi nulos los análisis detenidos que amplían la visión del problema, lo que se convirtió en una motivación adicional para el presente estudio.

Tomás Carrasquilla será el autor de las páginas más lúcidas jamás escritas sobre *Tierra Virgen*, publicadas por el periódico literario *El montañés* en 1897. Este estudio crítico fue incluido a manera de prólogo en las dos ediciones de Carlos Valencia. Pese a no ser el primero en pronunciarse, será su rigor crítico el que nos permita crear un interesante paralelo frente a los demás estudios. Su crítica se inicia señalando que no se han aplicado a la novela los criterios adecuados, ni el punto de vista conveniente, ya que ha sido abordada a partir de lo que él denomina como ‘convencionalismos retóricos’.

Es así como el rótulo de ‘regionalismo’ se convirtió en el único medio de aproximación a la obra, de allí que todo lo que rebasara los límites trazados por esta categoría recibía el título de defectuoso. Carrasquilla aclara que si por ‘regionalismo’ se entiende la relación del hombre con su medio, entonces no sólo esta novela sino casi todas las obras deberían ser clasificadas dentro de esa categoría, pero si por ella se entiende el *estudio* de ese medio

entonces *Tierra Virgen* no puede ser definida como tal, dado que se ocupa más del “alma de los personaje que del fondo del cuadro” (1996.14), lo que termina por convertirla según sus palabras, en una novela más ‘psicológica’ que descriptiva.

Carrasquilla señala además que eso que los críticos juzgaron como ‘falta de unidad’ se convierte para él en una cualidad dado que expresa la vida tal cual es “con las trivialidades e insignificancias cotidianas” (1996.14), que hace de la obra un producto más humano y en consecuencia más cercano a la verdad. Este mismo concepto se extiende al ataque de otros críticos a propósito de la palidez con la que están delineados los personajes. Para él esa capacidad que tienen de perderse en lo ordinario de la vida debe ser reconocida como un mérito puesto que se acerca a nuestra realidad más próxima: “todos representan una debilidad, una manía, una miseria de la humanidad” (1996.23).

Las formas populares del lenguaje de las que Zuleta se vale para representar a sus personajes fue, como se verá más adelante, otro elemento que la crítica no tardó en definir como una reprochable incorrección. No obstante, Carrasquilla reconoce que

Siendo la palabra lo mejor que da a conocer al individuo y a la colectividad, dado que la palabra es el verbo, el alma de las personas, no debe esta palabra cambiarse por ninguna otra más correcta ni más elegante, porque entonces se les quita a los personajes pintados o descritos la nota más precisa, más genuina, de su personalidad. [...] no siempre lo pulido, lo culto y lo correcto, es lo hermoso. (1996.25).

En cuanto al tema racial Tomás Carrasquilla desmiente en sus páginas la idea, tan defendida por otros críticos, según la cual *Tierra Virgen* representa una ciega defensa de los negros:

Mucho han valido y valdrán, probablemente, los timbres nobiliarios; pero ellos solos nada alcanzan, nada pueden en los tiempos que corren: dinamos más pujantes dominan hoy al mundo. Si en los negros están la virtud, el talento, el dinero, en los negros está el poder. Si tal fuere... arriba los negros! Y los blancos nulos, que nada tengamos fuera de nuestra sangre añil, hagámonos a un lado. (1996.31).

Este análisis de la relación establecida en la novela entre raza y clase toca un punto fundamental, ya que reconoce la movilidad que el componente racial puede alcanzar cuando dialoga con otro elemento igualmente dinámico como es la clase. Carrasquilla destaca, igualmente, que lo que se entiende en *Tierra Virgen* por aristocracia es en realidad una aristocracia del alma a donde “toda la servidumbre, todos los negros de la casa, entran como los amos en ese blasón que no ha reconocido la heráldica” (1996.22). Estas páginas concluyen con una pregunta substancial: “¿Deberá el poeta, el novelista, modificar su estética, verter a medias la luz de su cerebro, rebajarse ante sí mismo para ser comprendido por sus coterráneos?” (1996.35), pregunta que debió ser resuelta por casi todos los críticos que procederemos a estudiar.

Aunque en adelante se hará un rastreo crítico general, haré hincapié en los comentarios directamente relacionados con las dinámicas raciales presentes en la novela. El primero es el de Manuel Antolínez, quien publica en junio de 1897 una extensa crítica titulada *Palique* en donde predomina una visión maniquea entre lo metropolitano como lo civilizado y lo periférico como lo salvaje: “Por último, naturaleza salvaje, ardiente que vivifica y mantiene al hombre que la posee en la justa creencia de que ella compone un *mundo* distinto del otro *mundo* del al lado, el antioqueño” (1897.279). Pese a que el esfuerzo de Zuleta se concentra en romper con estas categorías y quebrantar estos supuestos entre civilización y barbarie, así como desmentir la feliz triada formada por el blanco, el negro y el mestizo, Antolínez termina por estereotipar a los personajes a través de rótulos raciales, dado que se refiere a la novela como un análisis de los sentimientos de la raza blanca, negra y mestiza. Asimismo, predomina en sus palabras el deseo de salvaguardar al pueblo antioqueño en el terreno de lo civilizado, a pesar del esfuerzo de Zuleta por mostrar a Antioquia en toda su pluralidad racial, social y económica.

En julio del mismo año aparece en las páginas de la *Revista Nacional* el comentario crítico de Lorenzo Marroquín titulado *Tierra Virgen* en donde se describe a la novela como una oda a la antioqueñidad por ser un ejemplo de “el brío y pujanza de una raza privilegiada [que] lucha contra la naturaleza primitiva” (1897.215). Claramente, en la novela sí es posible advertir un reconocimiento a la tenacidad antioqueña transmitida sobre todo por sus personajes femeninos, como se analizará detenidamente en el capítulo tercero. No obstante,

reducir la novela a una glorificación de Antioquia es desatender a los múltiples matices que en ella se proponen.

En agosto de 1897, Max Thein publicará un interesante comentario a favor de la novela en el que la califica como una “novela social en que se habla no ya de determinados individuos a los que se aísla del resto de la humanidad, sino de agrupaciones representadas por individuos” (1897.304). Esta lectura es una de las pocas que alejada de los rótulos tradicionales de ‘costumbrismo’ y ‘regionalismo’ con los que se suele clasificar erróneamente *Tierra Virgen*, opta por una categoría renovada como ‘novela social’ con la que se da mucha más relevancia a las dinámicas raciales, económicas y de clase.

En marzo de 1898 el crítico madrileño Eduardo Gómez de Baquero publica en la revista *La España moderna* un par de páginas dedicadas a *Tierra Virgen* en la que califica a la novela como “algo desmadejada y á esto se le suma una gran incorrección del lenguaje” (1898.127). En general, su crítica está cargada de una nostalgia colonial que en un afán por atacar la perversión a la que Zuleta somete la casta lengua española, se convierte en un impedimento para comprender las razones raciales, culturales, sociales e históricas por las que estos giros lingüísticos hacen de la novela una obra única para su tiempo como se verá en el segundo capítulo.

El único texto dedicado a un análisis del elemento racial en la novela lo publica Tulio Ospina en 1898 con el título *La lucha de las razas en “Tierra Virgen”* en donde reconoce que desde la fecha de publicación de la novela hasta ese año, la crítica se concentró en otras cuestiones de manera que “el propósito trascendental de la novela – la lucha de razas – no paramos mientes en aquel entonces” (1898.68). Esta es quizá la única línea sensata que el lector podrá encontrar entre estas páginas, ya que juzga a Zuleta por ser un agitador social que busca luchas y confrontaciones raciales donde, según el señor Ospina, no las hay. Asimismo, su obsesión por ver en la novela un ataque a lo blanco y un desmesurado enaltecimiento de lo negro, niegan la posibilidad de reconocer que el propósito de sus páginas es, contrario al de sus juicios, reevaluar los prejuicios históricos que pesan sobre estas dos categorías.

Ese mismo año José Montoya publicó en el periódico *El Montañés* un breve artículo titulado *Días Oscuros* en el que destaca la idea de que “Esa lucha entre las clases que se forman en las aldeas, sin antecedentes de sangre se encuentra en la novela de Zuleta descrita de una manera intensa y artística” (1898.414). Pese a que esta idea enriquece considerablemente su lectura, es claro que la página y media que Montoya dedica a la novela no basta para desarrollarla. Montoya reconoce el interés de Zuleta por plasmar en *Tierra Virgen* no sólo una confrontación racial entre blancos y negros, sino que advierte el interesante papel que juega la clase, lo que contribuye a integrar estos dos elementos y no evaluarlos como factores aislados como se estudiará en el primer capítulo.

Una década de silencio pasará antes que Roberto Cortázar publique en 1908 su libro *La novela en Colombia* en donde, al igual que Ospina, ataca a Zuleta por su excesiva defensa del negro y su tajante condena frente a lo blanco ya que, según él

Defiende a los segundos y terceros, [zambos y negros] haciéndolos parecer de mejor carácter, de más nobles sentimientos [...] Éstos [los blancos] hombres y mujeres, aparecen como figuras detestables, llenas de vicios degradantes en unos, de ridiculeces y ruindades en otros” (1908.150).

Esta idea será reevaluada a lo largo de los siguientes capítulos en donde personajes como Zoilo Pereda, Elena, Doña Juana y otros caracteres menores mostrarán la otra visión del blanco construida por Zuleta y que nunca nadie señaló anteriormente. A este reclamo se sumarán las páginas de Luís Augusto Cuervo publicadas en 1937 en el *Boletín de Historia y Antigüedades*. En ellas describe igualmente a la novela como una lucha de razas de ferocidad implacable “llevándose el peor puesto por su corrupción y ruindades la del origen caucásico. Los negros tienen en la obra que describimos un campo de armiño para mostrar sus virtudes y sufrimientos; son las víctimas indefensas del blanco insaciable” (1937.557).

El año de 1937 será un año relativamente fértil para la crítica de la novela por ser el de la muerte de su autor. No obstante, muchas de las remembranzas a la figura de Zuleta se limitarán a comentarios generales a propósito de la obra como lo son las páginas de Luís Eduardo Nieto o las publicadas por Julio César García en 1938 en los *Anales de la Universidad de Antioquia*. Después de este año *Tierra Virgen* se ve relegada a un silencio

crítico de casi cuarenta años hasta la aparición de la *Evolución de la novela en Colombia* publicada por Antonio Curcio Altamar en 1975. Su comentario dedicado a la novela lo sitúa dentro del capítulo titulado “Novela Realista”. Ante estas páginas Rosario Casas sostendrá en su estudio sobre *Tierra Virgen* publicado en 1977 que:

Parte de una contradicción: afirma Curcio que *Tierra Virgen* consta de “una serie de cuadros costumbristas”, no muy bien encajados en la trama, especialmente el último [*Fin de Siglo*] que no tiene nada que ver con el resto del libro. La contradicción reside en el hecho de afirmar que una novela realista esté compuesta por cuadros costumbristas. (1977.8).

Siguiendo a Lukàcs, Casas traza la división entre ‘realista’ y ‘colorista’: “el escritor realista selecciona los rasgos más esenciales de una realidad concreta para recrearlos en su obra, sin caer jamás en la descripción fotográfica e indiscriminada de todo cuanto lo rodea. El colorismo se acerca más a esta última acepción, ya que sólo pinta” (1977.24). Casas continúa diciendo que el ‘realismo’ implica una *recreación* problemática y crítica del autor frente a esa realidad, por lo cual se diferencia radicalmente del tan conocido ‘cuadro de costumbres’ dado que éste se encargaba de *reproducir* más no de *recrear*, de allí que el comentario de Curcio Altamar parta de una innegable contradicción.

Esto lleva al riguroso estudio de Rosario Casas Dupuy *Los comienzos de la literatura nacional en Colombia: la obra de Eduardo Zuleta* a convertirse en la aproximación crítica más completa sobre la novela hasta ahora publicada. En ella se sitúa a *Tierra Virgen* dentro de un panorama general de la literatura y la crítica, centrado en la necesidad de modificar el rótulo de ‘costumbrista’ y de rescatar los valiosos aportes de la novela que “una crítica literaria superficial, subjetiva y carente de criterios rigurosos para sus investigaciones literarias” (1977.33), terminó por someterla a un deliberado olvido.

Esta novela que se ajusta a la definición dada por Carrasquilla de la novela como “un pedazo de vida reflejado en un escrito por un corazón y una cabeza”, constituye otro intento por alejarse del color local, del costumbrismo de mirada idílica, para lograr una novela crítica, una novela social, que tiende a la tipicidad o unión de lo

particular y lo general de personajes y situaciones en la recreación fiel de una realidad concreta” (1977.6).

Casas advierte en la novela de Zuleta el comienzo de una literatura nacional puesto que, siguiendo a Mariátegui, encuentra en ella una expresión de “«la personalidad y el sentimiento propio de un pueblo»” (1977.5).

El siglo XX cierra con tres críticas más: la primera de ellas publicada en 1996 por Juan Gabriel Vásquez quien, viciado por los prejuicios de un lector contemporáneo, no puede más sino saturar esas escasas dos páginas de adjetivos como ‘pésimo’, ‘torpe’, ‘impreciso’, ‘artificial’, ‘impúdico’, ‘desafortunado’, ‘ligero’, ‘fracaso’, ‘fallido’ que más allá de descalificarla no proporciona verdaderos argumentos, siendo su ejercicio crítico una penosa labor. En 1997 Jorge Alberto Naranjo publica en la revista *Contextos* algunas páginas dedicadas a la figura de Zuleta, en la que hace un recuento de su vida y de los comentarios críticos de los que su novela ha sido objeto. Pese a la utilidad de muchos de sus datos, Naranjo se limita a una labor de rastreo sin emitir ningún comentario.

Por último, Álvaro Pineda Botero dedica algunas páginas a *Tierra Virgen* en las que, pese a reconocer como elemento fundamental el que “Zuleta no presenta a sus personajes en posiciones determinadas e inamovibles” (1999.349), en el siguiente apartado titulado *Determinismo* termina por decir que “los individuos no son totalmente libres. Su ascenso social está condicionado por fuerzas deterministas como el clima y la herencia” (1999.350). Este problema, que en la novela cobra matices tan especiales, será cuidadosamente analizado en los capítulos uno y dos en donde las ideas de teóricos raciales como José María Samper o Jorge Bejarano, complementadas con las de Codazzi y Rousseau permitirán un serio contraste con las formas de ascenso y descenso social que Zuleta decide para sus personajes y que van mucho más allá la geografía y el clima. Con esto cerramos el panorama crítico en el que se dibujaron los principales problemas y cuestionamientos en los que se centrarán las siguientes páginas y veremos algunas ideas a propósito de la literatura y la crítica que determinan, de una u otra manera, el proceder literario de Zuleta.

❖ **Eduardo Zuleta: Breves apuntes sobre su concepción de la literatura y el oficio del escritor.**

Eduardo Zuleta fue miembro de la tertulia *El Casino Literario* fundada en 1887 y aunque es difícil enumerar con precisión sus miembros sabemos que entre ellos figuran Tomás Carrasquilla, Carlos E. Restrepo, Emilio Peraza, Camilo Villegas, Enrique Ramírez entre otros. Para su tercer aniversario la imprenta del periódico *El Espectador* publica una pequeña antología de textos escritos por sus miembros y en cuya introducción, a cargo de Carlos E. Restrepo, se condensan a manera de manifiesto los principios esenciales que rigen esta tertulia.

El casino literario no ha tenido aspiraciones de cuerpo docente y doctrinal. Cada miembro obedece á propio impulso y escribe como puede y quiere, pero nunca con sujeción á determinado sistema estético. Esto quiere decir que no pretendemos ser limpiadores del idioma [...] profesamos una dilatada libertad de conciencia literaria en la que cada cual se mueve a su sabor. Tanto admiramos á la modernista Pardo Bazán como al cantor idealista de Granada (1890.III)

Aunque no hay ensayos o escritos en los que Zuleta manifieste sus concepciones a propósito de la literatura, del ejercicio del escritor o del crítico, hay unas pocas líneas en la novela, presentes en el capítulo *Fin de siglo (en Londres)*, en donde salen a relucir algunas de sus ideas, que empatan muy bien con las anteriormente citadas:

La religión, la política, la posición social, la simpatía personal, todo eso hace que los juicios sobre las obras de los contemporáneos no se puedan tomar como sinceros, por regla general. Las escuelas, las tendencias, las reglas, no aparecen sino después de que un cerebro original ha pasado por encima de las prácticas anteriormente establecidas. Vienen entonces los Monlaus y hacen un libro de recetas para hacer dramas y novelas. Pero aparece luego otro espíritu con fuerza bastante para romper lo que ya tienen los compiladores como dogmas estéticos y entonces vienen otras recetas y otras fórmulas. No son las reglas las que hacen buen escritor á un hombre. Es la fuerza inicial de que disponga. (1897.361).



En efecto, una parte importante de los críticos de *Tierra Virgen* terminaron por condenar, de una forma u otra, la novela como resultado de sus propios posicionamientos o sesgos políticos, regionales, raciales o sociales. Sin embargo, como una forma de respuesta anticipada a la avalancha de críticas, Zuleta concluye diciendo que “Un artista debe ser siempre sincero é independiente para no dejarse imponer reglas de los críticos ni del público mismo” (1897.363).

La lectura de *Tierra Virgen* tiene tanto sentido para un lector contemporáneo como lo tuvo para sus lectores desde 1897. Con ella se pueden abrir nuevos e interesantes caminos para la historia de nuestra literatura y de los estudios sobre nuestro siglo XIX, que a pesar de sus contradicciones y del paso del tiempo, siempre será un siglo maravilloso para la historia de nuestro país y de nuestro continente. La vigencia de los problemas y cuestionamientos planteados en la novela, así como su visión frente a las configuraciones raciales tiene todavía muchas puertas por abrir no solamente para las academias sino para nuestra conciencia nacional.



# 1 CAPÍTULO PRIMERO: *TIERRA VIRGEN* FRENTE A LA CONSOLIDACIÓN DE UNA NACIÓN MESTIZA

Desde los albores de la modernidad, cada generación sucesiva ha dejado sus naufragos abandonados en el vacío social: las “víctimas colaterales” del progreso.

**Zygmunt Bauman**

El objetivo de las siguientes páginas será trazar un panorama general a partir del cual se construye el proyecto decimonónico de nación. Los ideales y principios que le sirven de base, así como los silenciosos mecanismos de segregación y exclusión social, que de la mano de un trazado geográfico e histórico, mucho más imaginario que real, contribuyen de manera decisiva a la utopía mestiza. Del mismo modo, se analizarán los puntos de enunciación, así como los ángulos y posicionamientos que *Tierra Virgen* asumirá frente al proyecto nacional a partir de la construcción de sus personajes, así como los giros de los que el autor se vale para la elaboración de su voz narradora que proporcionarán en conjunto, una visión mucho más amplia y diversa de las dinámicas sociales, raciales y económicas propias de nuestra nación.

## 1.1 La construcción de una nación mestiza: antecedentes y consecuencias

Fue hacia las primeras décadas de la primera mitad del siglo XIX cuando los vientos de progreso empezaron a soplar en la naciente república granadina<sup>1</sup>, llevando a cabo un amplio número de proyectos intelectuales, políticos y económicos, dirigidos a la consolidación de los cimientos geográficos, simbólicos, demográficos y culturales de la nación. Entre ellos se destacan especialmente la Expedición Botánica y Corográfica, que tuvieron como objetivo conocer las distribuciones topográficas del territorio nacional así como sus recursos, no sólo naturales sino poblacionales, con el fin de poner en marcha los ideales de modernización industrial y comercial. Asimismo, en el campo intelectual y simbólico de la república, se emprendieron proyectos con miras a la construcción de una historia nacional y

---

<sup>1</sup> Como señala Julio Arias en su libro *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano: orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales* desde la independencia hasta la regeneración nuestro país sufrió múltiples cambios en su denominación de la Gran Colombia, pasa a llamarse República de Nueva Granada, en 1858 Confederación Granadina, en 1861 Estados Unidos de Colombia y en 1886 el de República de Colombia.

de una literatura que no sólo recogiera su memoria, sino que se estableciera como un recurso pedagógico dirigido a la enseñanza de los nuevos principios de la vida nacional. Así, tal como lo reconoce Alfonso Múnera, el intelectual tuvo como función hacer extensivo ese conocimiento geográfico con el fin de fortalecer los vínculos de los ciudadanos con su territorio de manera que

Ejercieron una influencia decisiva en la forma como los colombianos aprendieron a mirarse a sí mismos y a su nación como conjunto. Las imágenes sobre sus regiones y sus pobladores, la valoración de sus geografías y de sus razas, luego popularizadas en forma de estereotipos, se originan, muchas veces, en las elaboraciones y reflexiones de los intelectuales criollos (2005.22)

Debemos recordar que esta enseñanza no se limitaba a una distribución física, sino a una distribución moral y del poder. Fue así como las élites políticas y económicas, quienes, presionadas por un afán de legitimidad de sus nacientes repúblicas ante el mundo, hicieron del prototipo blanco y andino su meta más elevada, discurso que se extendió hacia las élites de otras regiones del país que reprodujeron y acentuaron el modelo andino. De manera que se dio comienzo a una construcción geográfica y poblacional mucho más cercana a la imaginación que a la realidad “a partir de la idea de que el ámbito de la civilización consistía en las zonas templadas de los Andes, desde donde bajaba a las fronteras tórridas y salvajes” (Arocha.2007.587), donde la inferioridad biológica, física, moral y social se desplazaba siempre hacia la periferia, vacía de cultura y espacios donde la historia nunca sería escrita, ya que como afirma Alfonso Múnera siguiendo el «Censo General de la Nueva Granada de 1778-1880»,

No de otra manera se entendería su pretensión de calificar los territorios de Bogotá, Antioquia y Popayán como poblados principalmente por blancos, cuando todavía en la segunda mitad del siglo XIX estaban ocupados por una notable mayoría de indios, mestizos, negros y mulatos; de igual manera, hay una gran inconsistencia en mostrar la costa caribe colombiana como habitada principalmente por negros y mulatos, cuando en realidad el grueso de su población estaba conformada por indios y mestizos. (2005.33)

De modo que, el objetivo apuntaba mucho más al trazado de una geografía moral en compañía de una visión física del territorio, la cual fue una de las preocupaciones fundamentales para el psiquiatra y destacado hombre de estado Miguel Jiménez López, citado por Eduardo Restrepo, quien expresó su temor por “Una ola de sangre de color [que] oscurece de día en día nuestra población, imprimiéndole a su vez sus rasgos morfológicos y sus reacciones morales” (2007.48). Igualmente, el médico higienista Jorge Bejarano también citado por Restrepo, señala que “La raza negra, favorecida por el sol tropical, por sus costumbres salvajes y por su escasa intelectualidad y moralidad, se reprodujo prodigiosamente y pobló las extensas comarcas de nuestros valles y ríos” (2007.49).

De manera que sus defectos iban siendo eliminados, así como los cuerpos y maneras se perfeccionaban a medida que se acercaba al centro del país, arrojando como resultado una geografía fragmentada que escondía, bajo sus pretensiones de sistematicidad y rigor, un afán de representación y legitimidad política que trazaba los diques del poder, cuyo objetivo principal era hacer invisible la heterogeneidad. Tal y como señala Fernando Cubides, “se hace más apremiante la representación unitaria del territorio, y su carácter relativamente homogéneo, para contrarrestar el particularismo regional y las recurrentes tensiones separatistas” (2002.324). Cubides cita un pequeño, pero significativo, fragmento del *Tratado de geografía universal* de Federico Lleras que demuestra esta visión binaria del país:

A la vez que en los valles bajos y en las costas despliega toda su magnificencia intertropical, extendiéndose sobre los andes en Pasto y Popayán, y sobre su rama oriental en Bogotá, Boyacá y Santander, inmensas y fértiles planicies, de clima frío y sano todo el otoño, verdaderos Tibets andinos de 2.133 a 3.733 metros de elevación sobre el mar, en donde la raza caucásica prospera en toda su belleza y vigor europeos con exclusión de la africana que naturalmente busca los valles y las costas ardientes (Cubides. 2002:333)

Es así como desde la Expedición Botánica se articula una imagen idealizada del territorio, que llevó a figuras como Francisco José de Caldas a afirmar, según nos cuenta Cubides que “nada hay mejor situado en el viejo ni en el nuevo mundo que la Nueva Granada” (2002.329). Sin embargo, fue la frustración el sentimiento común ante la dificultad de

explotación de selvas tan agrestes, así como ante la unificación de una sola raza en medio de una población llena de contrastes y diferencias.

Claro está, sin embargo, que este interés político e intelectual por la geografía no tuvo siempre eco en las esferas más altas del poder, de modo que nuestros presidentes no cultivaran de manera suficiente este interés y conservaran, por el contrario, la aversión al viaje como fue el caso de Miguel Antonio Caro quien, según Cubides, nunca salió de la sabana de Bogotá, y de José Manuel Marroquín padre de Lorenzo Marroquín. Este último se desempeñó en las letras, en la crítica literaria y en la política, escribiendo en la *Revista Nacional* en el mismo año de publicación de la novela de Eduardo Zuleta una de las críticas más extensas aunque no por ello de plausible elaboración, si tenemos en cuenta que a través de una lectura, ajustada a sus intereses interpretativos, hace de *Tierra Virgen* una falsa apología a esa idea de superioridad racial perpetuando la imagen de una nación blanca que debe seguir el modelo caucásico de la antioqueñidad en el que él encontraba el ejemplo más admirable de “lucha con la naturaleza primitiva y bravía” (1897.215). De manera que, a juzgar por sus palabras, debería servir de modelo para el resto del país, pasando por alto el hecho de que el proyecto de Zuleta trazaba caminos mucho más amplios.

Es de esta manera que el mestizaje se convierte, sin duda, en el andamiaje que sostiene la conformación de nuestra nación y que incluso hoy ejerce una preponderante fuerza en la construcción, no sólo en las esferas del estado y la legislación, muy vigentes todavía, sino en la consolidación de un sentir colectivo que hunde sus raíces en nuestros juicios cotidianos de naturaleza moral, política e incluso estética. Es por eso que el mestizaje, lejos de ser entendido como un espacio remoto y concluido de nuestra historia nacional es, por el contrario, una fuerza viva que atraviesa nuestras relaciones y permanece en un proceso constante de conformación.

Este es el motivo por el cual los ideales que sirvieron de sustento a la independencia de nuestras naciones, hicieron de la democracia su más elevado fin. Principios de igualdad y equidad, que parecían perfectamente sintetizados en la construcción de una nación mestiza, terminaron por crear poderosos mecanismos de exclusión y segregación racial, que, lejos de erigir una nación democrática, escondía entre las líneas mismas de su carta de independencia un sistema de jerarquías y órdenes establecidos desde el régimen colonial,

reafirmados y perpetuados hasta nuestra contemporaneidad como afirma Alfonso Múnera citando a la politóloga Cristina Rojas:

El discurso de la civilización enarbolado por dichos intelectuales [...] estaba preñado de violencia, por cuanto buscaba su legitimación en la destrucción del «otro», esto es, en la destrucción de lo indígena, de lo negro y, en general, de todo aquello que no encajase en los postulados civilizadores (2005.20)

Esta violencia nace del rencor con el que las élites criollas suben al poder ya que habían sido excluidas por parte de la corona de toda manifestación del control o representación política como consecuencia de haber nacido en tierra americana, de manera que este ascenso es el resultado de un sistema de segregación que se multiplicó por parte de los criollos afianzando los mismos mecanismos que habían servido para su propia exclusión.

## **1.2 Los ecos del proyecto mestizo**

Es así como la imagen que se ha creado del hombre negro desde la colonia, al igual que el deteriorado concepto que el ideal mestizo emitió sobre él, atraviesa nuestra historia y vida social hasta el ineludible presente y tiene sus inocultables ecos incluso en nuestra reforma constitucional de 1991, “dándoles un poco de espacio dentro del Estado, pero sin realmente darles poder sustancial” (2008:132), ya que lejos de brindar un verdadero reconocimiento, autonomía y protección territorial a las poblaciones negras, ha jugado sus fichas más valiosas para hacer de esta reforma un conjunto de estrategias de control demográfico sobre las minorías y que ocultan, detrás de su fingido interés por la diversidad, una estrategia económica de preservación de materias primas explotables que los territorios de las minorías guardan. Dichos beneficios seguirán ensanchando las pesadas arcas de las empresas multinacionales y minoritariamente las del estado, repitiendo las mismas dinámicas del régimen colonial.

Uno de los ataques a los que Roberto Cortázar dedica más párrafos en su comentario sobre *Tierra Virgen* tiene que ver con la lucha de razas presente en la novela, la cual considera desigual y falta de justicia, a lo que valdría la pena pedirle que citara tan siquiera un solo evento de la historia humana en el que un encuentro entre dos razas o pueblos en

condiciones disimiles haya sido justo o equitativo. Igualmente en el N° 14 del periódico *El Montañés* Tulio Ospina publicará en el mismo año en el que la novela es publicada, un artículo titulado “La lucha de razas en *Tierra virgen*” en el que afirma que:

Por nuestra parte, podemos afirmar que aquí [en Antioquia] no existe tal guerra de razas; que si nuestras gentes de color son honradas y dignas, nuestra población caucásica a ninguna cede en valor, en dignidad y en honradez; y nos atrevemos a decir que el Dr. Zuleta, al cercar el campo en su novela para una luchas de razas, no partió equitativamente el sol entre los combatiente, ni puso armas iguales en las manos de éstos (1897.4)

Es claro que las confrontaciones raciales y culturales, siempre mediadas por intereses particulares, han sido libradas en condiciones desiguales. Así, en estos dos autores advertimos la necesidad de borrar la diferencia expresada a través de un deseo de “democratizar” las relaciones, desatendiendo un sinnúmero de diferencias históricas y culturales que Eduardo Zuleta insiste en subrayar a lo largo de su novela así como por dar visibilidad a un problema, tan desatendido hasta hoy en nuestro país, como el de las dinámicas raciales. Este es el motivo por el cual Zuleta es tachado de especulador y de atizar fuegos que muchos sectores han buscado extinguir tal y como proponen las últimas palabras del señor Ospina: “no concitar los odios de sangre, no infundir en los corazones la noción de una lucha que en realidad no existe” (1897.5). Es un hecho que hoy, superada la primera década del siglo XXI, las confrontaciones raciales en nuestro país son, aunque valiéndose de nuevos mecanismos, una realidad. De manera que toda intervención que busque desmentirla sólo termina por cubrir los verdaderos alcances de esta cuestión.

Sin embargo, considero que más que un análisis de la *lucha* de razas presente en la novela, prefiero el análisis de los múltiples diálogos que desde las dinámicas raciales se pueden señalar, dado que no advierto en ella un verdadero deseo de “lucha” o confrontación ya que otros factores como la clase o el posicionamiento social, económico o cultural acompañan el factor racial, de manera que reducirlo a una lucha de razas implicaría concentrar la fuerza en una sola dirección, desatendiendo la pluralidad de caminos que estas adquieren en *Tierra Virgen* ya que como señala Rosario Casas, Zuleta



Con la visión profunda de un escritor realista [...] supo penetrar en todas las esferas de la sociedad para recrear en forma realista sus tendencias y contradicciones más esenciales [...] Lejos de la descripción mansa y apacible, Zuleta plantea problemas económicos y sociales, y al hacerlo, está adoptando una actitud crítica hacia su medio. (1977.57)

Sabemos, gracias a la raíz de la palabra ‘crítica’, que ningún fruto podrá brotar, si no es la crisis la semilla que se ha plantado. De manera que la labor de Zuleta sea desestabilizar los presupuestos en torno a las estructuras y dinámicas raciales. Del mismo modo, una limitada definición del mestizaje diría que es la mezcla de diferentes razas que hace de sus productos una armónica síntesis de elementos que configuran una raza nueva que borra las diferencias y democratiza, en consecuencia, todas las relaciones. Ejemplo de esto son las palabras del humanista José María Samper en sus *Ensayo sobre las revoluciones políticas* al decir que: “se nota en el mulato cierta distribución de los caracteres de las razas que lo producen: su organización física es mucho más negra que blanca; sus cualidades morales, infinitamente más blancas que negras” (1969.254). Sin embargo, es precisamente en esta idea de borrar la diferencia en donde se esconden los juegos de exclusión ya que “para buscar la igualdad se tiene que acentuar la diferencia” (Wade.2008.121), especialmente cuando esas diferencias se encuentran perfectamente condensadas en un sistema jerárquico, donde lo blanco europeo es el elemento predominante que se erige como la meta última de nuestra nación. Este es el motivo principal por el que nuestra Constitución de 1991 pasó por alto las diferencias históricas y culturales que dividen a las poblaciones negras de las indígenas, sometiéndolas a las mismas categorías de aproximación.

En consecuencia, el gen indígena o negro no son elementos por sí mismos bienvenidos en la configuración de nuestra nación, sino que, por el contrario, son sólo tímidamente aceptados siempre y cuando borren su gen original y participen en procesos de blanqueamiento que no se limitan a un mestizaje físico, sino que por supuesto se extienden a los campos de la cultura, la lengua y la religión entre mucho otros.

La idealización de la nueva raza mestiza cobró especial fuerza debido a que se pensó que era la más capacitada biológicamente para habitar en esa confusa profusión de climas, suelos y geografías, ya que reunía tanto la capacidad de resistir en las zonas más bajas y

húmedas, que debilitaban y llevaban a la desaparición de la raza blanca en zonas selváticas; pero que además poseía la capacidad de organizarse a niveles, que aunque nunca comparables con los de la raza blanca, sí era mucho más apto para la democracia y el gobierno comparado con la evidente incapacidad de la raza negra en estos campos. Es necesario decir, sin embargo, que todo en Zuleta no es crisis ni ruptura, ya que habrá fuerzas distribuidas a lo largo de la novela que harán contrapeso a cualquier iniciativa de reformulación, de manera que en el capítulo titulado *Juan Criollo* dedicado al mundo de la minería, esta distribución de las razas y el medio ambiente será ratificado en estas cortas líneas “Allá va un peón blanco, con ojos apagados y labios descoloridos. Lo sigue un mulato robusto, que vive en la tierra caliente como en su casa; detrás un negro fornido que va pensando en las sensualidades á que se entregara el 25, día de pago y jaleo” (1897.141).

Esta es la misma idea que se extiende hasta hoy y que tuvo fuerte eco incluso en las teorías raciales de nuestro país hacia finales de los años veinte del pasado siglo, como se puede advertir fácilmente en las palabras de Laureano Gómez citadas por Eduardo Restrepo:

En las regiones de América donde preponderan los negros reina también el desorden. Haití es el ejemplo clásico de la democracia turbulenta e irresponsable. En los países donde el negro ha desaparecido, como en la Argentina, Chile y el Uruguay, se ha podido establecer una organización económica y política, con sólidas bases de estabilidad. (2007.49)

Es así como la escritura de nuestra historia y los estudios étnicos y antropológicos de nuestro país han aplicado también, con o sin conciencia, los mismos procedimientos de blanqueamiento histórico y académico que invisibilizaron hasta hace poco tiempo la presencia negra. Aunque, como señala Peter Wade “los «negros» son quizá el diez por ciento de la población, la gran mayoría del trabajo etnohistórico y antropológico en Colombia se concentra en la población indígena” (1997.23). Esta idea es reafirmada por Nina S. de Friedemann quien afirma que “En tanto que los negros, descendientes de los africanos en nuestros países, no son considerados “nativos” por la antropología de metrópoli, [...] Y estudiar la cultura y la sociedad de la gente negra se convirtió así en una actividad de periferia en la periferia” (1993.164). Lo que termina por reafirmar la siempre falsa idea, todavía vigente, de que Colombia es un país felizmente mestizo. No obstante, es

necesario aclarar que desde hace veinte años que estas páginas fueron publicadas, el interés y los estudios antropológicos y académicos, así como la preocupación histórica y cultural por la comunidades negras ha conseguido un innegable aumento. Pese a esto, es imposible negar igualmente, que fuerzas mucho más poderosas como la de los discursos racistas que pesa desde hace siglos sobre los colombianos hace que incluso hoy esperamos que día tras día sea este un país cada vez más blanco y por supuesto, como afirma Wade, un país menos negro y menos indígena (120.2008) como lo fue el país soñado por José Eusebio Caro en el que “terminara la diversidad de razas porque la blanca absorberá y destruirá a la indígena, la negra, la amarilla, etc.” (1997.45).

De modo que estos dos elementos sean percibidos históricamente como los principales obstáculos a superar antes de que Colombia de su paso definitivo hacia la civilización. Ellos son sólo el incómodo recuerdo de un pasado de barbarie que se busca dejar en ese pasado; es por eso que cada vez que estos grupos, que aunque en condiciones muy disímiles por su origen, así como por su devenir a lo largo de la vida histórica de nuestra nación y con posiciones diferentes en la jerarquía racial de la cual el elemento negro es siempre el que ocupa el último peldaño, comparten la misma exclusión por parte del proyecto mestizo y “se les acusa a estas poblaciones [...] de ser antipatrióticas cuando tratan de reivindicar sus derechos” (Wade.2008.120), ya que esa perpetrada idea de la democracia racial en Colombia que se empeña en ver cómo lo negro es incluido utiliza múltiples estrategias de otrificación que terminan por exotizar su figura de modo que se minimice la gravedad de su historia y haga cada vez más distante y ajena su participación dentro de esa Colombia predominantemente mestiza.

### **1.3 Las huellas del mestizaje en *Tierra Virgen***

En su crítica de la novela Lorenzo Marroquín afirma que obras como “*Tierra Virgen* [que] describen tipos y costumbres populares, llenan una necesidad y prestan señalado servicio a la geografía y a la historia” (1897.220). En este apartado buscaremos comprobar que Zuleta propone, por el contrario, una redistribución de estos órdenes, puesto que no sólo se aleja de los trazados de las cartografías imaginarias de los intelectuales decimonónicos, ni se

pone al servicio de estas versiones oficiales de la historia y la geografía, sino que muestra la complejidad y diversidad de las tierras y sus pobladores.

Igualmente, ese afán presente en los intelectuales por la legitimación política de sus naciones a través de la geografía, se extendió simultáneamente al interés por la gramática, de modo que se configuró una suerte de lenguaje de dominación, que al igual que en la dimensión territorial, buscó la normalización de la lengua que anclaba sus referentes de lo correcto y adecuado en el centro del país. Es así como a medida que se abría hacia la periferia, la lengua sufría una reprobable barbarización. De allí que la lengua escrita, en medio de un país eminentemente iletrado, fue la condición dominante. Por el contrario, Zuleta dio prioridad a personajes que estuvieran contruidos no sólo a través de caracterizaciones físicas sino por medio de formas particulares de su lenguaje y expresión que no necesariamente habitaban dentro de los límites de lo correcto.

Pasando por alto lo que en el capítulo tercero de la Constitución de 1886 sirve de consigna al proyecto nacional: *Una sola lengua, una sola raza, un solo Dios*, Zuleta muestra en cada línea un marcado interés por subrayar la diferencia, no sólo lingüística, sino cultural e histórica, característica de los diversos grupos poblacionales del país.

Tan sólo once años antes de la publicación de la novela en 1897, el Estado promulga, bajo el amparo de la ley, un país uniforme en donde la diversidad y la diferencia parecen ser un asunto del pasado. Zuleta somete a esta idea de nación a un giro radical que se ve reflejado en su gesto de otorgar a sus personajes licencias que les permite una cierta autonomía lingüística, gramatical y sintáctica al incluir expresiones como “dizque”, “conque” “usté”, “pensao”, “á naide”, “siñá”. Tal como señala Rosario Casas, estas expresiones no aparecen en cursivas como expresiones ajenas al escritor. Es así como en la novela no se advierte la necesidad del autor de tomar distancia del lenguaje popular para salvaguardarse dentro de los límites del lenguaje correcto: “En ningún caso debe entenderse esto en la forma como lo entendían los costumbristas; es decir, en el sentido de recoger formas dialectales y populares para incluirlas en letra cursiva dentro del texto de la novela, y con notas explicativas al pie de página” (1977.26).

Sin embargo, a diferencia de la edición de Carlos Valencia Editores publicada en 1978, en la edición de la imprenta del departamento de 1897 de la que era director el señor Lino R. Ospina, sí hay palabras en cursiva, lo cual no contradice la tesis de Rosario Casas dado que las palabras que aparecen en cursiva como *su mercé* (96), *tururo* (205), *bandeja* (208), *tuco* (213), *mica* (213), *chapetonada* (221) no están asociadas a los personajes de color ni a aquellos que ocupan los últimos lugares en esta rígida distribución racial, ya que se sitúan en la mayoría de los casos en palabras del narrador.

Este gesto se convirtió en un punto neurálgico en el que se concentró la atención de la crítica. En su mayoría, fue juzgado como una corrupción del lenguaje que desmejoraba la calidad literaria, fue así como la pluma del señor Manuel Antolínez no se hizo esperar al decir que: “esos defectos los constituyen las mismas palabras, las mismas frases, y los mismos giros populares que han servido para forjar el diálogo” (1993.280), y que recordando con nostalgia las cadenas de la Corona agrega “No sucede lo mismo en España, donde el lenguaje del pueblo es tan pintoresco y decidor” (1993.280).

Esta es la misma nostalgia que tiene eco en el comentario crítico escrito por Eduardo Gómez de Baquero y que apareció el mismo año de publicación de la novela en la revista *La España Moderna*, en cuyo primer párrafo afirma que sería una exageración decir que la actividad literaria se ha desplazado de España a América y que “prescindiendo del defecto que para nosotros los españoles de Europa lleva consigo la corrupción o transformación del idioma en aquellos países” (1897.127).

Es así como, motivado por una nostalgia de colonia perdida, encuentra en esta profanación del sagrado altar del lenguaje, una ofensa a la herencia dejada por España en América, sugiriendo que su producción literaria no debe ajustarse a las necesidades históricas, culturales y expresivas de nuestras tierras, sino que pese a estar cerca de cumplir un siglo de independencia, América debe seguir siendo como lo señala el autor de estas palabras, el señor Eduardo Gómez de Baquero la “América española”. Zuleta demuestra, por el contrario, que el lenguaje lejos de ser considerado como un sacro altar, debía romper esa castiza rigidez para flexibilizarlo y otorgarle nuevas propiedades y significaciones.

De manera que una de las grandes apuestas literarias del señor Zuleta es traducida por Eduardo Gómez como “una gran incorrección del lenguaje” (1897.127), y aunque intenta dar reconocimiento a su apuesta literaria, es finalmente la pesada carga que le impone la defensa de una lengua castiza la que termina por superarlo: “Es de notar, sin embargo, que cuando habla el novelista, su castellano es mucho más puro que el que pone en boca de los personajes de la novela” (1897.128). Es así como Gómez de Baquero se esfuerza por mantener esa frontera entre autor y personaje, que es precisamente la que Zuleta busca sobrepasar.

Igualmente, Marroquín citará al final de su comentario los “deslices, locuciones poco castizas o impropias, – usadas no como en boca del pueblo, sino en la redacción del autor, – que es lástima se encuentra en obra de lenguaje tan cuidadoso y atildado” (1897.221). Advertimos sin esfuerzo que tanto Gómez como Marroquín logran en tan solo un par de líneas trazar una frontera abismal e infranqueable entre el autor como miembro de la ciudad letrada quien ejerce el poder de la letra escrita y quien sólo debe mirar desde lejos a quienes personificará en sus novelas como personajes ágrafos y dignos representantes de un mundo inculto.

Así veremos cómo entre estos treinta y tres señalamientos entre los que se encuentran: “«Los atacó á peinilla.» *Peinilla* por peine es un provincialismo que apenas puede pasar; pero por instrumento cortante es un tropo de mal gusto [...] [así como] «Muchos de los que dragonean de valientes.» *Dragonear* no es castizo, puede emplearse *alardear* preferentemente” (1897.221). Lo anterior permiten ver que las preocupaciones del señor Marroquín por lo poco castizo y las manifestaciones de mal gusto parten de un profundo temor ante una posible disolución de los límites que siempre han separado a los hombres correctos de los salvajes, siendo sus palabras una perpetuación de estas distribuciones sociales, morales, geográficas, poblacionales y del poder esgrimidas por los intelectuales de este siglo.

No obstante, no crea el lector que este es un síndrome exclusivo de este tiempo, ya que casi en el umbral del siglo XXI Juan Gabriel Vásquez, escritor y periodista, publicará en 1996 en el *Boletín Cultural y Bibliográfico* una crítica sobre *Tierra Virgen* a la que define como

“esa gran masa de torpezas, imprecisiones, artificios sin rumbo y hasta curiosísimas faltas ortográficas” (1996.131).

Por otra parte, las formas y métodos de apropiación y recreación de los que se vale Zuleta a la hora de incluir estas formas orales populares toman distancia de un ejercicio de transcripción mecánica, positiva y etnográfica, que distancian al oyente del hablante, y que hace de aquel que está en posesión de la letra escrita el sujeto que convierte *al otro* en un objeto de estudio, de manera que la afirmación según la cual los personajes de Zuleta “tipifican diversas formas de ascenso social y son claves para representar el propósito sociológico del autor” (1999.348), desentiende el propósito de la novela que no persigue la tipificación, que es lo que justifica un estudio sociológico, sino la diversificación y apertura de esos ‘tipos’ sociales de los que la narración rehúye.

Sin embargo, el reclamo principal de la crítica de Juan Gabriel Vásquez a la novela radica en la constante intrusión del autor al decir: “No exijo que lo narrado se adhiera a mi inclinación por la autonomía, por la soberanía de una obra de la que el autor se evapora y queda arriba, indiferente a lo que pasa en su mundo y lejos de absoluciones o condenas” (1996.131). No podemos más sino decir que esto que él denomina como “autonomía” se transforma con facilidad en esta idea del autor ‘etnógrafo’ que mirando desde arriba, subido en el trono de su sapiencia suma mira con indiferencia a los personajes que retrata, asegurándose de guardar siempre los límites, posición que Zuleta busca acabar voluntariamente.

Pese a que como señala María Camila Nieto: “Los letrados dividieron a los habitantes colombianos en ‘tipos sociales’ como “el criollo de Bogotá”, “el mestizo de Antioquia”, “el indio de Pasto” o “el mulato de las costas y definieron a las regiones como negras, mestizas, blancas o indígenas” (2011.12), Zuleta abre, por el contrario, las puertas de la percepción a una nación heterogénea y variada, reconociendo en esa diversidad la oportunidad de construir una nación y una literatura nacional fundada en la diferencia y no en una distribución jerárquica, demostrando que cada región es portadora de diferentes ‘tipos’ raciales, sociales e históricos que problematizan esa cándida distribución.

Es necesario reconocer, sin embargo, que la propuesta de Zuleta no se limita a una inversión de dicho orden, ya que de ser así sólo sería traspuesta la distribución sin generar verdaderos cambios en la estructura que los sostiene. De allí que Zuleta no proponga una ciega apología de lo negro, ni satanice a la raza blanca como, ha sido dicho por algunos de sus críticos como es el caso de Roberto Cortázar o de Tulio Ospina. Aunque, este último pide mayor justicia para la construcción de los caracteres blancos, no por ello se abstiene de afirmar que “nadie podrá negar que las razas negra y americana aparecen en la historia como muy poco aptas para el progreso y la civilización” (1897.76). Pese a esto, tampoco considero que Zuleta proponga una mera inversión de los roles, como parece sugerirlo Lina del Mar Moreno a propósito de la obra de Tomás Carrasquilla, contemporáneo de Zuleta y con quien compartió la tertulia del *Casino Literario*. Así, pese a que las inquietudes estéticas y sociales de estos dos escritores y amigos lograron muchos puntos de contacto, sus obras son el reflejo de una interpretación muy distinta de estas realidades.

Con excepción de *La marquesa de Yolombó* y la primera parte de *Hace tiempos*, los africanos y sus descendientes no constituyen personajes privilegiados en la obra del escritor antioqueño, pues aparecen apenas marginal y limitadamente [...] Esa representación contrasta con su limitada presencia en el resto de las obras donde [...] permanecen en la penumbra de las historias (2010.76)

De allí que la relevancia que los caracteres negros tienen tanto en la obra de Carrasquilla como en la de Zuleta, así como el cuidado y la construcción que cada autor consigue de estos personajes proponen caminos muy distintos para su interpretación. De cualquier modo no considero que esto deba ser sometido a un juicio tan severo, si tenemos en cuenta que las dinámicas raciales, así como la reivindicación del mundo negro no tiene que convertirse en una camisa de fuerza para la literatura. No obstante, es claro que en *Tierra Virgen* los personajes negros no son los protagonistas en torno a los cuales giran el resto de los caracteres, ni la narración tiene como motor principal el desarrollo de los personajes de piel oscura. Igualmente, aunque las intervenciones de numerosos personajes y la pérdida de atención sobre la familia Jácome es frecuente en la novela, se puede concluir, sin dificultad, que son ellos los personajes en los que Zuleta concentra su atención. Pese a esto, veremos



que la intervención de los personajes negros no puede ser descrita como accesorio o prescindible, a diferencia de otras novelas colombianas como *María* de Jorge Isaacs, donde los esclavos negros son figuras que complementan un paisaje de fondo donde los personajes criollos se desenvuelven, pero donde nunca abandonarán el segundo plano. No obstante, considero que la propuesta, como ya lo he dicho, va más allá de una mera inversión del orden, de manera que no sea necesario, para el reconocimiento o la representación de los negros, hacer de ellos los protagonistas, para sumir a los blancos en la penumbra narrativa, ya que se lanzaría a un sistema jerárquico igualmente excluyente.

Asimismo, Zuleta descrece tanto de la figura idealizada del mestizo, como de la imagen de una nación homogénea. Por el contrario, busca complejizar y poner en crisis esa distribución racial del país que se limita a una periferia negra y salvaje y a un centro blanco y civilizado, por lo cual dinamiza esas relaciones raciales que se trasladan a relaciones económicas y de clase, acabando con esa versión maniquea e imaginaria. De la misma manera, Zuleta demuestra que son muchas más las variables, que no sólo se consiguen barbarizando a los habitantes del centro y civilizando a los de la periferia, o mostrando a las regiones céntricas como focos de salvajismo por los estragos del proyecto moderno; o bien dando reconocimiento a las zonas periféricas por la racionalización de sus recursos y formas de vida, sino que multiplica exponencialmente las variaciones presentes en una nación como la nuestra.

#### **1.4 *Tierra Virgen* y el determinismo geográfico**

Álvaro Pineda Botero dedicará en su comentario a *Tierra Virgen* un pequeño apartado titulado *Determinismo* en el que defenderá la idea según la cual “los individuos [en la novela] no son totalmente libres. Su ascenso social está condicionado por fuerzas deterministas como el clima y la herencia” (1999.350). No obstante, serán más los ejemplos en donde las presuntas leyes de ese determinismo se ven violentadas, ruptura que no se limita a permitir que personajes zambos o mulatos como Pacho Quintero o Luis Arenales asciendan, no por las cualidades particulares de su raza o su clima, ya que nunca son especialmente enaltecidas o defendidas, sino como resultado de años de trabajo y dedicación. Igualmente, lo que se sugiere en *Tierra Virgen* es que el hombre blanco, no por

ser blanco posee características que garanticen su altura social, moral, económica o intelectual como es el caso de Fernando Grisales, Don Cándido o Doña Camila.

Esta última idea contradice los principios teóricos en torno a la raza y a su definición aportados por Lamarck y que fueron ampliamente leídos y difundidos en la Nueva Granada, de manera que “aplicadas las conclusiones al ser humano, derivadas de sus investigaciones sobre la evolución hacia las formas superiores, encarnadas por la raza blanca europea” (1998.28). Esta teoría se pondrá en contraste en el capítulo *Fin de siglo (en Londres)* en donde Zuleta comentará brevemente a través de Pedro Jácome una posible apreciación acerca del darwinismo:

El darwinismo que salió de aquí, de este pueblo monárquico, [Inglaterra] ¿qué otra cosa es sino la proclamación del derecho de la fuerza? Los que sostienen que el progreso y la selección no se consigue sino con el predominio del más fuerte (*the survival of the fittest*), ¿no mandan los corazones á encerrarse en el egoísmo, y no echan por tierra los principios cristianos de amor y de caridad? [...] Para el darwinismo es la esclavitud una cosa natural y necesaria. (1897.370)

Como sabemos, el darwinismo sufrió un sinnúmero de interpretaciones y lecturas erradas o más que erradas, puestas al servicio de ciertos principios ideológicos, y aunque Zuleta parte de ese darwinismo social que nunca fue propuesto por Darwin, alude a él para criticarlo.

Es de esta manera como Zuleta nos demuestra que la división entre centro y periferia es una construcción imaginada que varía según el *locus* en el que esté situado el sujeto que la construye y desde el cual enuncie un determinado discurso. De manera que si es visto desde el centro del país, Antioquia es una provincia periférica, mientras que si el lugar de enunciación es Antioquia como en este caso, este se sitúa en el centro y desplaza a Bogotá hacia la periferia provinciana como lo advertimos en la caracterización que aparece en *Tierra Virgen* del tipo bogotano, a la que Lorenzo Marroquín responde con indignación en su crítica a la novela diciendo que

El pueblo bogotano, de que se trata someramente y en son de defensa en el pasaje a que nos referimos, no es «el pueblo sucio y hebetado que consume toneladas de chicha amarga y venenosa», ni la juventud bogotana se compone, ni por excepción,

«de caballeros de industria que andan tras las sierra-morenas de una dote, tras de unos pocos billetes por los cuales venden la vida» (1897.218)

Es claro también que se erigen juegos dobles de exclusión si la mirada se da desde Medellín o si se construye desde una provincia como la de Remedios, como es el caso de Zuleta. Así veremos también cómo Doña Juana encarna, por su parte, una mirada que reproduce, como vimos en los casos de Jorge Bejarano, Miguel López de Mesa y José María Samper una distribución social y geográfica según la cual “la vida de las capitales, considerando los pueblos reducidos como lugares propios para el desarrollo de pasiones pequeñas, y para acabar con las actividades mentales de los hombres inteligentes” (1897.100). Esta posición que Eduardo Zuleta contrastará con otras ideas a propósito del determinismo geográfico y que aunque no es posible advertir que sea él quien se expresa dado que se resguarda diciendo “lo que hoy opinan otros” (1897.100), es clara la adhesión a la idea de que más que una naturaleza que determine en su totalidad los comportamientos y maneras de cada uno de sus miembros, es la voluntad del individuo la que define su condición como se advierte en el siguiente pasaje: “si la topografía y el medio ambiente influyen en el carácter, no es de un modo tan absoluto que aniquile por completo la iniciativa individual de caracteres enteros y poco maleables” (1897.100).

Si lo ponemos en contraste con las ideas de Agustín Codazzi, quien también buscó flexibilizar el determinismo obtuso, como lo demostró Eduardo Restrepo, es precisamente en la maleabilidad en donde sus afirmaciones recorren caminos diferentes, ya que para Codazzi un carácter flexible es el único medio que permitiría disciplinar y corregir a los hombres de salvaje naturaleza, de manera que alcance el estado ideal de “normalización”

Decir que esto se desprende de la naturaleza de los indios, sería proclamar la doctrina de la desigualdad cardinal de las razas y su predestinación, unas a la cultura y grandeza intelectual, otras a la barbarie y abatimiento perpetuos; doctrina opuesta a las ideas que tenemos de la justicia de Dios y de la unidad del linaje humano (2007.35)

Sin embargo, esta última cita de Zuleta es susceptible a dobles interpretaciones ya que, por una parte, puede ser leída según la idea de que un hombre no está condenado *a priori* a los

dictámenes de su naturaleza, pero que sin necesidad de normalizarse y sujetarse al *establishment* puede demostrar ser poseedor de múltiples capacidades o modos diferentes de organización social, política y económica, así como de cosmogonías, que aunque distintas, pueden ser igualmente válidas. Sin embargo, la otra lectura puede incluso resultar más peligrosa y determinista que la de Samper, López de Mesa o Bejarano, y que aunque está escrita sólo un renglón arriba de la cita anterior, hace imposible que este fragmento escape a la contradicción “los gusanos siempre han de vivir en la podredumbre aunque vivan en las grandes ciudades; las almas sinceras y nobles en las alturas, los pájaros en el aire” (1897.100). Este pasaje podría conducirnos a una lectura apresurada según la cual los que han sido hasta ahora los gusanos que se arrastran por las esferas más bajas del mundo social deben permanecer inalterablemente en ese estado como un dictamen irrevocable para el hombre negro, y en donde el hombre blanco es quien se eleva, por el contrario, hasta las esferas más altas bajo la representación del pájaro. No obstante, el especial énfasis que Zuleta pone en esta cita sobre el alma y no en la caracterización física, da un giro contundente a cualquier lectura apresurada, ya que, obviando los rasgos de un cuerpo, son los dictámenes del alma los que deberían determinar las distribuciones sociales. De manera que pasando por alto lo oscuro o claro de la piel se puede arrastrar como un gusano o volar como un ave según la sinceridad de su alma, como lo demuestra el concepto emitido por Zuleta acerca de uno de sus personajes más queridos como es Pacho Quintero “que van ascendiendo a fuerza de virtud, de esos que se abren camino y se hacen visibles” (1897.168).

La anterior es una propuesta que rompe en definitiva con los presupuestos biológicos, así como con las estructuras de pensamiento propuestas por el mestizaje y el blanqueamiento en donde las palabras como libertad, voluntad o individualidad nunca fueron escritas por sus plumas, ni tuvieron ninguna cabida dentro de sus páginas. Es así como advertimos la aguda visión con la que Eduardo Zuleta logra reinterpretar su propio tiempo y la voz de sus contemporáneos.

## 1.5 El teatro del mundo: Zuleta y sus personajes

Un elemento ampliamente debatido y en el que la crítica, tanto de la época como la contemporánea ha señalado es la inconexión y pérdida de una amable sucesión los hechos en la novela. El excesivo número de personajes es una de sus principales causas, ya que aumentan la confusión hasta el punto que se hace difícil para el lector recordar sus nombres, así como la condición racial, social y económica a la que cada uno pertenece y que, en consecuencia, marca la diferencia en sus lugares de enunciación discursiva como lo sugiere Tulio Ospina: “Hasta doscientos veinte nombres propios tuvimos la paciencia de contar en toda la novela; y cincuenta y uno en sólo los tres primeros capítulos” (1898.68). No obstante, pese a que lo anterior pueda llegar a ser cierto, incluso para los lectores más hábiles, definiendo, como ya había sido propuesto por Rosario Casas, que el gesto de Zuleta no es una mera consecuencia derivada de una incapacidad escritural o literaria, sino un deseo de vivificar la realidad que se desprende de una nación tan diversa, tan múltiple y contradictoria como la presente en los personajes de *Tierra Virgen* en donde “los contrastes entre los personajes, enriquecen la novela al mostrar las variadas formas de reaccionar ante un mismo proceso social” (1977.42).

Cada uno representa desde su posición discursiva y social una forma particular de habitar y construir el proyecto nacional, cada uno configura desde su hacer y decir una de las múltiples versiones derivadas de las relaciones de raza y clase, no siempre tan estables como las ha registrado la historiografía tradicional, sino que puestas en permanente comunicación, consiguen ser mucho más móviles y dinámicas.

Otro aspecto fundamental a la hora de aproximarse con un enfoque crítico a los personajes de *Tierra Virgen*, sólo se puede lograr siempre y cuando se acepte como lector que los personajes no son unidades estables ni en todos los casos fieles representantes de un único sector social. Un elemento que contribuye a esta inestabilidad es el hecho de que el narrador sólo marca con trazos muy gruesos los contornos de sus personajes sin atribuirles características muy definidas, como es el caso de los caracteres que no hacen parte del primer plano.

De manera que el narrador, es también un personaje que juega un importante papel ya que su poder de seleccionar qué debe ser narrado o descrito, así como qué debe permanecer fuera de los límites propios de la obra, le otorgan un poder con el cual, una vez seleccionado el qué, se traslada a una selección del cómo se describe, en la que podemos percibir a un narrador igualmente escindido en varios *locus*. En uno advertimos un destacable conocimiento científico, anatómico y psicológico, como lo demuestra el siguiente pasaje: “el impulso invisible que determina hasta la comunión misteriosa de los átomos que se buscan para confundirse empujados por fuerzas ciegas” (1897. 35) No, obstante, este conocimiento no se divide radicalmente, sino que se une con otras formas de la percepción que podría definirse como sensitiva.

Asimismo, esta caracterización en escasas ocasiones está determinada por un juicio moral impuesto al personaje por parte del narrador. Por el contrario, los juicios emitidos en contra o a favor los encontramos en versiones muy variadas, dependiendo de cuál sea el personaje emisor, de manera que la tarea de hacer una única caracterización de alguno de ellos sea especialmente compleja ya que buena parte de los personajes sólo se construyen por medio de las múltiples voces que hablan sobre ellos y nos hacen partícipes como lectores de sus puntos de vista.

Este es el motivo por el que el lector puede modificar sus juicios y apreciaciones con respecto a los personajes, así como modificar las posibles simpatías a medida que el relato avanza y descubre página tras página la particularidad de sus historias, logrando con esto que el lector se haga partícipe de la inestabilidad presente en los caracteres.

Tal es el caso de Doña Camila, una mujer de tez blanca y reconocida por su antigua prosperidad económica acompañada de un respetable apellido. A pesar de esto, la ruina financiera toca a su puerta y la relega a los últimos lugares de la pirámide económica, aunque permanece en una medianería dado que posee, en simultáneo, características que la elevan socialmente como su marcado semblante aristocrático o su piel blanca, de manera que la balanza no logra nunca un punto de equilibrio, sino que esos otros rasgos que inevitablemente terminan por disminuirla, la hacen caminar por una cuerda floja como lo señala Pacho Quintero: “Viuda, en la miseria y con un hijo como Fernando que no le sirve para nada. Lo que me da más tristeza es que habiendo sido tan rica esté pasando trabajos

ahora” (1897.55). Sin embargo, sólo hasta el capítulo titulado *Los amigos*, casi ciento cincuenta páginas después, descubriremos, por medio de la historia de Luis Arenales, nuevas versiones que se irán afianzando a lo largo de la novela como una mujer excluyente y racista.

A diferencia del ideario nacional que dictaba que raza, clase y posición económica eran variables que operaban sobre un mismo eje, en donde el peldaño más alto lo ocupaba una clase rica, educada, blanca con poder político y simbólico, así como la clase pobre, iletrada, negra, mulata, zamba, etc., carente de cualquier representación, Zuleta propone un sinnúmero de posibilidades, siendo imposible juzgarle a él, como sujeto, por los juicios y sentencias establecidos por alguno de sus personajes, de modo que su juicio o apreciaciones personales terminan por diluirse en medio de tantas voces.

Del mismo modo, sería un error decir que su novela no es más que una reunión de discursos incoherentes y contradictorios, así como afirmar que Eduardo Zuleta, incapaz frente a la tarea de adoptar una posición, relega esa incómoda tarea a sus actores. Por el contrario, Zuleta propone, a lo largo de su obra, una ruptura de las formas sociales de clasificación seguidas por la raza o el dinero para proponer, una ‘aristocracia del alma’.

Es por esto que Zuleta toma a la familia Jácome como la columna vertebral de la que se desprenderán una variada sucesión de altibajos económicos que permitirán en simultáneo, un gran número de ascensos y descensos entre sus miembros, acompañados del apoyo y el rechazo de varios sujetos que los circundan.

La vida de Eduardo Zuleta encarnó ese debate entre esos dos mundos, de los que él tomó parte activa, habitando por su condición racial en una periferia que le marginaba y excluía porque tal como lo menciona Alberto Mayor en su biografía intelectual de Alejandro López a propósito de la relación que Zuleta estableció con este último, “ La intimidad alcanzada con Zuleta radicaría, quizás, en el liberalismo – común a ambos – y en que al profesor, a pesar de ser hijo de familia acomodada, su tez oscura le acarreó no poca estigmatización en Medellín” (2001.74). Zuleta vivió con precisión dicha complejidad concentrada en las amplias zonas intermedias entre lo blanco y lo negro. Aunque, fue igualmente, un efectivo miembro del centro intelectual dado que se desempeñó como académico y político por sus

diversos cargos diplomáticos, así como por la presidencia de la Academia de Historia y de la Lengua, fue ampliamente recordado por el periodo en que ejerció la rectoría de la Universidad de Antioquia. Es así como Ramiro Montoya, en un artículo dedicado a las diferentes generaciones de la familia Zuleta cuenta en una nota al pie que:

A principios del siglo XX, entre las familias raizales de Medellín los Zuleta, por proceder de Remedios y no tener pretensiones de ricos, eran mirados como pueblerinos emergentes. Así lo recoge un dístico que escuché de niño y que hacía referencia al matrimonio de Eduardo Zuleta Gaviria con una dama de mayor alcurnia: “Doña Pepa Ángel de Zuleta / cayó desde la A hasta la Zeta”. (2007. 2)

Es claro que las descripciones que integran las primeras páginas de la novela parecen perpetuar esa maniquea distribución, dada la extensa descripción de Elena, que se construye inicialmente como el arquetipo de la mujer blanca en la que parece enraizar el gen europeo. Esta descripción será contrastada posteriormente con la de Teresa Carrillo, una mujer a la que Zuleta caracteriza como *morena* y a la que atribuye rasgos cargados de exotismo y exuberancia americana, con un aire instintivo más que racional, y de una belleza mucho más desbocada y salvaje a la que describe como “la morena de pestañas largas y crespas [...] ojos negros y brillantes, de fondo impenetrable, y seductores como el misterio mismo. Se mueve con un compás que arrebatara” (1897.24). En contraste con la de Elena, más racional y contemplativa a la que describe como “alta y delgada; de ojos azules como la flor de borraja, sonrosada, fresca y de cabellos muy rubios” (1897.5-6). Igualmente aparece la descripción de Rosario Páez, como otra representante de la belleza americana: “cabellos largos y negros [...] de boca grande, cuajada de dientes blancos, con los cuales se dejaría hacer pedazos el mismo dios del amor” (1897.25), imágenes con las que consigue una caníbal barbarización del mundo americano.

Sin embargo, es necesario aclarar que la distribución entre centro y periferia puede ser establecida por cada uno de los personajes de maneras distintas, de modo que por medio de unos, Zuleta reproduzca la versión binaria como en el caso de Doña Juana, quien se ve disminuida a la periferia y busca abrirle paso a su hijo hacia el centro educándolo en Bogotá: “Y así seguirá Ud. en Bogotá porque allá hay más obligación que en Antioquia” (1897.9). De modo que ella ve en Bogotá el centro y hace de Antioquia la periferia, aunque,



veremos que otros personajes como Manuelito, quien, siendo un letrado, se niega a habitar el centro y decide permanecer en la periferia.

Es así como a medida que se desarrolla la descripción y hacen aparición otros personajes, Zuleta se vale de juegos que empiezan a tejer complejas relaciones que se reflejan en el gesto de darle a Elena el apellido de Silvestre, haciendo alusión a lo salvaje, a lo que crece sin consentimiento del hombre y está fuera de toda domesticación.

La fiesta se convierte en el escenario en el que buena parte de los caracteres logra flexibilizar la jerarquía impuesta en sus relaciones, para ser como lo dice Zuleta el “Desquite natural de aquellos á quienes en los actos diversos de la comedia humana, les toca el papel de espectadores” (1897.24). Es claro que aunque el espectador puede jugar un papel muy activo sin necesidad de subir al escenario, no podemos pasar por alto que la fiesta tiene, aunque sea inicialmente, el objetivo de generar nuevos contactos sociales que permitan el ascenso y la perpetuación de las pieles más claras para que sean trasladados a escenarios reales como el matrimonio. Esto es exactamente lo que sucede en el capítulo *El Baile* en el que Don Cándido, hombre blanco y adinerado, busca casar a su hija con alguien que guarde los límites de esa distribución, por lo cual, pone sus ojos en Manuel: “se despidió cortésmente abrigando en lo íntimo de su ser la esperanza de pescar al estudiante para su hija Adelaida” (1897.20). Es esta una metáfora según la cual la fiesta diluye las divisiones que separan comúnmente a los grupos sociales para convocarlos al calor del baile. Sin embargo, estas divisiones permanecen celosamente guardadas en cada uno de los participantes, recordando siempre que al acabar la música y despedir a los invitados, la pirámide recobra su distribución original, evitando que los posibles encuentros entre individuos que pertenecen, racial o económicamente, a grupos distintos y que han sido fruto de esta momentánea disolución de fronteras logren algún tipo de consumación en la realidad.

Igualmente, juega con el contraste entre el centro letrado y la periferia analfabeta cuando cuenta la historia de Doña Juana la madre de Manuelito “Yá le he contado que tuve que aprender á escribir á escondidas, sirviéndome de papel las piernas, y de pluma, astillas de palo y tunas de naranjo” (1897.8-9). Es así como la periferia se abre paso, valiéndose de las herramientas que tiene a la mano y que hasta ahora habían servido para marginarlo como la

naturaleza representada por el palo y las tunas de naranjo, haciendo de este breve aunque significativo episodio una muestra de la diversificación de las relaciones geográficas, raciales y económicas. Un ejemplo de suma sencillez y que nos sirve de ejemplo de los juegos e inversiones propuestos a lo largo de la novela es la copla cantada por Don Cándido en donde se muestra con claridad estas formas de inversión de las relaciones entre amo y esclavo: “Al prado de tu frente /Salí a pasearme, /Y salieron dos negros / A cautivarme. / Es hecho raro, / Que siendo ellos los negros, / Sea yo el esclavo” (1897. 27).

## **1.6 La educación**

La educación fue uno de los eslabones más fuertes dentro de la cadena de proyectos para la construcción de la nación, ya que, muy a pesar de los textos europeos sobre la distribución biológica y moral de las razas, que siempre vieron en las razas latinoamericanas un foco irrefrenable de salvajismo, sin esperanza alguna de reforma. La nación americana concentró sus esperanzas en la educación como el único camino hacia la corrección de la barbarie, de manera que el negro, el indígena, el zambo y el mulato podían disciplinar sus cuerpos y corregir sus maneras educándose, como advierte Eduardo Restrepo

En los escritos de Samper [donde] la influencia del clima siguió desempeñando un papel importante, pero no con el carácter determinante que tenía en Caldas. Ahora, aun en los territorios más ardientes se podía lograr la civilización, con la condición de que las razas evolucionaran y se adaptasen al medio ambiente (2005.25)

Ejemplo de lo anterior es que para Doña Juana el único camino posible para abrirse paso hacia el centro no puede ser otro sino el conocimiento.

Entonces moriré tranquila dejándole una verdadera herencia: el saber, el tener una profesión. ¿Qué le vale a un hombre tener dinero si cualquier día se lo quita un tinterillo, ó se pierde de otra manera? Ni quiero que Ud. piense nunca vivir en pueblos, donde no hay sociedad, ni hombres ilustrados. (1897.8)

Es así como ella construye una mirada de la letra y el saber, no de una manera idealizada, como fue propuesto para el proyecto nacional, según el cual, la educación hace de los hombres mejores ciudadanos, siendo el saber un medio a través del cual el individuo

consigue moralizarse. Por el contrario, reconoce en él, un arma contundente para ejercer un poder que puede terminar aislando o sometiendo, así como ejerciendo una fuerte violencia social, aunque valiéndose de medios mucho más sutiles. Así, aunque desprovista de toda mala intención, ese camino que ella busca abrir para Manuelito, lo convierte, desde su punto de vista, de un pasivo a un activo, dando el salto del grupo de los que obedecen a los que diseñan la ley, lo que se convierte para ella en “la esperanza que había concebido de verlo en las alturas de la fama, y hasta el orgullo futuro que había previsto de ser señalada como la madre del Presidente de la Corte, del orador del Congreso ó del profesor de prosodia latina” (1897.99).

Doña Juana reafirma la idea según la cual, el saber es un elemento exclusivo del centro ya que al sobrepasar sus límites viola su sentido, y aunque Manuelito será una evidencia del saber que permanece en la periferia, ratificado a través de otros personajes como Ricardo Romero, el *locus* en el que se sitúa Doña Juana la hace preguntarse “Y de qué le habrían servido los cuatro años de latín y griego y el saberse á Virgilio de memoria, y el manejar á Homero como si fuera de la casa en un pueblo de estos?” (1897.13). Es así como la distancia entre la letra y la periferia los convierte en dos esferas irreconciliables que se sumen en una profunda oposición siendo imposible que compartan un mismo espacio.

La imagen del hombre de letras extendida por el proyecto nacional y por los intelectuales de la época, hicieron del él un hombre aislado entre sus páginas, náufrago entre las raíces latinas y griegas y en los extensos tratados de gramática. Esto lo convierte en un hombre inhabilitado para los quehaceres sociales, abriendo un amplio abismo entre dos realidades también incompatibles, que terminan por hacer del conocimiento un torpe mecanismo para autoexiliarse del mundo que le circunda. Así, pese a que esta idea la vemos reflejada en la novela a través de la visión de mundo ofrecida por Doña Juana al decir que Manuelito “era muy despejado para pronunciar discursos, pero en el trato social no dejaba de ser encogido, y más había gustado siempre de sus libros que de las reuniones sociales” (1897.97).

Igualmente, pese a que Zuleta no limita al personaje de Manuelito al centro letrado, sino que le permite la transición hacia la periferia, se busca que esta división permanezca intacta ya que una vez ha decidido permanecer en Remedios “Después de la convalecencia de Manuelito, pensó éste en afrontar de una manera práctica la vida” (1897.134). Es por esto

que la letra escrita es en este caso un sinónimo de inutilidad, considerándola incapaz de extender sus fronteras fuera de los dominios del centro, como se evidencia en la nostalgia ocasionada por el abandono de este mundo abstracto de la letra, para adentrarse en los terrenos de la practicidad del mundo real: “puso primero los cuadernos de notas y problemas y en seguida lo libros. Pero antes de dejarlos caer en el fondo los hojeaba con particular cariño, y con la tristeza natural que inspira lo que queda atrás y se convierte en historia” (1897.136).

Del mismo modo, el hombre de letras tiene negada su participación en cualquier ejercicio práctico u oficio manual como se busca condensar en la experiencia de Manuelito “Aunque la vida que hasta ese día había llevado se había reducido al trato con los libros, y con los hombres de letras; y aunque su organismo delicado, su mente abstracta y la educación recibida lo hacían inepto para el trabajo rudo” (1897.136). Así, se posa sobre el hombre letrado un aire romántico propio del autoexilio, haciendo del conocimiento una fuente de sufrimiento y exclusión.

Sin embargo, el capítulo *Juan Criollo* es la muestra de la transformación de esta condición, ya que pese a no haber una integración del mundo “real” con el mundo de la letra, es evidente el cambio de lente con el que Manuelito observa el mundo que le circunda. De manera que, sin abandonar la mirada del letrado, su conocimiento del mundo no se limita ya a las poéticas descripciones consignadas en sus libros, sino que ese conocimiento se desplaza a una experiencia vívida que lo lleva a entablar un diálogo distinto con el mundo y a trazar nuevos caminos para la lectura e interpretación de su propia realidad, como se advierte en las siguientes líneas:

Los zancudos que se le clavan en el cuerpo; y las chicharras, de quienes escribieron los griegos mentiras estupendas, hienden el aire con sus notas agudas, chirriantes y desapacibles. Muchas veces, sentado Manuelito allá en el tajo abierto, al oír el canto estridente de este insecto, de abdomen abultado y cónico, recordaba aquello de Virgilio: «Yo, entretanto, voy buscando tus pisadas por entre los arbustos que bajo un sol abrasador, resuenan con el canto de las roncadas cigarras». (1897.137)

Es así como su mirada invierte sus puntos de referencia dado que ya no es la letra la que guía la percepción del mundo, sino que el mundo que se presenta ahora ante sus ojos está en diálogo constante con su mirada letrada ya que “La vida activa que llevaba y el cambio brusco de medio le había despertado energías que él no había sospechado” (1897.155). Es así como el papel activo no es conferido únicamente al centro con lo cual es rebatida, en consecuencia, la supuesta pasividad de la vida periférica.

Igualmente, Zuleta nos muestra por medio de otros personajes que la letra y el mundo social no sólo pueden, sino que deben establecer rutas que les comuniquen. Tal es el caso del negro Baltasar quien siendo trabajador de la mina tiene un particular uso del lenguaje trazando muchos más vínculos con el del mundo letrado, ya que “Hablabo poco, pero si se le preguntaba algo daba unas contestaciones que sorprendían á todos” (1897.153). De manera que Zuleta no limita a una raza o a un determinado grupo social a formas exclusivas o invariables de expresión, sino que reconoce que el hombre blanco no es el único ser digno para el discurso, sino que el mundo negro puede valerse de las mismas herramientas.

*Tierra Virgen* nos permite ver a través de sus páginas la progresiva reconciliación entre el conocimiento teórico y el práctico. Aunque Manuel vive la transformación del intelectual al comerciante, la tensión entre estos dos elementos nunca desaparece del todo. No será sino hasta Carlos, hijo de Manuel, en donde estos dos elementos conseguirán mayor complemento ya que la experiencia adquirida año tras año en las minas de su abuela Juana se continúa en las aulas universitarias donde conseguirá su título de abogado con una tesis sobre legislación minera:

Comenzó el acto y Carlos disertó largamente sobre legislación de minas, que era el título de la tesis. Apuntó los vacíos, las contradicciones y los inconvenientes del Código sobre la materia. Habló de las injusticias que se cometían en los pueblos mineros con los legítimos poseedores de las vetas, y pintó con vivos colores los procedimientos inicuos á que se apelaban con rúbulas para apoderarse de lo ajeno. Y al tocar este punto que directamente le atañía por haber sido su madre Juana una de las víctimas de esos despojos injustificables, subió el tono de la voz, subió el tono de la voz, y en frases enérgicas fustigó á las autoridades que en esos pueblos se unían á los perversos para determinar la ruina de los hombres honrados. (1897.333).

Posteriormente, será Zuleta quien describa a Carlos como un digno “hombre de acción” “sin las vacilaciones de los seres imaginativos” (1897.334). De allí que la novela no propone condenar el saber teórico ni subestimar los alcances del conocimiento empírico. Por el contrario, busca convocar al diálogo a estas dos formas de conocer como es el caso de Pedro Jácome, un hombre ampliamente cultivado en las artes y las letras quien en el último capítulo *Fin de siglo (en Londres)* se mostrará como una prueba del equilibrio que pueden conseguir estos dos elementos:

Que te da vergüenza ser colombiano porque Colón es feo, porque Barranquilla tiene arena, porque en Bogotá beben chica y se cambian los sinvergüenzas por tres reales, y porque en Medellín no hay tuberías de hierro. Pues ni todo es así en absoluto [...] que todos desean que desaparezcan esas ciudades. Pero no se remedian las cosas así. El camino es contribuir uno á que desaparezcan, indicando los nuevos rumbos, las necesidades imperiosas á que hay que atender con preferencia, ilustrando las masas é inclinándose hacia los humildes. (1897.351)

Esto nos lleva a preguntarnos cómo se distribuían jerárquicamente los componentes de raza, economía y educación. Podemos decir, siguiendo a Peter Wade que la raza era quizá el elemento predominante, seguido por el elemento económico y complementado con el educativo aunque son categorías que reclaman métodos distintos de aproximación:

La bien conocida frase “el dinero blanquea” requiere ser examinada. En el contexto de América Latina, ésta ha sido tomada para mostrar el poder de la “clase” al definir el “estatus” y, similarmente, la relativa insignificancia de la raza. [...] El hecho de que el dinero pueda “blanquear” no significa que la “raza” sea insignificante en las sociedades de América Latina. Más bien, evidencia la posibilidad de aceptación de los negros por los no negros y la posibilidad de movilidad negra en el mundo no negro. (1997.394)

En *Tierra Virgen*, aunque este presupuesto servirá de base para la configuración de sus personajes, esta distribución adquirirá matices mucho más complejos, como lo advertimos en buena parte de los comentarios emitidos por personajes como el de Doña Agustina: “Porque uno esté pobre no debe dejar nunca de ser lo que ha sido. Ni yo iba á dejar bailar

mi hija con zambos como Pacho Quintero” (1897.38), seguida por Doña Camila: “Porque no es más que un zambo de éstos consiga cuatro reales, y yá lo tienen metido en todo” (1897.38). Son ellas un par de mujeres de blanca tez y de pasados más prósperos económica y socialmente, que llevadas por la nostalgia de los tiempos mejores, reclaman el tiempo en el que la raza era el elemento dominante dentro de esa jerarquía como un eco del siglo XVIII en el que “Ser rico solamente, era útil pero inadecuado: entrar a las universidades, la Iglesia o la administración requería pruebas de limpieza de sangre y cualquier herencia dudosa era un gran obstáculo” (1997.40). No obstante, hacia finales de este siglo las relaciones entre el poder económico y el poder simbólico otorgado por la raza empiezan a modificar sus órdenes ya que

Después de 1783, la Corona podría por decreto otorgar una “cédula de gracias al sacar”, una limpieza real, un certificado de blancura, y desde 1795 esta licencia podía comprarse por cerca del doble del precio del esclavo de mejor calidad. Pero las universidades y la Iglesia encontraba difícil soportar esta táctica de eludir responsabilidades, y, algunas veces, largos litigios acompañaban los intentos de los individuos «limpiados» por la Corona por actuar según su nuevo estatus. (1997.40)

Pese a que el factor racial no ha sido reemplazado por la posición económica, este último factor se ha abierto camino dentro del orden social teniendo alcances en ocasiones similares a los de la raza. Este factor logra una fuerte influencia en los intereses de cada personaje lo que favorece el ascenso económico, tal como señala Wade al decir que “las identificaciones raciales en Colombia no son el verdadero problema, porque la «raza» en su forma «real» o pura no está presente: es neutralizada por la clase, está basada sólo en la «apariencia»” (1997.24).

Tal es el caso de las Polancos, hermanas que aunque no provienen de un pasado noble han conseguido ascender económicamente, así como escalar posiciones en cuanto al reconocimiento y la participación social “que era porque las Polancos tenían plata y que aquí había mucha gente lambona” (1897.52). Este es uno de los casos en los que el interés por recibir ciertos favores económicos puede llevar a flexibilizar los muros que custodian los espacios reservados para los miembros del centro.

Esta distribución está también acompañada de la distribución del poder que ha correspondido a cada personaje como en el caso de Pastora, un personaje fugaz en la narración, solamente comentado en esta ocasión, sin ningún desarrollo posterior, pero que sirve como un perfecto ejemplo de esta condición:

–¡Muy blanca que es, dijo Adelaida, y no se acuerda que es prima de Pedro Tangarife que ha sido peón de mi padre! [...] Qué le parece niña qué tal es Pastora, que el otro día estaba parado en la esquina Luisito Arenales y le pregunté yo á ella si Luis la estaba pretendiendo y me contestó lo más seria: “Eso no es á mí, niña, eso es á la cocinera de aquí. Usted cree que yo me voy a casar con mulatos? (1897.51)

La distribución de los roles y los oficios se sitúa como una variable dependiente de una más fuerte que es la de la raza, por lo cual, ser peón o ser cocinero son oficios propios de las razas más oscuras. No obstante, en *Tierra Virgen*, la distribución de estos elementos se da dependiendo de cuál sea el personaje, que teniendo en cuenta su posición, reorganice la pirámide. Es por esto que aunque parte de la estructura tradicional, hay episodios particulares en los que esta distribución también es alterada o consigue, de acuerdo a la situación particular del personaje, modos distintos de organización. La novela va tejiendo los hilos de las relaciones hasta hacer el tejido tan apretado que es difícil seguir el rastro de uno solo. En este caso Zuleta nos presenta a una mujer blanca y de alta posición económica como Pastora que puede tener lazos de sangre con un mulato que se desempeña como peón.

Así mismo, buena parte de las relaciones sociales gestadas por los personajes de Zuleta, están determinadas por “el buen roce” porque “Una mujer por más bonita que sea si no tiene roce, no gusta” (1897.18), categoría que puede ser entendida como un mecanismo de función doble: en primer lugar busca afianzar los lazos de las razas más claras de manera que se mantenga cohesionada. Sin embargo, como la distribución de la raza, la educación y la posición económica no operan uniformemente en la novela, esto le confiere a la figura del “roce” una segunda función que es la de crear pequeños espacios a través de los cuales se permite la entrada de nuevos individuos a medida que se apropian de características nuevas que les permitan el ingreso.



Claramente, el color de la piel es un elemento fundamental dentro de la restricción de esos círculos, dando prioridad a las pieles más blancas y a las razas menos mezcladas debido a que es este un factor inalterable para un individuo, a diferencia del dinero, que puede someterse a infinitos cambios.

### **1.7 El matrimonio: la institución para el ascenso social**

Uno de los mecanismos más efectivos para el ascenso social presente en la novela es el matrimonio, a partir del cual se espera una descendencia más blanca y mejor situada económica y socialmente a la cual cada uno de los miembros debe aportar en alguno de estos elementos. “Las redes parentales configuran redes de poder que están anudadas por alianzas mediante matrimonios, entre diferentes unidades familiares, y su característica fundamental es el aprovechamiento de los lazos familiares para ejercer el control y la dominación social” (2000.73).

Teóricamente, cada una de las partes debe aportar a la otra aquello de lo que ésta carece y viceversa, siendo esta la estrategia que compromete no sólo a los directamente implicados, sino que es un vínculo que estrecha relaciones con familias enteras. De modo que en el matrimonio no se juega el futuro de dos, sino la seguridad o prosperidad económica de muchos miembros, como se advierte en la conversación que sostiene Pacho Quintero con Luis Arenales: “Qué te parece que cuando Fabricio Gallón le propuso á Solita Manjarrés, dijo la madre de ésta que Fabricio era rico y de buena familia, pero que el matrimonio era desigual porque los Manjarrés siempre valían más que los Gallones” (1897.70).

Sin embargo, Zuleta muestra no sólo las uniones maritales que han logrado ascender conjuntamente gracias a los aportes que cada uno ha hecho, sino que permite al lector conocer las formas de descenso social o racial. Tal es el caso de Don Cándido, un hombre blanco y de ojos claros que pese a contar con una de las condiciones económicas más ventajosas de Remedios, se ha casado con una mujer de piel más oscura, razón por la cual, busca afanosamente casar a su hija Adelaida con Manuel, ya que se le juzga por no ser muy bella debido a la tez heredada de su madre y quien, además, está algo entrada en años para el matrimonio. Manuelito es buscado por haber recibido una rigurosa educación pese a ser de tez morena. En cuanto al elemento económico, pese a no tener urgencias financieras, no

pertenece a las más altas esferas, es de esta manera como los pesos sociales, raciales y económicos buscan crear un equilibrio en la pareja entregando al otro el elemento del que carece.

Sin embargo, la mirada de Zuleta no es necesariamente la más entusiasta, ya que esta estructura es a su vez una celebración del mestizaje como disolución de las diferencias. “Aquellos niños que van entrando á la casa de D<sup>a</sup> Juana Muñoz son sus nietos. Carlos, el mayor, tiene la figura y la fisonomía de la madre. Rubio, de ojos azules, arrogante y serio. Enrique es moreno, de cabellos crespos, de ojos húmedos y melancólicos como los de Manuelito” (1897.247).

Es posible decir que la familia Jácome es la representación de la nación colombiana ya que en ella confluye lo negro, con Liberato y Rita; lo blanco, con Elena, D<sup>a</sup> Juana y Carlos; así como los puntos intermedios como Manuel y su hijo Enrique. Igualmente, cada uno representa posiciones sociales distintas y desempeñará papeles muy variados como es el caso de los hermanos Jácome dado que Enrique será enviado a estudiar derecho a Medellín mientras su hermano Enrique trabajará como peón en una mina.

Zuleta nos permite ver esa otra cara que no es la de la reconciliación, como es el caso del matrimonio de Elena y Manuel los que podríamos llamar la pareja protagónica, ya que pese a que ella es blanca y él moreno, sus hijos no serán el resultado de las barreras hechas a un lado, sino que cada uno guarda desde su individualidad rasgos muy diferenciados, de manera que no asistimos a un proceso de blanqueamiento racial sino a una afirmación de la diferencia.

## **1.8 La mirada ante el mundo europeo**

Zuleta descrea así mismo de una nación articulada exclusivamente por modelos extranjeros que vuelcan su mirada hacia Europa. Sin embargo, sería un error decir que los descalifica o niega las herencias de este continente en tierra americana, lo que extiende su propuesta a una redefinición de estos modelos que lleven a la elaboración de unos que se adapten a las necesidades poblacionales, geográficas, topográficas, políticas y económicas que respeten su particularidad.

Es por esto que Manuelito, poco tiempo después de haber llegado a Remedios, experimenta una suerte de encuentro que le reconcilia con la naturaleza periférica: “Se ven en bandas largas y anchas las nubes móviles [...] á la izquierda las barcas con sus hinchadas velas, navegando hacia adelante ó moviéndose hacia los lados hasta que se evaporan [...] castillos como los que andan pintados en los cuadros” (1897. 12). Sin embargo, luego de que las nubes, que adquirían formas de barcas y castillos aludiendo al ideal caballeresco europeo que se extendió hasta la colonia misma con la figura del conquistador, se desdibujan como una ilusión imposible de trasladar a la realidad hasta que es lentamente reemplazada por el cielo americano “Volando van en bandadas bajo aquel cielo limpio las guacamayas de cabeza colorada, y los loros que en confusa gritería turban por instantes el silencio misterioso de la tarde” (1897.12). Así, aunque esa naturaleza americana le despierta bruscamente de su ensoñación, se convierte en el medio para acercarse a la realidad que le es más próxima, y que servirá de motor a su decisión de permanecer voluntariamente en la periferia redefiniendo los límites entre estas dos categorías e invirtiendo los criterios.

Igualmente, este episodio tendrá eco en otro pasaje que flexibiliza los rígidos límites entre el centro ilustrado y la periferia iletrada, ya que la lectura de las églogas de Virgilio, que Zuleta se tomará el trabajo de citar textualmente, son el motor que impulsa la decisión de permanecer en la periferia, de modo que la formación letrada no lo conduce al centro, sino que lo induce a permanecer en la periferia. Así, como ya se había mencionado, Zuleta no busca prescindir de las herencias dejadas por Europa, sino que busca que se conviertan en un estímulo para repensar la tierra americana.

Será en el último capítulo titulado *Fin de siglo (En Londres)*, en donde la preocupación por definir una mirada frente al mundo europeo se hace más patente. Esto se logra a través del diálogo entre Simón Arenales y Pedro Jácome; el primero, signo de decadencia y desarraigo, y el segundo, un optimista del mundo americano:

– ¿Y á ti te interesan esas tierras y esas cosas? / – ¡Que si me interesan! ¿Pues no me han de interesar más la crónica de mi pueblo que la relación de los escándalos del Príncipe de Gales? ¿Te supones que la Patria y el pueblo y la familia á que

pertenezco no valen más para mi corazón que los incidentes en este Reino británico.  
(1897.343)

A pesar de que ambos hombres son colombianos nacidos en Antioquia, que han conseguido formarse en las letras y el pensamiento europeo, así como habitar en sus ciudades y recorrer sus calles, cada uno ha conseguido lecturas distintas de las herencias y contactos con Europa. Este es el motivo por el cual Zuleta nos permite participar de estas dos posiciones de manera que el lector no caiga en condenas o idealizaciones apresuradas.

Cuando tuve que ir á Colombia por la muerte de mi Padre, creí que me iba á volver loco en Remedios; fui a Medellín, lo mismo; á Bogotá, peor. Mis paisanos me parecieron vulgares; las poblaciones sucias y tristes; las mujeres desgraciadas; las comidas, insoportables. Cosas de indígenas. [...] Sin teatros, sin luz eléctrica, sin ferrocarriles, sin libros, sin agua limpia siquiera [...] No hay revoluciones intelectuales ni puntos de vista. (1897.344)

En ningún momento se descalifica el esplendor y la brillantez de algunas de las mentes europeas, sus catedrales, sus palacios o sus mejores páginas. Sin embargo, jamás se olvida de recordarnos la decadencia y la tiranía que se esconden tras bambalinas. Es claro que aunque las siguientes líneas serán palabras puestas en boca de Simón Arenales, no se convierte esto en un motivo para invalidarlas ya que Zuleta busca con este diálogo problematizar las posturas radicales encontrando algo de razón en cada una de ellas.

La República en los Estados Unidos no es un modelo, es una farsa. Palpitante está aún allí el problema de los negros. Los hicieron ciudadanos, pero quedaron esclavos siempre de la raza blanca [...] La República en Francia es una historia larga de vergüenzas [...] Este mismo pueblo inglés que tiene fama de serio y de valiente, ¿no se dejó mandar por el sargentón de Cromwell? ¿No decapitó este puritano al rey tradicional? ¿No echó a coces á los miembros del Parlamento [...] ¿No los gobernó después el corrompido de Carlos II? (1897.368).

## 1.9 Lo cristiano

La doctrina cristiana es un elemento clave dentro de la comprensión de la novela, ya que determina casi en su totalidad los juicios emitidos por los personajes. De allí que se convierta en un medio a través del cual Eduardo Zuleta demarca los límites de lo que él construye como una lectura de la “democracia”. Sin embargo, el cristianismo, al igual que otros elementos ya analizados, adquiere distintas facetas que lo llevan en ocasiones a desempeñar papeles contradictorios: por un lado, busca la destrucción de la distribución tradicional de los roles, aunque es, por otro lado, un medio a través del cual se logra la perpetuación de las jerarquías como se advierte en unos de los comentarios a propósito de Doña Camila “¡Cómo sería esta mujer cuando estaba rica! Pero Dios sabe muy bien sus cosas, y esta miseria que está arrastrando ahora, con seguridad que es un castigo de la Providencia, porque todo se paga aquí mismo” (1897.61).

De manera que en este caso el cristianismo termina por justificar la posición en la que cada uno de los personajes se sitúa, con un razonamiento a partir del cual aquellos que ocupan las altas esferas del poder deben permanecer allí porque las han merecido, de modo que, los que ocupan las últimas lo hacen porque no han alcanzado méritos suficientes para ascender como se advierte en el texto de Liliana Crespi “Una pregunta recurrente ha sido: ¿por qué la Iglesia Católica no se pronunció en contra de la esclavitud?. En realidad convivió con ella desde sus inicios, y no sólo no la condenó sino que la asumió predicando a los esclavos la obediencia y aceptación de su destino” (2003. 142). Esta es, de igual manera, la mirada con la que Doña Juana se aproxima a la figura del destino, que no debe atender sino a “la voluntad de Dios y se somete á ella sin protestas pueriles” (1897.102). Del mismo modo, esta lectura del hombre frente a su destino tiene en *Tierra Virgen* un espacio importante, tanto para blancos como para negros, aunque en medidas y circunstancias distintas, como lo advertimos en la negra Rita “Que había sido siempre sensible y buena, que había sido esclava resignada y humilde; que había seguido viviendo con los amos después de la libertad; que aceptó sin protestas el destino que le tocó en suerte; que hacía de su condición un deber, y de su carga un orgullo” (1897.300).

Tanto la historia de las comunidades negras como la de la esclavitud en la Nueva Granada, al ser leídas por medio de la influencia y participación que el cristianismo ha ejercido en ellas es imposible no hallar en su papel un gran número de contradicciones. Dichas contradicciones se resumen perfectamente en el artículo 38 de la constitución de 1886 en donde se declara que “La religión Católica, Apostólica y Romana es la de la Nación” con lo que excluye cualquier otra forma de la espiritualidad bien sea negra o indígena. No obstante, en el artículo 40 se declara que “es permitido el ejercicio de todos los cultos que no sean contrarios a la moral ni las leyes católicas”. Con todo, sería imposible pasar por alto el hecho de que la Iglesia defendió hasta cierto punto la igualdad de los hombres como hijos de Dios, prescindiendo de las jerarquías y distribuciones sociales tal como “San Pablo había expresado que ante Dios no había ni esclavos ni libres” (2003.134).

Sin embargo, una de las lecturas del texto bíblico, por parte de la Iglesia, justificó los vejámenes de la esclavitud, y esta fue que la corrección moral y espiritual podía alcanzarse a través del castigo y sometimiento del cuerpo, de manera que cada azote representaba un paso hacia la cristiandad. Fue así como los curas intervinieron en este proceso según las interpretaciones que cada uno dio a la doctrina y a su labor pastoral, Fray Pedro Verde en uno de los tantos intentos de sublevación negra en 1693 “expresó repulsión por los negros libertarios diciendo que: «...si no fuera por mi estado y yo pudiera, antes de la noche merecía un mulato de esta ciudad se le diera garrote” (1974. 64).

La Iglesia no sólo participó en una violencia explícita en contra del cuerpo negro, sino que ejerció otras formas de la violencia social e histórica que contribuyeron al resquebrajamiento de la memoria negra para tiempo de la colonia, como sucedía a los esclavos una vez querían ser identificados por parte de sus amos:

El nombre que servía como elemento de identificación del esclavo se hallaba compuesto por dos aspectos: 1) El nombre cristiano, generalmente impuesto al africano en el bautismo en los puertos de embarque o desembarque y 2) La nación que designaba el origen africano de cada individuo. (1983.722).

No piense el lector que la nación como segundo elemento de identificación es una forma de protección del origen y la memoria del esclavo. Por el contrario, esta categoría

desempeñaba una función práctica que le permitía al negrero o al colono saber de dónde provenía el negro, ya que dependiendo de su origen étnico variaban los precios por sus diferencias cualitativas que se clasificaban según las aptitudes para desempeñar diferentes trabajos.

Esta idea según la cual el castigo del cuerpo en un camino para la reconciliación del hombre con su alma se enlaza, aunque con importantes matices, con lo expresado por el narrador en la novela: “una existencia entregada al esfuerzo diario, vigoriza el espíritu, robustece el cuerpo y hasta regulariza los vicios y las tendencias animales” (1897.163). Aunque se respalda la idea según la cual el trabajo es un medio para elevar el espíritu y alejar los vicios, estos últimos no se consideran exclusivos del hombre negro, si tenemos en cuenta que la mina es un espacio de convivencia racial. Igualmente, no estaría de más agregar que el contexto del que la novela se desprende ha atravesado ya los procesos de liberación esclava que llegan con la abolición en 1851, de manera que sea imposible afirmar que la novela se declara optimista del régimen esclavista.

Como lo señala Liliana Crespi, “una parte importante de los ingresos sacerdotales provenía de la trata” (2003,134), dado que el juicio recaía sobre la comercialización mas no sobre la esclavitud en sí misma:

Es harto conocida la existencia de rancherías de negros como anexo a todo convento americano y la utilización de mano de obra esclava en las iglesias parroquiales. Los jesuitas, sobre todo, compraban grandes cantidades de esclavos [...] y al momento de la expulsión, estos constituían una parte sustantiva de su patrimonio (2003.135)

Esta lectura del cuerpo, que es consecuencia de su concepción cristiana, tiene eco en *Tierra Virgen* donde la dimensión espiritual adquiere una prioridad especial por encima de la dimensión corporal, lo que despierta un conflicto implícito en las dinámicas raciales presentes en la obra, dada la diferencia en las diversas formas que cada grupo racial adquiere para construir la relación entre el cuerpo y lo sagrado que, para el caso del cristianismo funciona por oposición:

Aunque la llama del amor encendida en el pecho de Manuelito era tan poderosa que estaba consumiéndolo en pocas semanas, nada había en él de sensualidades torpes ni

de ímpetus vulgares. Su amor era una fuerza desconocida y noble, un mandato imperioso y oculto, pero sereno y santo como una aspiración casi mística (1897.80)

Es así como esas sensualidades torpes y vulgares pertenecientes a la carne son superadas por la nobleza y el hálito de santidad que envuelve al espíritu, lo que convierte al cuerpo en una entidad que por ser efímera y perecedera, debe ser superada a través de la exaltación del espíritu que es la única puerta hacia la eternidad y la trascendencia.

Producto de su contacto con el continente africano, el imaginario europeo forjó una imagen del negro que hizo de él un “ser fantástico que vivía inmerso en un mundo demoniaco [...] con otro color de piel, sin gobierno y sin religión” (2003.134). Dado que el negro era ya un esclavo de sí mismo por estar sometido a los instintos de su cuerpo a los que nunca había dominado, hacía de él un ser incapacitado para las labores políticas y de gobierno que demandan un ser espiritualmente cultivado. Así lo cuenta Liliana Crespi al referirse a los relatos de Cavazzi, misionero capuchino, quien hacia finales del siglo XVII “tendía a mostrar al negro como un ser primitivo volcado siempre a actos impuros, como en el caso de la danza a la que definía como una “satisfacción viciosa de un apetito libidinoso” (2003.134). Igualmente, la distribución racial encontró nuevas justificaciones en las representaciones simbólicas del cristianismo

En una época en que Satán mismo era definido como el “Príncipe de las Tinieblas”, lo negro, lo oscuro era símbolo del mal. En contraposición al vicio y degradación que representaba lo negro, el blanco simbolizaba entonces y ahora, la armonía, la inocencia, la divinidad (2003.134)

Estas representaciones se manifiestan también en *Tierra Virgen* atribuyéndoles a las razas más blancas un carácter divino que se deriva de esta relación entre el blanco y la pureza espiritual como lo advertimos en la descripción de “el hermano de Elena, aquel hombre alto y hermoso, que parecía un ángel crecido pero sin alas” (1897.104). Es así como las diferencias en organización social, política y religiosa de las comunidades negras con respecto a las blancas, se hicieron invisibles e inexistentes ante la imposibilidad de comprender que el cuerpo podía ser otro medio de acceso a lo divino, que la danza puede ser un ritual para la coexistencia con lo sagrado, así como que la interpretación que estos



grupos humanos habían hecho del cuerpo en su dimensión social, no llevaba consigo un sentimiento de culpa y que no había sido pensado como un obstáculo para el encuentro con lo sagrado sino una herramienta, y que no es una carga, ni un castigo, sino un objeto de celebración. Del mismo modo, el cuerpo no tiene sólo una función ritual o sagrada sino que se convierte también en un mecanismo político de expresión en contra del yugo esclavista: “Los escenarios de carnaval, fiestas – religiosas, profanas –, máscaras y disfraces referencian terrenos de producción cultural donde básicamente la simulación potencia la libertad y el frenesí individual y colectivo ante los órdenes impuestos” (Díaz.2003.222)

Sin embargo, es imposible negar los esfuerzos que ciertos representantes de la Iglesia unieron con el fin de aliviar el padecimiento físico y moral que traía el régimen esclavista, algunos de ellos “fueron pacificadores como Fray Joseph Palacios de la Vega, o activos fomentadores de la rebelión como parece haberlo sido el padre Salvador de Lastra en Santafé de Antioquia en 1781” (1974.64). Pese a todo, es importante no desconocer que la liberación esclava, así como las reformas legales que defendían la protección de los negros sirvieron, en algunos casos con una profunda convicción y en otros, sin conciencia, en mecanismos para invisibilizar el sometimiento y perpetuar el sistema esclavista aunque valiéndose de estrategias más sutiles. Tal como afirma Alfonso Múnera

Otro de los miembros de la academia, Carlos Restrepo Canal, en la conclusión de un pequeño artículo titulado «Documento sobre esclavos» mostró la esclavitud como una institución paternalista. Sin embargo, en este enfoque patriarcal nadie llegaría, ni antes ni después, tan lejos como Gabriel Porras Troconis en su obra *Cartagena Hispánica*, publicada en 1950. Según este autor, las negras esclavas que entraban que entraban al servicio de las familias españolas eran «tenidas como miembros de la familia, sin igualdad social, sí, pero con la afectiva y las debidas a la persona humana, como hijas de Dios» (2005.198)

### **1.10 Hacia una propuesta historiográfica**

Zuleta propone una redistribución de los que hasta ahora han sido los protagonistas de la historia, abriendo camino hacia nuevas propuestas para la historicidad teniendo en cuenta

sectores hasta ahora marginales y reconociendo en ellos la capital importancia que tuvo su participación en el proceso de construcción de nuestro país y nuestra historia.

Lo anterior va muy de la mano de la propuesta del historiador cartagenero Alfonso Múnera quien afirma en su libro *Fronteras imaginadas: La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX colombiano* que a pesar de un siglo de luchas internas

Hasta finales de los años noventa seguían repitiendo, y cosa maravillosa, todavía repiten, la vieja tesis de «la patria boba». Los criollos no sólo se levantaron en pos de la nación sino que, además fueron sus únicos pensadores y sus únicos conductores. ¿Y las gentes del pueblo? ¿Qué papel representan los sectores subalternos en esta historiografía, que sólo en Colombia parece tener todavía algún prestigio? Pues no aparecen por ninguna parte, no existen (Múnera.16)

Desde los albores de la historiografía en tierra colombiana, su escritura ha concentrado sus esfuerzos en construir una historia política del país en la que los monarcas, los generales y los nobles patricios fueran los protagonistas que ocupaban todo el escenario nacional, destacando sólo la participación de pequeños grupos dominantes, dejando siempre tras bambalinas a los grupos mayoritarios sin los cuales ninguna representación teatral habría podido ser escrita en la historia del país, como afirma Roger Pita Pico,

La historiografía tradicional, comenzando desde las narraciones del político y prolífico escritor José Manuel Restrepo, había creado varios mitos sobre la Independencia. Uno de ellos era que los indios, los negros y otras castas solo desarrollaron un papel pasivo bajo el mando de la élite dirigente (2012.12)

Este es el motivo por el que en Colombia se cree todavía que los movimientos negros son una fuerza nueva impulsada solo a partir de los años sesenta y como consecuencia de los procesos vividos en Estados Unidos, desconociendo que la lucha por la emancipación se remonta hasta la colonia misma y pese a que el proyecto de las guerras de independencia no estaba dirigida a la liberación de los sectores esclavos. Esta transferencia de poderes hacía, por el contrario, más aguda la opresión hacia la población negra

En las guerras de independencia de comienzos del siglo XIX fue mucho más prolífica la participación de los esclavos. A través de sucesivas generaciones, muchos de estos pobladores cargaban con una acumulación de resentimientos, humillaciones y explotaciones, tal como se puede traslucir en innumerables protocolos de la época. Por eso estas guerras de emancipación con sus ideales de libertad e igualdad pudieron eventualmente convertirse en un fuerte atractivo que impulsó a muchos de ellos a la acción y al riesgo (2012.41)

Prueba de esto es el texto expuesto en agosto de 1812 en el tribunal del cabildo de Medellín, en el que 206 esclavos firman con el fin de reclamar la libertad que las consignas de la independencia prometían:

Señores del Supremo Tribunal de Justicia decimos nos diez mil setecientos esclavos de esta Villa de Medellín y sus distritos y jurisdicción todos juntos nos postramos ante Vuestras Señorías con el motivo de darles a saber a su mercedes de cómo hace largo tiempo de que por noticias [...] que nos vino la libertad la cual ignorábamos que se nos ha dado a saber de cómo Dios nuestro señor nos hizo libres e independientes de tal esclavitud [...] y siendo todos iguales como se declaró en el auto del nuevo gobierno que publicaron sus mercedes el primer martes de julio de este presente año. (2010.44)

Es de esta manera como el hombre negro pone a su propia disposición las herramientas ideadas por el blanco para someterle como lo son la ley, la doctrina cristiana y la letra escrita, en defensa de sus propios intereses y como mecanismos para reclamar los principios igualmente consignados en los discursos blancos sobre la igualdad y la justicia: “Esta propuesta descentra la idea tradicionalmente aceptada de que la libertad es un producto de la razón ilustrada. (2010.46). Es por esto que es imposible desligar las dinámicas raciales de las discusiones en torno a la construcción de la historia, partiendo de quién, cómo, por qué y a través de qué métodos y posicionamientos sociales, culturales, geográficos, temporales e ideológicos, siendo estos los criterios que desatan posibles mecanismos de inclusión o exclusión de ciertos grupos sociales poniéndolos al margen del privilegio de la memoria.

El historiador Roger Pita señala la dificultad a la que se enfrenta la historia contemporánea en su intento por reconstruir la participación de comunidades como la negra o la indígena a lo largo de la historia nacional, dado que desde la colonia los registros que se destinaban a la conservación de la memoria presente en archivos, censos y folios se encargó de construir una historia lo más blanca posible para nuestra nación, relegando a las comunidades negras a la condición de seres ahistóricos siguiendo las reglas y propósitos del sistema legal colonial que construyó una imagen según la cual el negro es un objeto mercantil de manera que su humanidad no es reconocida y en consecuencia su derecho a la libertad y a la memoria le deben ser negados.

La mayoría de sus procedimientos se conocen por cuenta de documentos escritos casi siempre por funcionarios, autoridades judiciales o jefes militares, una opinión que no siempre fue imparcial ya que respondía a las concepciones o representaciones construidas por la clase dominante. Estos vacíos sobre la forma de pensar de la población negra se hacían aún más acentuados si se tiene en cuenta que sus declaraciones y sus pruebas no tenían entera valoración y confianza debido a la imagen peyorativa derivada de su condición esclava y color de piel (2012.41)

Un ejemplo de esto es el censo de 1778 en el que se borró un alto porcentaje de la población negra presente en los territorios de la Nueva Granada ya que

Como la preocupación de la corona no era establecer la población total de la Colonia, sino tan sólo la sometida a su dominio, amplios sectores de indios rebeldes y negros cimarrones, sobre todo en una zona de frontera como la Costa Caribe, simplemente no eran tomados en cuenta por quienes elaboraban el censo, a pesar de que se tenía noticia exacta de su existencia y de que eran objeto de las preocupaciones centrales del virreinato por sus profundas implicaciones económicas y políticas [...] El segundo problema en importancia que plantea la lectura de este censo al presumirse que «libre de todos los colores» era una categoría para designar a los mestizos, es que borra de la sociedad que aquel entonces a los negros libres, es decir, a los ex-esclavos y a los hijos de éstos, que por otros documentos sabemos que constituían un grupo significativo a finales del XVIII (2005.138-139)

Esta preocupación por los lineamientos históricos tiene cabida en muchas de las páginas de *Tierra Virgen*. Sabemos que Eduardo Zuleta Gaviria fue miembro de la Academia Colombiana de Historia, y que publicó en sus boletines y otros periódicos como *La Miscelánea*, *Alpha* o *Repertorio Histórico* algunos documentos a propósito de diversos episodios de la historia de Antioquia y del país como lo son: *Reliquia de la batalla de Bárbula*, *La guerra de Melo y las administraciones de Obadía y Mallarino 1854-1857*, *El movimiento antiesclavista en Antioquia*, *El oidor Mon* y *Velarde*.

Sin embargo, sólo uno de ellos titulado *De historia* y que no fue publicado por el “Boletín de Historia y Antigüedades”, sino por revista “Repertorio Histórico” se convierte en el único espacio donde Zuleta reflexiona en tan solo cinco páginas acerca del ejercicio del historiador o de los métodos y principios para la reconstrucción histórica.

Allí se advierte un interés por repensar o proponer nuevas formas de distribución en materia de historia dando especial prioridad a que el historiador debe tener “el valor de publicar datos históricos desconocidos hasta hoy, que van en contra de lo que podríamos llamar intereses partidistas” (576). De igual manera Zuleta reconoce que el pasado es una materia viva que se encuentra en un proceso constante de mutación:

Y como la vida de un ser humano no puede analizarse como el mineral o la tierra que va a los laboratorios, el concepto sobre ella tiene que ser siempre deficiente; pero la historia documentada sobre los hombres y los hechos, tiene el valor inestimable de rectificar sin odio, de aclarar con justicia y de confirmar algo de lo que otros investigadores nos enseñaron. (1919. 576).

De manera que en ese ‘rectificar’ y ‘aclarar’ lo que ya ha sido escrito sugiera una segunda revisión dado que se entiende que la historia debe ser un ejercicio de reelaboración constante, que trace nuevos caminos para su construcción. No obstante, acercándonos a su escritura literaria es posible advertir la materialización de esa rectificación por medio de estrategias de flexibilización de estos órdenes.

Aunque no podrían ser interpretados como una propuesta consciente, el desarrollo del relato y de sus personajes arroja un número considerable de pistas, que reunidas una a una nos permite hacer visible el interés de Zuleta, manifiesto en la novela, por cómo se

construye un relato colectivo y cuáles pueden ser sus múltiples variaciones dependiendo de quién se encargue de escribirla. Bien es sabido por todos que todo ejercicio de escritura histórica, al ser un intento de reconstrucción de un evento constituye, incluso en los ejercicios de mayor rigor, un desafío para la imaginación.

Es el recurso de la especulación del que Zuleta se vale a lo largo de la novela y que se convierte en una evidencia de este interés, ya que acompaña los relatos de un gran número de sus personajes multiplicando las versiones y abriendo paso a las múltiples posibilidades y bifurcaciones de la narración que delata una forma distinta de construir el relato histórico.

De allí que el recurso de la especulación no puede ser leído como una mera caricaturización del chismorreo que circula a lo largo de los pueblos periféricos, sino que representa una forma alternativa para la construcción de un hecho que no se limita a una única mirada, de manera que el narrador de *Tierra Virgen* no es quien proporciona una versión autorizada de los hechos, sino que construye, por medio de la especulación de cada uno de los personajes un relato que integra todas las versiones, como lo vemos en el fragmento en que Manuelito ha caído enfermo y el doctor Ramón Hilario está atendiendo su enfermedad multiplicando las posibilidades para el desenlace de este hecho

Los partidarios de Ramón Hilario aseguraban, que en manos de éste no se moriría Manuelito y que lo que no hiciera él, no podría hacerlo nadie. Los enemigos gratuitos del galeno, se reían de él, le acomodaban sobrenombres é iban hasta asegurar que había dejado morir á Rodríguez porque no le había conocido la enfermedad. Otros decían que acababan de hablar con Ramón Hilario y que les había dicho que lo que tenía Manuelito no era dolor de costado sino tabardillo del bravo, y que aun les había asegurado que de eso no se escapaba el hijo de D<sup>a</sup> Juana. Quien dijo en otra parte que el médico le había dicho que él no sabía cuál era la enfermedad que tenía Manuelito; pero que le estaba recetando para *rematís* del que desbarata las personas, y que si se salvaba iba á quedar andando en muletas. Hubo quien asegurara que él estaba en la casa de D<sup>a</sup> Juana cuando Ramón Hilario había dicho que Manuelito se moriría sin falta, y que la Sra. Juana y D<sup>a</sup> Petrona se habían puesto a llorar. (1897. 126)

Es este el fragmento perfecto que reúne cinco versiones de un mismo evento. Lejos de los presupuestos de una historia contada sólo por y para los hombres que pertenecen a una clase aventajada y a un claro color de piel como fue pensado por el proyecto mestizo, los personajes de *Tierra Virgen* crean, por el contrario, cada uno desde su posición social, económica, racial y cultural, una lectura de la historia.

No obstante, como ya se ha advertido, pese a que existe en Zuleta un innegable deseo de abrir los estrechos círculos de la participación social de grupos hasta ahora marginales, es imposible inclinar demasiado su balanza hacia las minorías, y en este sentido no me refiero a un asunto étnico, sino a minorías que pueden ser o haber sido muy voluminosas poblacionalmente, pero que han sido minorías históricamente en el sentido de que el reconocimiento de su participación se ha pasado por alto, de manera que, en pocas palabras, la definición de minoría o mayoría va mucho más allá de un problema cuantitativo.

Es por esto que en *Tierra Virgen* las decisiones que el autor toma frente a sus personajes, así como los espacios que abre a diversos puntos de focalización que enuncian a su vez distintos discursos, logran en conjunto inclinar su balanza narrativa hacia esa porción minoritaria. No obstante, el narrador será quien busque hacer contrapeso a esa inclinación, aunque, como ya se había mencionado, es también un personaje altamente problemático y difícil de encasillar en un único posicionamiento discursivo, ante lo cual es imposible desconocer que, es quien sirve de contraparte tal y como se puede advertir en su concepto a propósito de estas variaciones sobre el relato colectivo

El médico no había diagnosticado la enfermedad pero, como de costumbre, las gentes se habían encargado de hacer cargar al práctico con el diagnóstico que á cada cual se le iba ocurriendo hacer con toda la intrepidez que da la ignorancia y con la mala fe habitual de los seres humanos que se aprovechan de cualquier incidente para comprometer la reputación del prójimo (1897. 127)

Así como Doña Juana, de la mano de otros personajes que han contribuido a la reorganización de las distribuciones sociales que por un momento parecen haber sido desencajadas por Zuleta, el narrador se une igualmente a este propósito definiendo como ignorancia y mala fe esto que hasta ahora hemos interpretado como formas alternativas para

la construcción del relato colectivo, idea que el narrador desmorona imponiendo a la narración sólo una versión oficial, autorizada y fidedigna del relato. Esto hace de cualquier otra versión sugerida por otro personaje una quimera de la imaginación de las razas y clases inferiores como lo demuestra al decir que la intervención de la criada negra Clemencia era “la nota final en el concierto torpe de las opiniones desautorizadas y malévolas” (1897.130)

*Tierra Virgen* puede dejar en su primera lectura una pesada atmosfera de contradicción y confusión frente a los posicionamientos de los personajes y su autor; no obstante, es necesario decir que la novela se presenta tan compleja y multiforme en sus medios de enunciación y representación como lo es el proyecto de nación decimonónico y como todavía lo es para nosotros, tal como lo expresa Alfonso Múnera al decir que

La existencia histórica de sectores subalternos y su papel activo en la formación de la nación, sus relaciones con las élites, sus conflictos internos, la heterogeneidad de sus territorios y de sus culturas, la compleja construcción de sus percepciones de sí mismos desde el lugar que les asigna el discurso dominante de las élites y desde el propio conocimiento que construyen en su relación con un territorio, con la gente que lo habita y con una historia que se archiva en forma de memorias (17)

Esta es la preocupación que advierto en Zuleta al buscar nuevas formas para la construcción del relato colectivo que están directamente relacionadas con las dinámicas raciales que han permeado la escritura de la historia, arrojando luz sobre los sectores que permanecían oscurecidos y que son juzgados por Roberto Cortázar como “una compacta muchedumbre de personajes que se lanza a la escena a hacer alarde de ridiculeces, a mostrar pasiones triviales que a nadie le interesan” (2003.149). Es precisamente en la trivialidad que tanto desdeña Cortázar, en donde se puede encontrar el corazón de la propuesta de Zuleta.

Sin embargo, pese a mi insistencia en ver la participación del autor en su novela como un eje problemático de análisis, el escritor y periodista Juan Gabriel Vásquez, lejos de comprender los giros y evanescencias del autor y sus personajes, valiéndose de una pésima metáfora, resalta como defecto principal “la intrusión permanente del autor, cuyas huellas metiches a través de la historia distingue el lector como las patas de un perro embarrado, hasta el momento en que la trama novelesca deja de ser cosa distinta de arenga pública”



(1996.131) No obstante, Zuleta ya había preparado un siglo antes de la publicación de estas palabras una contundente respuesta “Que Bourget precipita los desenlaces, que tiene finales inverosímiles, que es un ideólogo. Eso dicen los que se van á la trama, los que andan apegados á determinadas escuelas, ó toman á lo serio los procedimientos indicados en los libros” (1897.362).

### **1.11 A manera de conclusión**

Sorprende especialmente que la contradicción presente en algunas de las críticas sobre *Tierra Virgen* centradas en la pregunta sobre los límites entre la realidad y la obra puedan extenderse hasta las palabras del señor Vásquez, ya que, pese a que critica la intromisión del dejo realista presente en Zuleta, luego le juzga por una “inverosimilitud sin atenuantes” (1996.132). Igualmente, como lo señala Rosario Casas siguiendo a Carrasquilla, “se han indicado [en la novela] anacronismos al referirse a ciertos personajes históricos” (1977.27). Es así como se le exige a la novela que sea en lo posible lo más fiel a la realidad, pero al mismo tiempo se le descalifica, como lo hace Cortázar a la hora de proponer una lectura crítica de ésta, ya que termina por descalificarla como obra porque según él la novela tiene “más valor como obra de propaganda, como producto de reflexión y del estudio, como un libro social y de polémica, que como obra literaria” (2003.149). Aunque en las críticas de Cortázar, Ospina y Marroquín, entre otros, se juzgue a Zuleta por exagerar la magnitud de los conflictos sociales y raciales, así como por la violencia presente en estos episodios, se subestima la función de la literatura por reducirla a una fuente de deleite que tiene como objetivo aislar al hombre de su realidad, de manera que sirva de atenuante del mundo que le circunda. Es por esto que Rosario Casas señala que “Se tiende también a perpetuar una concepción de la novela como creación fantástica en la cual no tienen cabida las ideas ni las críticas sociales” (1977.17).

Quise cerrar este capítulo con esta contradicción dado que es la misma que advierto en el gesto de los intelectuales y teóricos raciales que imaginaron una nación sumida en una profunda disputa entre fantasía y realidad para el mundo americano. Una nación que mientras soñaba con una país blanco, gestaba en su interior un sin número de mutaciones raciales, culturales y lingüísticas. De manera que, dado que el objetivo era encaminar a

nuestra patria a la utopía de la *universalidad*, proyecto que implica necesariamente la *uniformidad* y la *unidad* en todas estas dimensiones.

Esa *unidad* significa el sacrificio y la exclusión de la particularidad, de manera que nuestra historia, nuestra ley, nuestras academias, *universidades* y sociedades tiene en su interior el mismo germen de violencia y exclusión con que fue forjado nuestro proyecto de nación mestiza que entraba y todavía entra en contradicción con nuestras condiciones históricas, geográficas, culturales y sociales que nos arrastraran cada vez más a una nación más *diversal* mucho más múltiple y compleja. Es esta nación la que el señor Zuleta tomó el riesgo de poetizar, de retratar en todas sus contradicciones, de narrar aquello que escapaba al facilismo de las categorías, lo que siempre termina por huir de la estabilidad, lo volátil y evanescente de nuestra sociedad.

De Negroyndia, China cambuja.



## 2 CAPÍTULO II: UNA LECTURA DE LO NEGRO EN LA NOVELA *TIERRA VIRGEN*

El presente capítulo tendrá como objetivo identificar las formas y métodos de construcción de los que se vale Zuleta a la hora de representar el elemento negro presente en la novela. Igualmente, se busca analizar cómo están contruidos los personajes, a partir de qué presupuestos sociales, históricos o culturales, así como los mecanismos de participación e integración que cada uno de ellos adquiere en la novela, al igual que los diferentes posicionamientos discursivos en los que se sitúan los caracteres de color.

Nina Friedemann publica en 1992 un artículo titulado *Conceptos sobre identidad cultural negra en las comunidades negras* en el que subraya la dificultad que representa para los estudios antropológicos definir la identidad étnica de estas comunidades, ya que la etnicidad no está definida por una delimitación territorial y muchas veces varía cuando es expresada por el individuo o cuando se expresa por medio de la interrelación social: “el problema de hablar sobre identidad cultural negra, sin establecer primero unos criterios, es que de hecho se presupone una identidad colectiva, cuyo resultado se deriva del color negro” (1992.176).

Resulta especialmente interesante que poco menos de un siglo antes de la publicación de estas páginas, Eduardo Zuleta llegase en su novela *Tierra Virgen* a conclusiones similares ya que no propone una lectura de lo negro como una unidad estable o estereotípica, sino que hace muy variables las posibilidades para su construcción, confiriendo a cada personaje de piel oscura la posibilidad de hacerse dueño de su individualidad. Es así como Zuleta sitúa a sus personajes de color en diversos grupos sociales, económicos, lingüísticos y religiosos desempeñando papeles muy diversos en diferentes esferas y dimensiones sociales otorgándoles costumbres, formas muy distintas en el pensar, el sentir y el actuar. Por lo cual, como se señaló en el capítulo anterior, rompe con el presupuesto según el cual lo negro y lo blanco, se comportan como unidades estables dentro del proyecto de nación mestiza.

En otro texto suyo titulado *Estudios de negros en la antropología colombiana* Friedemann afirma que hace poco menos de un siglo, el artículo central de la ley 14 de 1922 prohibía

“la entrada al país de elementos que por sus condiciones étnicas, orgánicas o sociales sean inconvenientes para la nacionalidad y para el mejor desarrollo de la raza” (1984.122).

Igualmente, la investigadora antioqueña Consuelo Posada alude en su texto *La raza negra en Colombia: Antioqueños y chocoanos* a la figura de José María Samper quien “reputado como un gran humanista, [defendió] la evidente inferioridad de las razas madres”, como la africana negra y la indígena, y hablo del zambo como “una raza de animales en cuyas formas y facultades la humanidad tiene repugnancia en encontrar su imagen o una parte de su gran ser” [...] Así, para calificar la danza del currulao, en una aldea negra, utiliza los adjetivos “brutal y salvaje”. Descalifica el baile, como “horrible espectáculo”, se refiere a la “obscenidad” en los movimientos y a la “extravagancia” en las contorsiones y compara a los danzantes con “réprobos dando vueltas en una de las cavernas del infierno, en honor de los siete pecados capitales” (2003.109).

La lectura que propone Zuleta de esta raza desestabiliza las jerarquías según las cuales el negro debe, por naturaleza, ocupar el último escalón, lo que no quiere decir que lo sitúe en el primero para convertirlo en el protagonista, sino que tanto los negros como los blancos están sometidos, en condiciones más o menos iguales, a destinos cambiantes que les hacen descender y ascender en las escalas sociales. Para esto, se analizarán uno a uno los personajes de tez oscura que en este caso comprenden las múltiples divisiones que hacen presencia en la historia como las del mulato, zambo, chino, cambujo, cuarterón, quinterón, morisco, entre muchos otros. Aunque con contadas excepciones, las categorías raciales en la novela no aparecen definidas con tanta claridad como analizaremos más adelante.

## **2.1 Carmen**

Es la criada que sirve en la casa de Doña Juana y Manuelito y quien acompañará su enfermedad y recuperación sirviendo de contrapeso a las decisiones de aquellos que la sobrepasan dentro de esa jerarquía social, bien sea por su nivel económico, como es el caso de Doña Juana; por su nivel educativo, como el del médico Ramón Hilario, o por su grupo racial como Doña Camila. Del mismo modo, establece diferencias notables en sus usos lingüísticos en expresiones como “usté”, “pensao”, “á naide”, “siñá”, “pa cabeciura”, “concencia”, que Zuleta no pone en itálicas sino que las integra a los diferentes usos

empleados, tanto por su narrador, como por los personajes blancos o mestizos, sin convertirlos en baches para la lectura. La principal función que desempeña este personaje en la narración es servir como representante de una de las muchas facetas que adquiere el saber medicinal en la novela.

### **2.1.1 El acervo medicinal: entre el saber académico y popular**

Pese a que parecen ser más las diferencias que los elementos comunes, las diversas lecturas del saber medicinal plasmadas en la novela dan a este saber un giro especial en la narración. Es de tener en cuenta que aunque Zuleta fue un médico especializado, su visión no se limita a una binariedad entre el saber académico, científico y autorizado, propio de la medicina alopática, y el saber popular empírico, sino que advierte los puentes históricos que se han trazado entre ellas, así como la confluencia de saberes que han configurado formas distintas de interpretar el cuerpo y la relación con su medio.

Es claro que aunque el encuentro de tres continentes: África, Europa y América puede definir, aunque de manera muy sucinta, el proceso de colonización, ninguno de ellos es una unidad estable y homogénea ya que cada región perteneciente a un mismo continente logró a lo largo de su historia encuentros culturales muy distintos, así como lecturas del mundo y de sí mismos, de manera que las formas de percepción consiguen alterarse considerablemente. Humberto Triana afirma que “los negros creían que los blancos los compraban y embarcaban para devorarlos en fiestas pantagruélicas y antropofágicas” (1989.44), es así como que los rótulos impuestos y las distribuciones entre civilización y barbarie nunca han sido tan uniformes, siendo las distribuciones actuales la consecuencia de que la construcción histórica de ese encuentro haya sido siempre contada desde la mirada europea.

Del mismo modo, no sólo fueron los negros quienes trajeron a América un “cargamento oculto de microbios, bacilos, espiroquetas, virus y parásitos intestinales” (1989.42), sino que el mundo blanco también contribuyó generosamente a la lista de enfermedades como la lepra, “la viruela, el sarampión, la gonorrea y la sífilis” (1989.43). De allí que

Tanto blancos como negros, al llegar a América, encontraron un medio ecológico y condiciones sanitarias muy diferentes a las de sus países de origen. Obviamente, ante el apremio del dolor, las propiedades medicinales de numerosas hierbas y plantas autóctonas del continente fueron incorporadas al acervo médico y tradicional de los recién llegados (1989.56).

Si analizamos cuál es la relación que cada personaje sostiene en este apartado de la novela con el saber medicinal encontraremos que aunque proviene de fuentes distintas, el conocimiento herbolario, tanto de una facción como de la otra, no posee mayores variaciones. En *Tierra Virgen* tanto el médico como la criada parten de ese conocimiento, aunque cada uno le otorgue funciones y lecturas distintas. Esto se acentúa con el hecho de que Zuleta permita una intervención equilibrada de los conceptos emitidos por cada uno, ya que se han valido de herramientas distintas para su aprendizaje que en el caso de la criada negra ha sido la práctica y en el caso del médico la letra escrita.

Sin embargo, aunque Zuleta brinda el espacio a cada personaje e intenta equilibrar los pesos discursivos, son algunos de ellos quienes buscan erigir de nuevo las jerarquías y tornar al orden ese desequilibrio. De allí que algunos de ellos intenten defender la rebatida estructura según la cual raza, educación y posición económica son variables de comportamientos uniformes e interdependientes. Doña Juana se convierte en un claro ejemplo de esto, ya que es quien se encarga de recordarle a Carmen cuál es su posición dentro de esa distribución restando toda credibilidad a su saber

¿Por aquí no habrá sauco? Eh, si yo tengo un paquetico de cerraja, y voló a buscarlo. Volvió con la planta ramosa, de flores amarillas, yá secas y cuando yá la iba á echar á la vasija se acercó la criada y le dijo – Mire, su mercé que esa cerraja está floriada, y cerraja floriada no sirve. – ¿Y quién te ha dicho eso? – Eh, mi señora, pero usted no sabe que la cerraja floriada no sirve? – Siempre te verán metida en todo, dijo D<sup>a</sup> Juana, y sin más discusión le echó la cerraja á la olleta. (1897.111)

Se ve entonces que Doña Juana, la mujer más blanca y con mayor poder es quien toma las decisiones finales. Aunque, como lo vemos en la cita anterior las dos hacen uso del mismo conocimiento y que ha sido, para el caso de estas dos mujeres, adquirido por medio del

saber popular y de la práctica. Es así como advertimos que Zuleta descrea de la idea del mestizaje como reconciliación ya que, por el contrario, problematiza estas herencias históricas y culturales que han llevado a diversos cruces y adopciones, como prueba de que dichas herencias no han sido exclusivas del mundo blanco hacia el mundo negro e indígena, sino que han tomado diversos caminos multiplicando sus posibilidades de adopción y recepción, tal como lo afirma Triana

Galenos, boticarios, especieros y también los negros se hicieron prontamente conocedores de las formas de prevención y curación de enfermedades conocidas por los indios [...] Pronto, comenzaron a emplear negros y blancos el bálsamo contra las llagas, especialmente por las producidas por heridas frescas de cuchillo y lanza. El aceite de cacao para proteger la piel. Para cortar el flujo de vientre (diarreas y disenterías) se echó mano de la guayaba (*Psidium Guajava*), como purgativo se empleó el maguey que servía también para soldar quebraduras de huesos. [...] Las bubas o frambesía que tanto abreaban a los negros, fueron curadas con el guayacán. (1989.56-57)

Veremos igualmente una forma alternativa no sólo para adquirir sino para practicar el conocimiento medicinal que traza fuertes vínculos con la práctica como es el caso de “Un cirujano de afición, que aún existe en Remedios, [quien] corrió y le introdujo los intestinos á Barreneche ahí mismo, con arena y todo, y lo suturó con una aguja de arria mohosa” (1897.234). Zuleta no le resta el calificativo de ‘cirujano’ pese a que la práctica de su saber no proviene de un mundo académico. Esta práctica herbolaria se complementará con saberes mágico-religiosos como es el caso de dos Pedro.

## **2.2 Juancho y Pedro**

Pese a su corta aparición estos dos personajes darán a los caracteres negros un interesante contraste ya que aunque pertenecen a un mismo grupo racial, económico y social, la diferencia generacional hace que cada uno de ellos logre una lectura distinta de su papel. Pedro es el padre de Carmen, la prometida de Juancho, y se desempeña como curandero de la comarca. Su labor está cargada de sincretismo por la adopción de elementos cristianos acompañados de figuras mágico religiosas propias del mundo negro:



Míra, Juancho: tú tienej er ombligo sin sanáa. Laj culebraj juntaj si ejtan arrimáa y quietaj no pican, pero si ejtan cogíaj der cuerpo y dan rejo con la cola, santo Crijto e Zaragoza! Córre Juancho, porque si te pican qué contra ni que náa. La mujée se sarva si se tira de esparða á la quebráa ó ar río y no hay pa qué explicáa máa. (1897.289)

Pese a que en Juancho confluye igualmente la fuerza del sincretismo, en él, a diferencia de Don Pedro, las elaboraciones sobre lo sagrado del mundo blanco alcanzan una influencia mucho mayor en su construcción como personaje:

No sin dejar de preocuparlo demasiado la brujería de *ño Pedro* [...] Entonces lo asaltó el recuerdo de una de las enseñanzas del Sr. Cura en que le recomendaba no creer en agujeros y cosas supersticiosas, y aunque le dieron deseos casi irresistibles de preguntarle algo al curandero sobre el asunto, se contuvo, y quedándose un poco atrás, se santiguo devotamente. (1897.291)

No obstante, Don Pedro logra interesantes acercamientos con lo blanco como lo revela el siguiente pasaje “– No le tire compae, gritó *ño Pedro*, y acercándose al lugar donde se hallaba la culebra, se quedó mirándola, sacó del carriel de vaqueta – yá negro y tieso por la intemperie – unas hojas que restregó rápidamente en las manos” (1897.290). Sabemos que el carriel, típico del hombre antioqueño, es un símbolo imprescindible para la imagen del arriero blanco, que usado desde los tiempos de la colonia se convierte en un elemento de identificación. Sin embargo, Zuleta recurre a este objeto para desencajarlo de sus funciones y contexto original, de manera que se entablen nuevos diálogos socio-raciales. Es así como el carriel pasa ahora a manos de un curandero negro que no lo usa para guardar la peinilla, la barbera, los dados y entre muchas otras cosas, sino para guardar las hierbas típicas del saber negro tradicional.

### **2.3 Doña Clemencia**

Será el personaje que sirviendo a Don Cándido como criada sumará a la fuerza de Carmen un contrapeso adicional al de las razas más claras y con más poder simbólico que se manifiesta a través de la letra y la educación, así como un poder material ejercido por

posiciones económicas más altas en las que se ubican sus patrones. Sin embargo, Zuleta dibuja a sus personajes negros no como en algunas obras pictóricas o escultóricas en las que un mismo modelo de rostro es multiplicado para representar a varios personajes; sino que, por el contrario, traza con un fino pincel los rasgos que hacen de cada personaje único e irrepetible, de expresiones faciales y corporales distintas. Es por esto que aunque Carmen y Clemencia comparten posiciones raciales, económicas y sociales iguales, Clemencia aporta de manera particular a la novela dado que encarna una prueba del sincretismo no ya medicinal sino religioso que procederemos a analizar.

### **2.3.1 Los caminos de la religiosidad: aproximaciones a lo sagrado**

Los aportes del mundo negro a la medicina fueron también muy amplios y significativos para el mundo europeo y americano. Aunque, a diferencia de la herbolaria indígena, la contribución del hombre negro fue mucho más rica en su dimensión mágico-religiosa, eso no la exime de haber trazado un sinnúmero de lazos culturales con el hombre blanco, muchos más de los que parecen haber sido reportados y de los que Europa generalmente insiste en no reconocer como propios. Dicha negación no puede trasladarse, como hasta ahora al mundo americano, ya que como afirma Víctor M. Álvarez:

Es un hecho ya demostrado historiográficamente que el desarrollo cultural del mundo colonial americano se halla determinado por la contribución africana y por las formas particulares a través de las cuales dicha contribución se ha articulado a la configuración de nuestra propia cultura. (1983.720)

De allí que Humberto Triana cuente que pese a que “la inquisición tuvo que ver con los negros brujos y los eclesiásticos se alarmaron con regularidad y carácter público por las prácticas y supersticiones de los negros” (1989.58). Hacer de esta la única versión frente a las reacciones del hombre europeo significaría negar la complejidad que hace imposible la tarea de unificar sus juicios o sus intereses, de manera que también es sabido que otros blancos no sólo no rechazaron esta facción mágico-religiosa, sino que la aplicaban y creían en su efectividad ya que “los blancos llamaban frecuentemente a los negros brujos para “embrujar” o matar directamente a algún enemigo o rival” (1989.58).

Adicionalmente, la permanencia de los legados africanos, así como las transformaciones sufridas luego del arribo al Nuevo Mundo, se convirtió no sólo en un espacio de comunicación con lo sagrado, sino en una herramienta de resistencia política como lo expresa Luz Adriana Maya: “Sirvió como arma simbólica para luchar contra el régimen de terror esclavista y también fue soporte para reconstruir nuevas memorias histórico-culturales al crear estrategias de adaptación a la cultura y los entornos específicos del Nuevo Mundo” (1996.29).

También veremos cómo en *Tierra Virgen* los personajes se desenvuelven en el terreno de lo sagrado como en el caso de Clemencia quien “con su colmillo de caimán en la muñeca, que era el talismán de la negra, y su dije más querido y reverenciado. «Pa yo lo que tiene er niño Manué ej meleficio. Ej que vení á Remerio sin contra, ej malo»” (1897.90). Sin embargo, inmediatamente después de esta explicación, que desde su posición racial y socio económica, sitúa a Clemencia en esta facción mágico-religiosa, se da un giro en ese posicionamiento, puesto que da una explicación que concuerda más con el diagnóstico blanco: “Si bujcaran á ño Juan Pablo le sacaba loj animale de la barriga ar niño re mi siñá Juana”. (1897.101), la criada le atribuye a la dolencia de Manuelito no ya una explicación espiritual, sino anatómica. Es aquí donde se hace indispensable agregar que Zuleta reconoce que un individuo nunca es ni puede ser un objeto aislado de los otros, que un hombre nunca está escindido del mundo que lo circunda, sino que él es un integrante tan dinámico en su interioridad como lo puede ser el mundo en su exterioridad, por lo que concentra su interés en la dificultad de trazar las fronteras entre estas dos dimensiones.

Triana subraya que “Los médicos brujos negros empleaban sus poderes para curar las enfermedades causadas por poderes sobrenaturales” (1989.45). De manera que Clemencia nos demuestra que puede también hacerse partícipe de las enseñanzas del cristianismo cuando dice: “Lo mejmo le pasó aquí aquer branco de Yolombó, que se ro llevó mi Siño Jesucrijto en trej diaj, y cuando lo ejtaban velando comenzó á echá culebraj é pelo por la mejma boca qui ñi condenao. ¡Ai mijá e mi arma!” (1897.130). Estas líneas nos permiten ver que no es que varios elementos converjan en un mismo individuo pero guardando los límites de su identificación y manteniendo el trazado de sus diferencias, sino que Zuleta desvanece y hace muy borrosas las fronteras que los apartan. Lo cristiano, representado por

la figura de Jesús y por la concepción de destino, presente en la segunda frase, coexiste con lo mágico, pero sin que la explicación anatómica deje de sobrevivir.

Igualmente, aunque el negro Liberato convidó a sus conocidos a un baile en donde la música y la danza estaban cargadas de manifestaciones negras y pese a que el motivo de la celebración es la Semana Santa, fiesta de tradición cristiana eso no impidió que: “Después de una Semana Santa que pasaron los bagreños en Remedios, salió Liberato para su mina con el gran ramo bendito al hombro, el cual debía servirle para espantar las tempestades allá en lo hondo de la montaña” (1897.281). Es así como los símbolos o métodos de consagración sufren variadas adopciones y traslados que Rafael Antonio Díaz reconoce como

Coexistencias, en el espacio del festejo religioso, de prácticas religiosas dominantes y subalternas como, por ejemplo, la presencia de danzas negras en la celebración del Corpus Christi, así el acto como tal estuviese controlado y organizado por la jerarquía cristiana dominante. (2003.222)

Igualmente, Luz Adriana Maya advierte que el canto y el rezo fueron soportes fundamentales para los procesos de evangelización a lo largo del siglo XVII y XVIII siendo una obligación para los esclavos negros. No obstante,

El uso que hacían de ellas no se inscribía dentro de los patrones de la ortodoxia que esperaban los amos. Por el contrario, *las oraciones se utilizaban para realizar sortilegios y hechizos*, lo cual deja pensar que las acusadas tenían convicción de que mediante la repetición de rezos e invocaciones católicos podían liberar las potencias de los seres y ponerlas a su servicio. (1996.35)

Del mismo modo, Zuleta demuestra un interés especial no sólo por los cruzamientos culturales y religiosos que conforman nuevas facetas de lo sagrado, sino por el proceso de elaboración que se emprende desde ese primer encuentro con lo desconocido, como lo demuestran las líneas que dedica al proceso de evangelización de Juancho y Carmen:

Advirtióles el Sr. Cura la obligación de estudiar la Doctrina Cristiana [...] dio comienzo á la enseñanza. Primero los Mandamientos de la Ley de Dios, luego los

de la Santa Madre Iglesia, y en seguida los Pecados capitales y los Sacramentos. [...] Pero cuando el Padre entró á enseñarles los Artículos de la Fe, los Dones y frutos del Espíritu Santo y las Bienaventuranzas, los pobres no pudieron yá más, y la confusión más espantosa penetró en aquellos cerebros vírgenes, incapaces de asimilarse de un golpe la doctrina de Jesucristo. (1897.282)

Este proceso de evangelización descrito por Zuleta, así como el sincretismo que caracteriza a sus personajes negros, se ajustan mucho más a los verdaderos procesos que como señala Crespi: “Para Thornton la conversión no fue nunca completa, más bien lo que hubo fue una fusión, un sincretismo religioso que no era, ni cristiana, ni africana” (2003.136). Como veremos en el apartado siguiente, es imposible desligar las dinámicas corporales con las de lo sagrado dado que habitan en mundos interconectados, motivo por el cual, los procesos de evangelización se convirtieron en formas de legitimación de la esclavitud como lo sugiere Adriana Maya:

Además de convertirlo en objeto mediante las Leyes de Indias con el fin de someter su cuerpo y rentabilizarlo, el poder colonial perfeccionó un sistema para borrar su memoria. En convertirlo en un ser ahistórico desarticuló la imagen de sí mismo, desestructuró su memoria atacando directamente lo que la fundamentaba: lo sagrado. (1996.33)

Dentro de los múltiples mecanismos implementados para borrar la memoria negra está el señalado por Víctor M. Morales según el cual los propietarios de esclavos al formar las cuadrillas

Vinculaban individuos procedentes de diversos orígenes étnicos y así, no solamente se diluían las posibles identidades culturales sino que, la ausencia de elementos comunes imposibilitaba una respuesta política del grupo esclavo y se permitía al amo un control más eficaz sobre su cuadrilla. (1983. 719).

El cuerpo es un elemento fundamental para la comprensión de las diferencias raciales y sus dinámicas, no sólo por el color de la piel, sino por la compleja red de símbolos culturales, religiosos, éticos y políticos que en él se esconden. Sobre esto Michel Foucault afirma que

El control de la sociedad sobre los individuos no se opera simplemente por la conciencia o por la ideología, sino que se ejerce en el cuerpo, con el cuerpo. Para la sociedad capitalista, antes que nada, lo importante era lo biológico, lo somático, lo corporal. El cuerpo es una realidad biopolítica; la medicina es una estrategia biopolítica. (1977.5)

### **2.3.2 Los juegos de la corporalidad negra**

Se verán en este apartado los métodos y preconceptos de los que Zuleta se vale para recrear la corporalidad negra, que en algunos casos será exotizada y hará rozar sus límites con lo salvaje; sin pasar por alto otros episodios en los que la corporalidad negra será admirada y reconocida sin advertir en la descripción un tono peyorativo.

Como se analizó en el capítulo anterior, la fuerza del cristianismo invadió también la interpretación que el mundo blanco gestó de la corporalidad negra. Esto enlaza, según Liliana Crespi, a las tinieblas con la oscuridad y el pecado de manera que la piel oscura fue interpretada como el terreno más fértil para la perversión moral. De allí que sus juicios subsistan en las mutaciones de nuestro lenguaje, en las leyendas y cuentos populares como lo expresa Javier Ocampo López en su libro *Mitos y leyendas de Antioquia la Grande* donde dedica un par de páginas a la figura del “putas” como “personificación suprema del espíritu del mal. En el cristianismo es el enemigo de Dios y del hombre” (2001.105).

Sabemos que el mundo blanco y mestizo ha juzgado al hombre negro como fuente de pecado por ser parrandero, lujurioso y sensual, igualmente “En Antioquia, el diablo es parrandero y tentador de las doncellas [...] El Mandinga es el diablo de las regiones de minas y de los antiguos esclavos; es de color negro intenso como la tribu de los mandingas que llegó en la esclavitud, procedente de África” (2001.106). Esa caracterización que atrae como fuente de placer, pero que a su vez se condena por llevar gradualmente a la perdición espiritual y que debe ser, como ya se explicó, neutralizada con trabajo, se acerca a la descripción que hace Zuleta del hombre de color en la mina “Son dos mulatos desnudos hasta la cintura, de músculos pronunciados, de pecho ancho y robusto, cubiertos de sudor y que resisten á los rayos de un sol ardiente con impasibilidad que pasma” (1897.139).

A excepción de Teresa Carrillo, a la que Zuleta representa como una mujer mulata y de acaudalada familia, Clemencia es el primer personaje negro de clase baja en quien Zuleta detiene su mirada. La descripción que Zuleta traza de Clemencia la define como “una esclava vieja que el señor había traído de Magangué. Era una negra pura, de pelo churrusco, de ojos pequeños de dientes blancos y finos que habían resistido los estragos del tiempo” (1897.129).

Hasta ahora la descripción no se distancia de las caracterizaciones de los personajes blancos que se concentran en los rasgos faciales, el porte o el vestir, pero que en ellos nunca se extiende hacia el cuerpo. Sin embargo, Zuleta continúa describiendo “los pocos atractivos sensuales del busto de ña Clemencia; patoja, los pies invadidos por la *espundia*, de retaguardia hiperbólica y tembladora” (1897.129). Esta descripción nunca será igualada por un personaje blanco; en *Tierra Virgen* se mantiene, por lo menos en este aspecto, la mirada según la cual el blanco no cabría dentro de esas descripciones dado que es un ser en el que la inteligencia y la racionalidad adquieren mayor relevancia. Por el contrario, el cuerpo para un hombre negro es mucho más que la funda de un objeto más precioso que es el alma, y que, como vimos en el primer capítulo, no es un obstáculo para el diálogo con lo sagrado.

No obstante, este gesto de Zuleta no debe ser juzgado necesariamente como una forma de exotización ya que como hemos visto en Carmen y como veremos en los siguientes personajes, el negro no es para él un cuerpo, sino que confiere espacio a las otras dimensiones de su ser que abarcan la dimensión intelectual, lingüística o espiritual. Es cierto también que si se le juzgara de esta forma, se partiría, aunque sea en defensa del hombre negro, de los prejuicios y presupuestos del hombre blanco en los que el cristianismo deja también su propia huella. Para eso sería necesario, aunque reconozco la dificultad que esto podría representar, romper con la distribución según la cual la inteligencia y el raciocinio, producto de la sacralización e idolatría que el mundo “occidental”, puesto en comillas debido a la dificultad que reconozco a la hora de definir geográfica, histórica y culturalmente las divisiones de este término, ha conferido a lo largo de la historia al cerebro y a la cabeza como lo máspreciado para el ser humano y que terminó por situarla dentro de esa jerarquía corporal en el peldaño más alto.

No obstante, la lectura que el mundo negro hace de sí mismo y de su entorno en sus formas de ser, de hacer y de decir guarda una lógica que se independiza de estos principios. Es por esto que el intento por brindar auxilio a otras dimensiones en el hombre negro más allá de su cuerpo, puede ser un gesto que termina por replicar los mismos principios de exotización y que, sin ir muy lejos, podrían llegar a convertirse en una nueva forma de imposición de las lógicas del mundo blanco sobre las del negro, asumiendo que son las primeras las más autorizadas y verdaderas, así como el fin que todo hombre debería perseguir. De allí que juzgar el gesto de Zuleta de reconocer y destacar la corporalidad negra como una forma de exotización, significaría desoírlo o ignorarla por temor a no mostrarla como un signo de salvajismo lo que se puede convertir en un gesto incluso más impositivo.

Como ya se ha advertido a lo largo de estas páginas, prevalecen en la novela fuerzas que buscan restablecer los órdenes. Es así como en Baltasar ocurre un juego simultáneo de inclusión y exclusión. La fuerza de inclusión se explica a través de su capacidad discursiva, como se mencionó en el capítulo anterior, pero que contrasta fuertemente con las líneas que Zuleta dedica a describirlo como “un carretero muy guapo e inteligente. Negro, *pero*<sup>2</sup> de facciones muy finas. Frente amplia y de cabellos crespos. De ojos muy grandes y de boca perfecta, con dientes blancos y parejos” (1897.152). Así, ese *pero* separado por tan sólo una coma de su condición de negro, subraya el carácter de excepción, de manera que su corporalidad negra se ve sofocada por rasgos físicos propios del mundo blanco, donde la simetría, la proporción y la armonía son los elementos que definen los límites entre la fealdad y la belleza. Igualmente, estas características físicas que aproximan a Baltasar al mundo blanco, no se restringen a su corporalidad, sino que se extienden hacia sus dotes intelectuales y discursivas, donde parece que es gracias al hecho de tener rasgos blancos lo que le permite ser descrito como ‘guapo’ e ‘inteligente’. Igualmente, Carmen y Juancho sirven de ejemplo a esta contradicción:

Mientras el baile comienza andan en coloquios y á solas Carmen y Juancho, un par de seres felices que piensan también casarse. La pasión amorosa de éstos – un poco cruzados yá – y que tienen bastante sangre blanca en sus venas – es de carácter poco

---

<sup>2</sup> El subrayado es mío.



impetuoso en lo externo. Él la respeta y la quiere del modo más suave y cristiano que puede permitirlo ese clima ardiente, (1897.276)

Es así como la sangre blanca parece ser la única capaz de aminorar la naturaleza bravía del hombre negro, que en el caso de esta pareja se logra, tanto por el camino de la sangre, como por el de la educación cristiana. Sin embargo, esta construcción contrasta ampliamente con la que Zuleta elabora de Pacho Quintero, ya que aunque es uno de los más destacados por su altura moral, ninguno de esos rasgos ha sido justificado por características blancas, ya que lo describe como “moreno y de pelo indio, rebelde á las imposiciones del peine” (1897.169). Para este caso, los rasgos propios de la corporalidad negra o zamba, no se convierten en un impedimento para otro tipo de cualidades morales o sociales.

Del mismo modo, el alcalde Romero, que es un hombre negro que ha sido enviado a Remedios para restablecer el orden, es otro personaje que sin necesidad de borrar sus rasgos negros, su corporalidad es exaltada y representada sin necesidad de atribuirle rasgos blancos: “Romero era hombre alto, fornido y de narices chatas. De color moreno y de ojos vivísimos” (1897.227). Encontraremos, un par de capítulos más adelante, otro personaje muy fugaz dentro de la narración ya que no tiene una participación mayor a dos páginas y al que Zuleta no ha puesto tan siquiera un nombre, pero que tiene una construcción tan particular que resulta muy significativo. Este personaje es un garitero que trabaja en la mina y que además de ser negro, es también homosexual.

A este personaje Zuleta dedica un tejido muy especial para su corporalidad dado que lo describe como “un hombre que anda meneándose con las manos en la cintura y que al pararse saca las caderas hacia un lado y dobla la cabeza hacia el otro [...] Tiene la boca grande y oblicua” (1897.147). Este gesto me parece especialmente significativo, ya que, aunque el juicio moral no se hizo esperar a través de adjetivos como ‘contranatural’ y ‘desgraciadísimo’ que Zuleta no pone en boca del narrador sino de unos mineros, su posible mirada frente a esta cuestión se hace evidente en calificativos como ‘perversión’, ‘equivocación’, ‘lástima’ y ‘aversión’. Pese a esto, lo que considero destacable es la participación y el espacio que Zuleta decide abrir para él en la novela ya que representa, como en los anteriores personajes, formas muy distintas de habitar la corporalidad negra, de manera que su efímera presencia contribuye con el objetivo de diversificar y complejizar

las facetas del mundo negro. No obstante, asistiremos a otra forma de la corporalidad negra menos renovada como es la de Liberato, pese a que, como veremos más adelante, cobrará especial relevancia hacia el final de la novela puesto que se convierte en un motor imprescindible para la familia Jácome:

Cuando aparecía una piedra grande de esas que dos hombres no mueven, el negro Liberato la cogía con las manos y la arrojaba por encima de la cabeza de sus compañeros, que se quedaban atónitos porque nunca podían comprender cómo era que un hombre solo fuera capaz de tanto. Era una fuerza bruta máxima [...] Ni el calor, ni el sol ardiente, ni los insectos que llegaban a posarse sobre la piel del negro, hacían mella alguna en esa naturaleza (1897.270)

Sin embargo, como veremos en el apartado dedicado a Liberato su personaje adquiere nuevos matices que lo llevan a desempeñar otros roles dentro de la novela.

### **2.3.3 El buen salvaje**

La imagen rousseauiana del buen salvaje fue leída y reinterpretada por los intelectuales neogranadinos para entender las dinámicas raciales presentes en el territorio nacional. Fue así como sustrajeron de las consideradas razas inferiores el carácter salvaje y bárbaro para devolverles la inocencia y la pureza de seres ideales que no hacen de la codicia el motor de sus acciones. Esta lectura se convirtió en una de las armas más dobles del proyecto mestizo.

Esta inocencia los relega a un estado igualmente salvaje que los mantiene al margen de toda posibilidad de reconocimiento. Este gesto lo advertimos en la novela a través del juicio del narrador al decir que “Sólo que la opinión de Clemencia, aunque la más humilde, era quizá la más ingenua y la menos peligrosa” (1897.130). Eduardo Restrepo traza la diferencia principal entre las formas de construcción del buen salvaje, tanto para Rousseau como para Codazzi, al decir que

Antes que una lectura rousseauiana en una línea confluyente con una apología al «estado de naturaleza» o al «buen salvaje», esta *escasez de necesidades* de la *raza africana* o del *negro* de estas *regiones* es claramente asociada en Codazzi y Pérez con términos como los de *indolencia*, *ignorancia* y *atraso* (2007.31)

Restrepo explica que a diferencia de Codazzi, quien interpreta esta 'escasez de necesidades' como una forma de esclavitud del mundo salvaje, para Rousseau se convierte en una fuente de libertad. Esta última idea tiene eco en la descripción de Juancho y Carmen: "Esas dos existencias sencillas, sin complicaciones enojosas, y sin mayores responsabilidades, llevaban la vida más tranquila y envidiable" (1897.286). Codazzi manifiesta en sus palabras la confianza que todavía deposita en el progreso y modernización del mundo americano:

Si esta raza fuerte i robusta tuviese amor al trabajo i ambicionase las comodidades de la vida civilizada, podría enriquecerse brevemente i trocar sus miserables chozas por casas cómodas i abrigadas, los trozos de palo que usa para sentarse, por buenos i blandos muebles; su fea desnudez por elegantes vestidos, i su ignorancia, o al ménos la de sus hijos, por los primeros i más indispensables rudimentos de la enseñanza (2007.31)

La raza negra adquiere una doble faceta que la sume en una contradicción desde la mirada blanca. Por un lado, es una fuente inminente de pecado por la exacerbada sexualidad que la caracteriza, y por otro, es también una fuente de inocencia por la distancia que la separa del mundo civilizado:

Varias tardes estuvo el Cura ocupado en estos asuntos hasta que comprendió que aquellos seres eran unos hijos de Dios, libres de esos pecados de espíritu que predominan en los civilizados y que viven del refinamiento de la malicia y de otras yerbas no menos venenosas (1897.284)

Es de este modo como, al igual que Odiseo frente al mundo de Polifemo, se advierte una mirada 'capitalista' en el sentido en que todo se convierte en materia susceptible de explotación o mercantilización. Esto por esto que asistimos al encuentro contradictorio entre dos formas de leer e interpretar el mundo de la economía, lo que nos lleva a formas de entender conceptos como 'necesidad', 'riqueza', 'inversión', 'recurso' y 'administración' de maneras muy diversas. Dichas interpretaciones vienen a su vez acompañadas de otras formas de la cosmogonía, de la historia, del tiempo y del espacio como lo demuestra el personaje de Pacho Quintero, quien pese a haber ascendido social y económicamente sin

tenerlo dentro de sus pretensiones, esto no le hace perder su actitud filantrópica y desinteresada.

De manera que si en Codazzi advertimos la clara imposición de una lectura del mundo sobre otra, en Zuleta encontramos, un intento por flexibilizar esos pesos hasta ahora tan desiguales, ya que en capítulos como *Liberato en el Bagre* y *Juancho y Carmen* la narración abre al lector las puertas de una nueva forma de la economía como se advierte en “su casa pajiza, de paredes de macana rajada, [donde] convidaba á bailar á los vecinos” (1897.275).

Siguiendo lo anterior, es posible concluir que la mirada de reprobación o idealización frente al buen salvaje depende de la visión que se ha elaborado de la idea del progreso y de la celebración o desilusión frente al proyecto moderno. Por su parte, Zuleta parece habitar en el margen entre estos posicionamientos, ya que no es posible advertir una condena frente al progreso social o económico, como lo demuestran todos los miembros de la familia Jácome. Sin embargo, la constante fluctuación a la que se ven sometidos todos los personajes de la novela nos permite afirmar que no hay en ella una idealización del progreso o la modernización, como se afirma en palabras de Simón Arenales: “Y esta misma civilización que ha traído la luz eléctrica y el vapor, ¿cuántas víctimas no ha costado ya al mundo?” (1897.401). Es posible advertir la denuncia que se emprende en contra de la explotación de las multinacionales inglesas en las minas de *Juan Criollo* como lo demuestra la descripción de Manuel “que había puesto su cariño en la mina y deseaba los altos rendimientos, aunque ese oro fuera á dar á manos de Lorens ingleses que lo invertían en comprar parásitas de la India” (1897.156).

Esta mirada del buen salvaje que advertimos en una novela como *María* de Jorge Isaacs en donde la profunda reverencia del hombre negro frente al mundo blanco, así como la lealtad al servicio y al amor de su amo, se rebaten en muchas de las páginas de *Tierra Virgen*. En ella reconocemos fácilmente la construcción de personajes como el de Carmen, Clemencia o Ricardo Romero en los que la mirada según la cual el negro cuya naturaleza ha sido satisfactoriamente aplacada y que logra convertirse en un buen salvaje es quebrantada línea a línea en la novela, dado que confiere más voz y más espacio a sus personajes de color. Así, aunque al principio habíamos asistido a una fiesta de hombres y mujeres

predominantemente blancos en el capítulo *El baile*, ahora la mirada narrativa se desplaza a un nuevo escenario para ofrecer otro baile pero ahora en casa del negro Liberato:

Es de tarde y van llegando las parejas. Las hijas de Pacha Bravo, las de ño Demetrio, las de ño Anselmo, y la mentada Luisa Palacio entre las principales [...] Hay otras de segundo orden, que como vecinas han sido también convidadas, que representan la raza africana pura, rebelde al cruzamiento con los *brancos*, por ser estos hombre y mujeres sin *calóo* ninguno y gente muy *desabria*, como dice la negra Rafaela. (1897.276).

Zuleta traza las diferencias y particularidades de la celebración negra que la distinguen del mundo blanco sin recurrir a ningún adjetivo peyorativo. La disposición del lugar, así como la música e instrumentos se modifican para el baile: “Ño Marcos tiene la vihuela alazana en la mano. Brígido toca el tambor y un negrito de la vecindad hace sonar el *guache*” (1897.277). Esta sencilla escena demuestra, con o sin voluntad del autor, la interpretación que el mundo negro ha construido para sí, ya que se vale de instrumentos heredados como la vihuela española, así como del tambor, que tiene sus orígenes en la antigua Mesopotamia y que se extiende y populariza en el continente africano, al igual que el *guache* que por emitir un sonido similar al de la lluvia fue ampliamente apreciado por los mayas, aztecas y mixtecas. Es así como los aportes y herencias que cada continente ha entregado al mundo tienen cabida en estas dos líneas.

La descripción del baile que hace el narrador parece haber sido construida con especial cuidado para no parecer abiertamente peyorativa, objetivo que consigue si la comparamos con la descripción que José María Samper hace del baile del currulao que citamos al comienzo del presente capítulo, en ella predominan adjetivos como ‘brutal’, ‘salvaje’, ‘horrible’, ‘obsceno’, ‘extravagante’ y ‘réprobo’ por no decir más. Por el contrario, aunque la descripción de *Tierra Virgen* no parece tener un aire abiertamente celebratorio, es de reconocer que hace de esta escena materia novelable a la que considera digna de ser narrada “Va redoblando el humor entre los compañeros y á poco aquello se convierte en un estremecimiento nervioso, en un delirio muscular, que hacen de aquel grupo una masa humana palpitante y loca” (1897.278).

Igualmente, se puede destacar el hecho de que Zuleta no sólo escenifica el baile en su ‘estremecimiento’ y ‘delirio’ sino que, así como reconoció los protocolos propios de los bailes blancos, reconoce también los que componen la celebración negra. Con lo cual, se admite que este baile no es, como lo propone Samper, la consumación del caos y el desparpajo ya que posee sus propias reglas: “No se permite hablar en el puesto” (1897.278), y sus propios rituales y símbolos: “Y al són de esta música y de este canto, zapatea Liberato con cierto aire de superioridad medio pedantesco, y la chica hace primores de saques y balanceos que le valen muchos aplausos” (1897.279).

## **2.4 Pacho Quintero**

Es este uno de los personajes a los que la pluma de Zuleta guarda un mayor aprecio ya que, tanto a él como a Luís Arenales, dedica un capítulo completo titulado *Los amigos* en el que invierte extensas líneas en su descripción así como en su historia. Este gesto que el autor no manifiesta con ningún personaje blanco, reafirma la propuesta expresada en el capítulo anterior, según la cual, la novela abre nuevos caminos para la construcción del relato colectivo, puesto que confiere espacios más amplios para lo negro, lo mulato y lo zambo. Como representante de esta última categoría, Quintero es descrito como:

Un corazón generoso y un espíritu benévolo y sencillo [...] sabía la desgracia en que se hallaban varias familias y las socorría de una manera indirecta y secreta como para no ofenderlas. Ni una frase hiriente contra nadie, ni una palabra descompuesta vertían sus labios (1897.167)

Es así como Zuleta rompe con el estereotipo que se cierne sobre el hombre de color. Igualmente, a diferencia de un personaje como Baltasar, la elevación moral que alcanza este personaje no está determinada por los rasgos blancos que le son atribuidos, sino que es precisamente esta distribución la que busca ser violentada.

### **2.4.1 La democracia cristiana**

El motivo principal de la admiración de Zuleta por su personaje Pacho Quintero, a quien caracteriza como un claro descendiente indígena, radica en que lo describe como: “esos

tipos que se encuentran en los pueblos, que van ascendiendo á fuerza de virtudes, de esos que se abren camino y se hacen visibles” (1897.168). Como ya se mencionó, toda categoría biológica, genética o fenotípica es derrumbada por esta propuesta a partir de la cual, la virtud no es conferida por la naturaleza ni por la posición social o económica, sino por el trabajo y esfuerzo personal.

Es a través del personaje de Pacho Quintero que Zuleta da una nueva significación social y moral al trabajo, que no contradice la que se analizó en el capítulo pasado, a partir de la cual el trabajo se convierte en un medio para disciplinar el cuerpo y alejarlo de la degradación moral, sino que amplía y sirve de complemento a su propuesta: “con el trabajo había conseguido modo de vivir y de hacer el bien, y su posición subía sin que él mismo se diera cuenta” (1897.169). En este caso estamos hablando de un personaje zambo, que como categoría racial ocupó los últimos lugares dentro de las jerarquías raciales, ya que esa mezcla de negro e indígena fue considerada a lo largo y ancho de nuestra nación como una suerte de ‘aberración’ para la naturaleza y la evolución de la raza humana, como lo comenta Wade: “Durante la colonia, los españoles legislaron contra la mezcla negro-indio, frecuentemente conocida como “zambaje” (1989.41).

No obstante, Zuleta toma distancia de este dictamen, reconociendo que el trabajo en Quintero no es una lucha contra lo salvaje, sino que, aunque sí es una herramienta de integración social, no está dirigida exclusivamente a un grupo racial, sino al hombre como sujeto en sociedad sin importar las distinciones sociales, raciales o económicas. Debemos reconocer también que el ideal de progreso y modernización que sentó las bases del imaginario decimonónico vio en el *trabajo* un elemento esencial para avanzar en ese propósito, tal como lo afirma Eduardo Restrepo: “El *trabajo* deja de ser visto, entonces, como un asunto individual, para ser considerado un asunto concerniente a la *nación*” (2007.41).

## **2.5 Luis Arenales**

Será después de Pacho Quintero, el personaje más apreciado por Zuleta y al que dedicará cuantiosas líneas, quien además “había tenido que vencer obstáculos increíbles para ascender escalas en las gradas sociales” (1897.172). Así, a diferencia de otros autores que

defendían que la miseria económica o biológica no podía producir más que miseria, Zuleta propone que el fango puede convertirse en el mejor abono para los más exquisitos frutos: “Cuando comenzó á trabajar y á verse hostilizado, le hacían salir la amargura al rostro, pero sirvieron también de acicate para empujar hacia adelante, para combatir sin tregua, para dar cargas al bulto y para vivir en guardia pasada la lucha” (1897.178). Pese al cariño que el autor profesa por medio de sus líneas a este personaje, veremos en el último capítulo titulado *Fin de siglo (en Londres)* la decadencia de su descendencia a través de su hijo Simón Arenales

– ¿Pero tú no sabes la historia de tu padre? / – Demasiado que la sé. Pero el éxito final de él no se consiguió sino á fuerza de agotar energías, y yo no tengo más herencia directa que el dinero que me dejó. Las energías se consumieron con él y no quedó una sola trasmitir al hijo. En la vida de mi padre se quemó el último cartucho de pólvora de la familia. Raza de luchadores que se extinguirá en este pobre amigo tuyo que yá no desea sino morir. (1897.391)

De manera que Zuleta no enaltece una determinada estirpe, sino que admite que aunque unos escribieron una virtuosa historia, esto no se convierte en una garantía para su descendencia. Para esto Zuleta no hace distinciones raciales ya que sucede tanto a blancos como a mulatos en este caso, tal como lo expresa Pedro Jácome refiriéndose a la virtud y la fortuna: “Unas veces en la raza blanca; otras en la noble y desgraciada raza negra” (1897.396).

### **2.5.1 La experiencia**

Luís Arenales es el personaje a través del cual la novela logra trazar una división entre teoría y práctica. Tal y como se señaló en el anterior capítulo, Zuleta, al igual que muchos de sus contemporáneos, se declara un fiel entusiasta de la educación. Sin embargo, será en Arenales donde el peso de la experiencia cobrará dimensiones importantes, dado que la reconoce como una forma alternativa y efectiva que abre nuevos caminos para el conocimiento. Por lo cual, no se limita al camino de la letra escrita como el único medio válido para conocer, como se advierte en la descripción que Zuleta elabora de Arenales: “Tenía sobre sus dos amigos las ventajas que da la experiencia del contacto continuo con



los seres humanos [...] Era iliterato, pero había adquirido la ciencia de la apreciación inmediata y precisa de las personas que trataba” (1897.173). Así, Zuleta no sobrepone el modelo de construcción del mundo ideado por el imaginario blanco sino que, como se ha analizado en otros personajes negros, se abre espacio a nuevas lógicas para la interpretación y apreciación del hombre y del mundo que le circunda.

Es así como se ha demostrado que en *Tierra Virgen* no se da un proceso de inversión de la jerarquía donde lo negro se imponga por encima de lo blanco. Del mismo modo, el método empírico y experiencial no se impone al de la letra escrita, sino que se proponen como complementos esenciales. Ejemplo de esto es la descripción que Zuleta hace del temperamento de Arenales: “en él el espíritu de la defensa que llevaba muchas veces hasta el peligroso terreno del ataque [...] extremaba en ocasiones su defensa y se convertía en agresor implacable” (1897.173). Es así como Zuleta justifica esta tendencia ‘agresiva’ con una lógica según la cual “Si la educación queda trunca, como le sucedió al huérfano Arenales, las antipatías y los odios quedan viviendo allá adentro, y se le arraigan de tal suerte que es imposible destruirlos” (1897.180).

De allí que no sólo la enseñanza académica sino cristiana son para él puentes posibles que brindarían complemento al método empírico. Igualmente, la descripción que Zuleta dedica a Arenales demuestra que no hay una ciega defensa de lo negro, como lo plantean, entre otros, Tulio Ospina o Roberto Cortázar, sino que sirve como un nuevo punto de enunciación y de construcción de una entre muchas formas posibles del discurso, ya que Zuleta no desconoce que la historia comprueba a través de diferentes hechos que desde la colonia hasta hoy han existido grupos y asociaciones negras que han atentado contra los suyos. Ante esto Peter Wade afirma que: “Los negros y mulatos libres quedaron relativamente aislados del sistema colonial local. Un grupo pequeño de ellos era dueño era dueño de algunos esclavos (pero casi siempre de menos esclavos de los cinco requeridos para la admisión al gremio minero) (1989.38). Sabemos igualmente que los negros que habían conseguido la libertad eran también empleados para perseguir y devolver a la esclavitud a los negros cimarrones que habían huido de sus amos. Sería imposible desconocer, por otra parte, que la comercialización de negros emprendida por los europeos

en África estuvo también mediada e impulsada por redes de tráfico creadas por los mismos africanos.

## 2.6 Rita

Es la esclava que crió a Elena y que Doña Petrona regaló a su hija al casarse con Manuelito. Encontramos en su descripción uno de los indicios que permiten afirmar que el tiempo en el que transcurre la novela es anterior a 1851, año de abolición de la esclavitud, como afirma Álvaro Pineda Botero la narración “cubre unos cincuenta años, a partir de la década de 1840” (1999.345). Zuleta juega en el caso de Rita con nuevas formas de configuración del poder, ya que aunque se conocen ampliamente aquellos que son ejercidos por parte del mundo blanco, se ignoran los que pueden ser practicados por el hombre negro desde su posición de esclavos o criados. Para su caso, una de las formas del poder radica en la crianza que ofrece a los niños blancos que no es sólo el caso de Elena sino de los hijos que tendrá con Manuel.

Adicionalmente, encontramos el caso de uno de los hombres de piel más clara de Remedios como es Zoilo Pereda que recuerda que “á los esclavos de casa oí referir de niño mil historias relativas á esta señora [María Centeno]” (1897.206). Este es uno de los muchos elementos que sirven de puente, por medio del cual, el mundo negro traslada sus herencias, imaginarios, prácticas y visiones al mundo blanco, trazando nuevos caminos de diálogo hasta ahora inadvertidos.

No es gratuito que el último párrafo que Zuleta le dedica a la novela esté dedicado a la memoria de estos dos personajes negros:

Todos los domingos van al cementerio los hermanos Jácomes, á visitar sus muertos, y en medio de las tumbas de la familia, hay una muy hermosa que lleva esta inscripción sobre elegante lápida de mármol que trajo Pedro de Londres: Mi Mama Rita y EL NEGRO LIBERATO. (1897.403)

Es así como Zuleta logra desenmascarar esa visión de la esclavitud como una institución paternalista que como señala Múnera citando a Gabriel Porrás Troconis en su libro *Cartagena Hispánica* publicado en 1950: “las negras esclavas que entraban al servicio de

las familias españolas eran «tenidas como miembros de la familia, sin igualdad social, sí, pero con la afectiva y las debidas a la persona humana, como hijas de Dios» (1998.198). Lo más cercano que podríamos hallar en *Tierra Virgen* a esta descripción es el proceso de adoctrinamiento de Juancho y Carmen. No obstante, éste está cargado de contradicciones y mixturas que no hace de ellos simples receptáculos de naturaleza recesiva, sino que se demuestra un interés especial por la confrontación. Del mismo modo, el personaje de Rita demuestra que las adopciones no se dan únicamente en la vía blanco-negro sino que pueden ser invertidas y complementadas, ya que esta visión paternalista según la cual, el negro no es más sino un ser nacido para la obediencia y el asentimiento desoye una realidad histórica enunciada por Francisco Zuluaga, quien afirma que:

Desde los primeros años de dominio español, la vida de las colonias se vio frecuentemente sacudida por los levantamientos de esclavos, que buscando la libertad, se lanzaban al pillaje o se refugiaban en las montañas donde formaban sus propios pueblos y se daban su propio gobierno. (1974.63).

## **2.7 Liberato**

Hijo de la esclava Rita que “había venido al mundo por el tiempo en que los vientres eran yá libres en Colombia” (1897.190). Tanto en su obra literaria como ensayística, es posible advertir en Zuleta un comprensible interés, así como un notable entusiasmo por las legislaciones a favor de la población negra, tal como se advierte en su texto publicado en 1911 con el título *El movimiento antiesclavista en Antioquia*. No obstante, esta ley de libertad de vientres aprobada por el congreso en 1821 lleva consigo una doble faz:

La ley 21 concedía libertad de partos, pero al mismo tiempo garantizaba la continuidad del sistema al imponer la obligación forzosa de trabajar para los amos de sus padres, hasta los 18 años, a los nacidos de ese año en adelante. Esto significaba que a partir de 1839 lo nacidos del 21 en adelante recobrarían su libertad completa. Evidentemente ésta no era la intención real del legislador, y en 1843 se estableció la institución del *concierto forzoso* para los libertos, mediante la cual se les obligaba a permanecer con sus antiguos amos siete años más. (1998.208)

Lejos de un interés por la protección legal de las comunidades negras, Múnera advierte que fueron otras presiones las que obligaron al Estado a firmar estas reformas. Entre las principales se encuentra la presión ejercida por los ingleses, así como la de los señores esclavistas a quienes el gobierno debía indemnizar por su aporte de negros esclavos a las filas por la independencia, y la última, aunque la más importante, la de los negros que lucharon en las guerras de independencia y a quienes se les había prometido la libertad. Este numeroso grupo de esclavos estaba poniendo en la cuerda floja la tranquilidad política del Estado y en especial la de los constitucionalistas. Fue así como los juristas José Félix de Restrepo y Juan del Corral se convirtieron en los protagonistas de esta ley: “Del Corral deja claro que un proyecto de manumisión por etapas es el único medio para evitar la propagación de la rebelión entre los esclavizados, lo que considera un grave peligro para la República”. (2010.51).

De modo que, aunque el problema de la segregación racial se hace especialmente crítico y mucho más agudo en la región de Antioquia, no tanto por sus reformas legislativas como por su proyecto de “blanqueamiento”, es imposible negar que este es un asunto nacional, que articulado desde las dinámicas académicas, históricas y legislativas llevaron a la configuración de un complejo aparato de métodos de exclusión y segregación.

Nina S. de Friedemann afirma que incluso en la reforma constitucional de 1991 del gobierno Gaviria, casi en el umbral del presente siglo: “en la subcomisión 4.6 de Igualdad y carácter multiétnico [...] la ausencia de la gente negra fue patética [...] en sus comunidades, individuos con aptitudes de liderazgo han sido captados sólo para el beneficio de partidos políticos y clases dominantes” (1993.165). Pese a que esta reforma se declaró como un giro que prometía modificar radicalmente las dinámicas de exclusión racial en nuestro país, los nuevos estamentos que hicieron parte de su consolidación no han sido más sino la reescritura en letras y consonantes más amables de la ya conocida carta de 1886 que pone de manifiesto la exclusión de los descendientes de los esclavos traídos de África desde el siglo XVI, ya que como sugiere Jaime Arocha:

La reiteración del carácter excluyente de la nueva carta, tiene que ver con el desmonte imperfecto del sistema de castas socio-raciales que rigió a lo largo de la

colonia española: su nomenclatura racial podrá haber desaparecido, pero no las conductas discriminatorias asociadas con ella (1992. 40).

A lo cual Fridemann agregará que:

En el documento se descalifica la existencia de los negros como etnia y se ignora el ejercicio de su etnicidad activa que tiene la profundidad histórica de los palenques, de las revueltas en las minas o aquella etnicidad pasiva plasmada en el enmascaramiento de su cultura con los signos y símbolos de la sociedad dominante. (1993.166)

Finalmente, en el capítulo *Fin de siglo* Zuleta pone a dos de sus personajes a entablar un extenso diálogo. El primero de ellos es Pedro Jácome, último miembro de la saga familiar y quien servirá de contrapeso a las ideas de Simón Arenales, hijo de Luís Arenales. Cada una de sus ideas tienen, en su mayoría una innegable vigencia dado que sus ideas van desde su reflexión en torno a algunas teorías estéticas, hasta los pros y los contras del proyecto modernizador: “¡Que se ha abolido la esclavitud en el mundo! Falso. Lo que ha desaparecido es el nombre” (1897.370). Sin embargo, como todas las ideas presentes en la novela, Pedro Jácome se encargará de dar contrapeso a las sentencias de su amigo. Por lo cual, si por un lado se cierran todas las puertas de la esperanza, él será el encargado de abrirlas nuevamente: “La esclavitud y los abusos han desaparecido, no tanto como lo desea nuestro espíritu cristiano, pero sí yá en proporción suficiente para creer que desaparecerán por completo, algún día. Y ese día será aquel en que el espíritu del cristianismo penetre en todas las almas” (1897.379).

Pese a que este es el panorama general de los avatares de las legislaciones negras, no obstante, esta forma del poder, así como sus usos y asociaciones, ha alcanzado cierta flexibilidad a lo largo de la historia, condición que se hace manifiesta en *Tierra Virgen*. De allí que Liberato comparta con su madre la facultad de ejercer nuevos poderes mucho más simbólicos que oficiales, pero que son la muestra de la huella indeleble que el mundo negro ha dejado en el imaginario blanco o mestizo, a causa de la estrechez de su vínculo, en donde la relación entre patrón y criado se hace cada vez más borrosa con el paso del tiempo como sucede con Liberato: “Con los niños se había criado, él era quien los llevaba á la

escuela, á la finca, á casa de D<sup>a</sup> Juana y á la iglesia. Cuando nació Carlos, él fue su compañero constante y quien lo meció en la cuna, cantándole al oído” (1897.253). Es así como Zuleta quebranta nuevamente esas distribuciones del poder. Igualmente, el negro Liberato será una pieza fundamental para la recuperación económica de los Jácome de manera que ya no es el amo el que mantiene a sus criados, sino el criado quien no sólo aporta, sino que por un lapso importante de tiempo sostiene a la familia Jácome

Sus hijos volvían de la escuela, sin desayunarse, pálidos y ojerosos y con sus vestiditos remendados [...] Se acabaron para ellos los vestidos lujosos, y la mesa opípara de otros días, se cambió en larga y horrible abstinencia. El negro Liberato que había logrado conseguir una minita, cerca de la antigua mina de El Bagre, enviaba á la casa víveres de su troje, y de cuando en cuando se aparecía con un *trapito* de oro para comprarles vestidos á los niños ó para mandarle á Carlos (1897.322-323)

## 2.8 Ricardo Romero

Romero es quizá uno de los personajes, que aunque con muy poco protagonismo dentro de los caracteres negros, es uno de los más interesantes por la especial construcción que Zuleta le ha dado. Romero no es solamente un hombre educado académicamente sino que, por el hecho de ser el alcalde de Remedios ha conseguido a su vez poder político y económico. No obstante, esta cercana filiación con los roles del mundo blanco no son un impedimento para que habite en simultaneo los más bajos escalones dentro de la jerarquía social debido a su condición racial. Sin embargo, este ascenso progresivo no ha desviado los límites de la justicia, ya que él la aplica tanto para blancos como para negros. De manera que el peso de sus afectos o preferencias no hacen que su balanza se incline favorablemente hacia ningún grupo social, económico, o racial como lo demuestran sus propias palabras luego de acusar a Don Cándido por sus cargamentos de mica:

- Pero bien, ¿qué dijo?
  - Pues groserías é insultos contra su persona. Con decirle que lo trató hasta de negro.
- Pues dígame Ud. á su compadre, dijo el Alcalde que si yo soy negro, él es el *blanco* de la sociedad. (1897.216).

Esa manera que Ricardo Romero tiene de jugar con las categorías raciales al decir que Don Cándido es el blanco, pero que dicha condición no se convierte en una licencia para quebrantar la ley lo que lo convierte, en este caso en el *blanco* de la justicia. Es a través de Romero que el lector asiste a la transformación de la concepción y de la práctica de la ley. El giro social y racial que Zuleta emprende por medio de este personaje es especialmente significativo, ya que aunque el pueblo de Remedios es un pueblo predominantemente mestizo, en donde el poder, no sólo económico sino simbólico, es presidido por las familias más blancas, Romero será el encargado de llevar a este pueblo los signos más contundentes de la autoridad provenientes del centro que ha seguido los modelos del mundo blanco y que extiende lentamente sus brazos hacia la periferia:

Acompañaron al alcalde diez gendarmes vestidos de chaquetas coloradas, y que eran el asombro del pueblo y especialmente de los muchachos, acostumbrados hasta entonces á no ver sino comisarios mal vestidos y sin más insignia de autoridad que una varita pelada, en la mano. Los que había llevado Romero cargaban bayoneta al cinto y eran hombres muy altos y de aire visiblemente marcial. (1897.226).

Esta aparente contradicción que parece no sólo invertir sino problematizar el principio de la colonización según el cual el hombre blanco habitante de un mundo céntrico y civilizado llega a imponer su ley y su orden a la barbarie de la periferia negra o indígena. Esta inversión modifica las posiciones de los actores y de los diferentes discursos que distribuyen los roles que cada uno desempeña.

Es ahora el hombre negro que no va a imponer su propia ley, sino la ley que ha aprendido del mundo blanco. No obstante, a quien la impone no es al hombre negro sino a un mundo predominantemente blanco y mestizo. De manera que esta nueva distribución sobrepasa los límites entre lo blanco y lo negro, así como las fronteras trazadas entre el centro y la periferia, lo que nos permite comprobar nuevamente que en Zuleta no se confía en una predisposición racial para el orden, la justicia o el gobierno a diferencia de la idea de José María Samper para quien el negro no era un ser capacitado para el poder.

Los peones se aglomeran en el pueblo. Por las calles apenas es posible pasar empujando con fuerza; los semblantes van tomando el aire inquieto de la fiera que

va á lanzarse sobre algo; se ven las *cachas* blancas de los cuchillos asomando por encima de la pretina de los pantalones, porque unos van en cuerpo, y otros llevan la ruana terciada para mostrar el arma [...] Unos llevan peinillas terciadas al cinto, además del cuchillo; otros, palos de guayacán en la mano. (1897.227-229).

Así, aunque Zuleta dedica un número importante de líneas a la descripción de estos soldados no oficiales, ésta concentra su mirada en la indumentaria mucho más que en la descripción física. De allí que aunque éste había sido hasta el momento un elemento muy significativo para la descripción de sus personajes, no encontramos en estos hombres ningún indicio de diferenciación racial. Es así como aunque Zuleta describe la alta criminalidad en las minas de los días veinticinco, por ser día de pago, dicha criminalidad no se restringe a un único sector racial, de manera que no se sataniza a lo blanco ni se idealiza a lo negro y viceversa.

## **2.9 Los personajes negros frente a la guerra**

La llegada de la guerra al pueblo de Remedios se convierte en el escenario perfecto para los giros sociales y económicos de los personajes de *Tierra Virgen*, en donde los encuentros raciales no dieron espera. Este capítulo titulado *Días Oscuros* reafirmará una y otra vez que la lectura de Zuleta a propósito de las dinámicas raciales no está mediada por una condena o idealización ni de lo negro ni de lo blanco. Así, de manera directa o indirecta tanto blancos como negros servirán a los opresores o integrarán la porción de los oprimidos, división que la novela misma se esfuerza por trazar.

Doña Elena y Rita aparecerán como las primeras víctimas aunque perteneciendo a grupos raciales distintos “Rita creyendo que el soldado iba á disparar sobre la señora, se interpuso valerosamente, y el imbécil descargó su tornillo pedrero, sobre la cabeza de la noble negra y la arrojó al suelo bañada en sangre” (1897.313). Nos enteraremos posteriormente de que el hombre que ataca a Rita es un hombre negro: “Con que Ud. le pegó al negro Quiñones su pescozón. Así se hace. Si es que estos zambos cuando se alzan no hay quien los aguante” (1897.317). Estas palabras enunciadas por un personaje blanco como D<sup>a</sup> Camila cobran especial significado, ya que aunque su denuncia parece dirigirse a los violentos alcances del hombre negro, ella ejerce, en compañía de su hijo Fernández Grisales otro tipo de violencia.

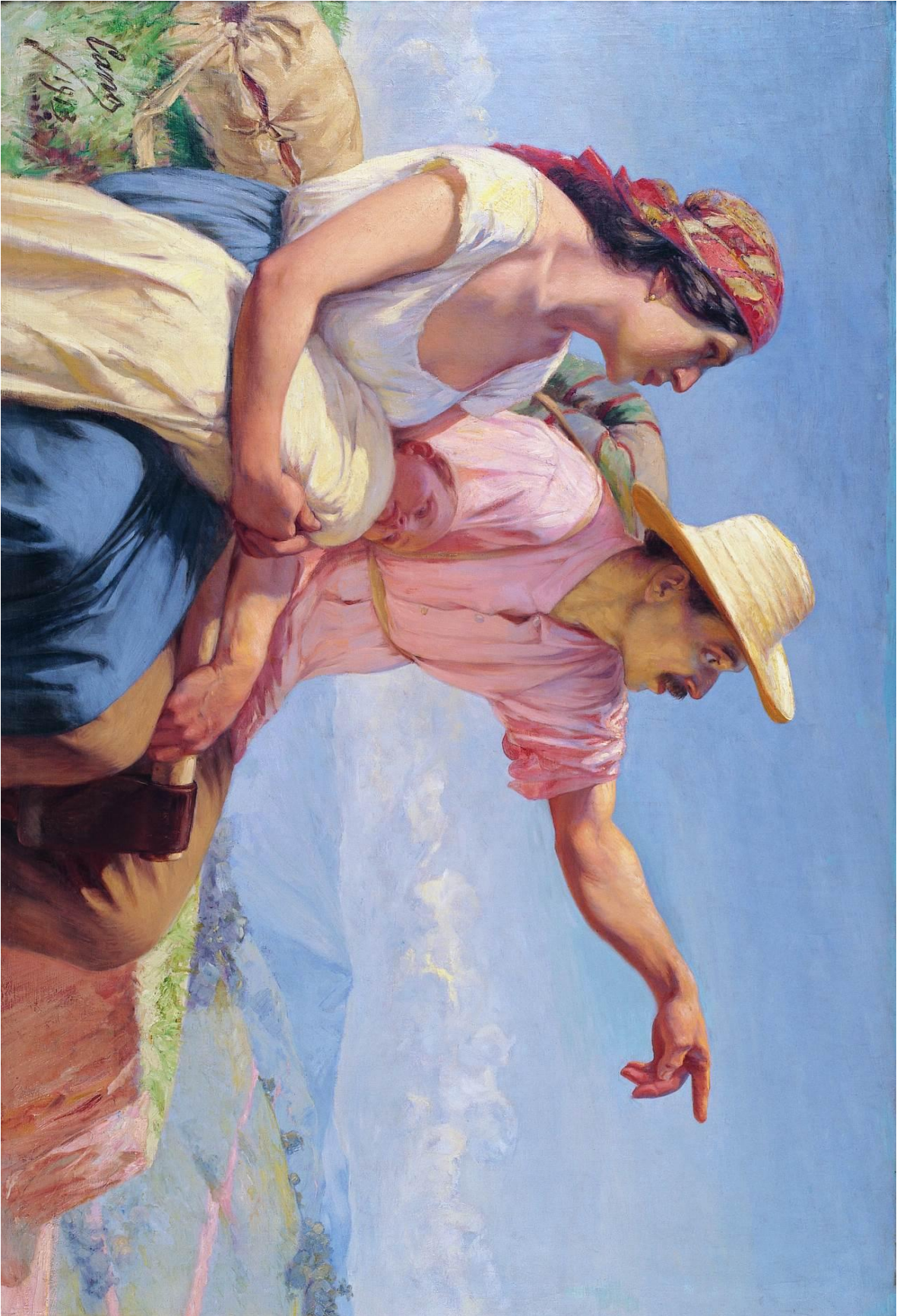


Él valiéndose del caótico ambiente propiciado por la guerra despoja a los Jácome de sus propiedades y Doña Juana de manera más indirecta y en proporciones más pequeñas afectará a la familia: “Mandaba miradas escudriñadoras á todas partes. Metía la mano en el canasto de costura, iba al comedor á beber agua y se comía los dulces que encontraba en la mesa, y salía al fin, no sin llevarse por lo menos un tambor de hilo, un gancho, unos broches, cualquier cosa” (1897. 317).

Liberato será otro personaje negro oprimido por los vejámenes de la guerra quien será llevado a prisión por las blancas manos de Grisales “– Adiós mi *siñá* Elena, decía Liberato en voz alta. No voy preso por ladrón ni por asesino. No llore *mama* Rita que más vale ser negro preso inocente, que blanco criminal en la calle” (1897.318).

## **2.10 A manera de conclusión**

La dificultad que se tiene a la hora de analizar a los personajes negros presentes en la novela radica en la resistencia que ésta misma manifiesta a la hora de aislarlos de su natural interacción con otras razas. De allí que la esencia de las representaciones y de las dinámicas raciales no logren habitar en otro espacio que no sea el del intercambio y la interacción de sus diferentes elementos. Vimos en este capítulo cómo Zuleta no traza barreras sociales, morales, económicas o geográficas que dividan, a partir de una mirada determinista, los diferentes grupos étnicos o raciales. Del mismo modo, las nociones en torno al poder, la ley escrita, la historia y la memoria logran escapar de las categorías tradicionales para ampliarse a nuevos panoramas, motivo por el cual la construcción que Zuleta hizo de sus personajes negros tiene mucho que decir a los estudios contemporáneos, aportando una imagen renovada de los presupuestos raciales que enmarcaron por la naturaleza finisecular de la novela el siglo XIX y XX.



### 3 CAPÍTULO III: LAS IMÁGENES DE LO BLANCO

Las presentes páginas tienen como propósito identificar los métodos de los que Zuleta se vale para representar a sus personajes blancos. Igualmente, se busca analizar el diálogo que éstos establecen con los discursos raciales, así como la relación que la novela sostiene con el imaginario racial antioqueño. Para esto es necesario trazar un panorama general de su historia, no sólo para comprender la raíz del enaltecimiento de su raza, sino para establecer el paralelo entre una versión más oficial y la ofrecida por Zuleta en *Tierra Virgen*.

#### 3.1 Puntos clave para la comprensión del siglo XIX en Antioquia

Aunque el departamento de Antioquia tal como lo conocemos hoy no es reconocido sino hasta el siglo XVIII, es posible advertir desde la colonia los primeros cimientos históricos que darán paso a la configuración discursiva de la raza antioqueña. Aunque es amplio el debate en cuanto a la consolidación de la ‘región’ para este siglo, Alfonso Múnera afirma que “Nadie podría negar que en los inicios del siglo XIX lo bogotano, lo antioqueño, lo caucano y lo costeño, pese a sus borrosas fronteras, constituyen ya entidades que se relacionan entre sí como colectividades diferentes” (1998.24).

Sabemos que los procesos de colonización llevados a cabo en tierra colombiana fueron distintos para el Oriente y el Occidente debido a la división geográfica trazada por el río Magdalena. El Occidente fue conquistado por Sebastián de Belalcázar quien penetró desde el sur del país hasta el norte de Antioquia. El oriente, por su parte, fue conquistado por Gonzalo Jiménez de Quesada quien penetró por el entonces llamado Mar del Norte hasta la sabana de Bogotá. Estas rutas conquistadoras trazaron grandes diferencias en el denominado Nuevo Reino de Granada que se vería políticamente marcado en el Oriente por el Centralismo en tiempo de la independencia y el Occidente colombiano, que integrado por Cartagena, Popayán y Antioquia entre los más representativos, tuvieron un carácter típicamente federal.

##### 3.1.1 La colonización antioqueña

El presente apartado tiene como referente principal el libro *La colonización antioqueña: Una empresa de caminos* de Eduardo Santa. En él se hace un minucioso recuento cronológico, incluyendo aspectos claves de la vida cotidiana. Para empezar es necesario comprender que para comienzos del siglo XVIII, Antioquia era una región apartada por sus múltiples montañas, lo que contribuyó al aislamiento de este departamento del centro del país, en él las tierras permanecían muy poco pobladas y casi sin explotar. No obstante, viene un periodo de florecimiento económico emprendido a finales de este siglo y conocido como la Colonización Antioqueña, que aunque fue predominantemente un proceso expansivo hacia el sur del país, también involucró el norte, el oriente y el occidente. En este proceso de colonización intervinieron no sólo terratenientes y hacendados, sino políticos, banqueros, intelectuales, entre otros. Santa describirá esta fuerza colonizadora como un

Grupo de gentes resueltas, emprendedoras y valientes hasta el propio heroísmo, continuadores de la empresa de los conquistadores españoles, quizá con mayor fortuna que estos [...] a ese tenaz esfuerzo por construir la patria se debe la existencia de más de cien poblaciones grandes y pequeñas [...] hijas del siglo XIX y del hacha antioqueña, de esa epopeya nace un país nuevo y una nueva economía agrícola. (1993.17).

Estas migraciones que duraron desde 1820 hasta 1880 cobraron tal fuerza que cerca del 50% de la población de Rio Negro, Medellín y Santa Fe de Antioquia emigró hasta las tierras que hoy comprenden los departamentos del Quindío, Caldas, Tolima y parte del Valle. Este movimiento poblacional se dio tanto por la Cordillera Central como por la Occidental entre las que circula el río Cauca hacia el sur. Para 1829 el hoy conocido como departamento de Antioquia estaba dividido en dos grandes latifundios: el primero, perteneciente al español Felipe Villegas y Córdoba a quien le fue concedido por el rey so pretexto de unas minas explotables. Como consecuencia del decaimiento de la minería en Antioquia, Villegas impulsó un proceso de migración de campesinos pobres, muchos de los cuales migraban de manera espontánea y tomaban posesión de un pedazo de selva. No obstante, el favoritismo político, el soborno y la corrupción no se hicieron esperar a medida que la promesa de desarrollo y valorización fue haciendo aparecer a los que se declaraban dueños de cada uno de los rincones de la selva y quienes reclamaban altos porcentajes a los

colonos encargados de tan magna labor, lo que desencadenó múltiples conflictos armados. No obstante, esta masiva migración campesina que fue talando selvas a su paso y cultivando las tierras, trajo consigo la fundación de muchos de los pueblos pertenecientes hoy al departamento.

Es en este momento de la historia antioqueña en donde el predominio de la familia como institución echó sus primeras raíces y donde la configuración de las primeras élites blancas tiene su principio. La crisis económica contribuyó a que personas envueltas en dificultades económicas le comentaran a sus parientes y familiares la posibilidad de emigrar a tierras más prósperas donde la promesa de enriquecerse era casi una realidad. Fue así como estos grupos migratorios se dividieron en familias que se hicieron cada vez más numerosas debido a la demanda de mano de obra para la tala y el cultivo. Por lo cual, hogares de hasta treinta hijos se convirtió en cosa natural para ese tiempo, tal como lo afirma Peter Wade: “Mujeres antioqueñas que daban a luz veinte o treinta hijos contribuyendo a una tasa de crecimiento de la población superior a la de la mayoría de los otros grupos de América Latina” (1997.108).

Así empieza una bonanza económica para muchas familias antioqueñas. Una vez alguna de ellas se instalaba y alcanzaba cierta estabilidad económica prestaba dinero a otros familiares que permanecían en las regiones de Rio Negro o Medellín para que emprendieran también su viaje. Esto se convirtió en una cadena familiar innumerable de ayudas mutuas que tejieron una red social impenetrable a tal punto que el matrimonio entre familiares se convirtió en una costumbre y en donde la preocupación por mantener el predominio de la raza blanca fue una de las metas fundamentales.

El segundo latifundio conocido como la Concesión Aranzazu, de la que eran dueños los señores José María Aranzazu y Elías González comenzaron a reclamar a los colonos por la entrega de sus tierras y de las riquezas que había traído su desarrollo, trabajo que había tomado años a un sinnúmero de familias campesinas, por lo cual el señor González fue asesinado en las afueras de Manizales.

La Concesión Echeverri le fue entregada por el estado a Gabriel Echeverri, Juan Uribe Mondragón y Juan Santamaría como pago de unos bonos de deuda pública por dineros que

ellos prestaron al Estado para tiempos de la Independencia. Esta concesión estaba ubicada al oriente de Antioquia en donde la migración estuvo marcada por un proceso más organizado debido a que el Estado logró un mayor control sobre la población y el territorio.

Por otra parte, la colonización espontánea que también se llevó a cabo en esta concesión, la lideraron campesinos pobres a los que se les llamó posteriormente guaqueros, ya que se dedicaron fundamentalmente a desenterrar cementerios indígenas. Este proceso de colonización es un punto neurálgico no sólo para la historia antioqueña sino para la historia del país que anticipa el predominio económico de este departamento en el siglo XIX y que se convertirá en la semilla de sus discursos en torno a la raza que contribuyeron a hacer de este pasaje de la historia antioqueña una leyenda de la tenacidad característica de esta región. Esta visión cándida e idealiza de la Colonización antioqueña que ha predominado en la historiografía ha terminado por obviar lo que ésta se llevó a su paso tal como lo sugiere Alexander Betancourt:

En el Eje Cafetero han pervivido hasta hoy una serie de imágenes como consecuencia de la idealización de la colonización antioqueña y de los estereotipos que se forjan desde allí sobre “lo antioqueño”. Esta caracterización local renueva su legitimidad por múltiples e insospechadas vías que la falta de estudios rigurosos sobre los visibles estragos étnicos y culturales ha terminado por perpetuar. (2008.18).

Estas tierras estaban pobladas por indígenas Caramantas, Emberas y Yamies, entre otros, quienes fueron despojados de sus tierras por la tala sistemática de bosques y selvas, terrenos que la Gobernación de Medellín declaraba como tierras baldías y se las adjudicaba a las compañías encabezadas por colonos. De manera que dichas comunidades fueron obligadas a abandonar sus tierras.

### **3.1.2 Las particularidades del siglo XIX en Antioquia**

Superado el difícil periodo de las guerras de Independencia, el pueblo antioqueño emprende su vida independiente colmada de intrincados caminos: guerras civiles, contiendas religiosas y enfrentamientos partidistas. Es por esto que la colosal tarea de fundar un estado

independiente en medio de un sinnúmero de provincias incomunicadas se convirtió en el reto más grande para el siglo XIX. Pese a las inestabilidades, este siglo estará cargado, no sólo para Antioquia sino para toda la república, de ajustes institucionales necesarios para asumir la pesada carga de la libertad, así como para emprender el difícil tránsito entre el súbdito y el ciudadano. Álvaro López afirma en su libro *Migración y cambio social en Antioquia durante el siglo XIX* que

Fue en 1820 con la batalla de Chorros Blancos que se consolidó la independencia absoluta del pueblo antioqueño gracias a la caída definitiva de las tropas realistas, poniendo fin a la presencia colonial española. Todo esto gracias a José María Córdova, coronado general de división a los veintidós años, quien se opuso en nombre de los civilistas a las ideas del entonces concejo de ministros y del mismo Bolívar según las cuales la consolidación de una nueva república reclamaba una monarquía. (2008.101).

En 1827 las tropas libertadoras regresan a la Nueva Granada, la inmovilidad y el desacomodo será el sentimiento reinante para la nueva nación. Es así como la república se ve marcada por una cierta involución política dado que las divisiones partidistas no se hicieron esperar. La primera de estas divisiones la encabeza Santander y la segunda es liderada por Bolívar. No obstante, el libertador de Antioquia José María Córdova se mantiene en medio de estos dos fuegos políticos hasta que en la Batalla del Santuario cae herido y es asesinado posteriormente por el teniente coronel Rupert Hand.

Otro elemento definitivo para comprender a grandes rasgos la historia de Antioquia es la relación trazada con la iglesia como institución, ya que doscientos años de régimen colonial hicieron eco en la idea de *Dios y Patria* que alimentó el nacimiento de la república y que hizo de la iglesia el garante del orden social establecido. Sin embargo, no será sino hasta las denominadas Reformas de Medio Siglo cuando se pondrá fin al Patronato Republicano establecido en 1824 como una copia del Patronato Regio Español, iniciativa que se convierte para la historia de Colombia en el primer intento de separación entre la Iglesia y el Estado. Esta situación trajo como consecuencia las posteriores alianzas entre esta institución y el Partido Conservador derivado de las ideas Centralistas. Es por esto que la



iniciativa del Partido Liberal, que alimentado por las ideas del Federalismo, buscaba construir un estado laico, terminaría por desatar un sinnúmero de rencillas políticas.

Dichas contradicciones desencadenaron múltiples guerras civiles en las que Antioquia participó de una u otra manera. Los dirigentes antioqueños hicieron múltiples esfuerzos por alejar de su territorio los estragos de la guerra, aunque su aporte en hombres, dinero y armas fue innegable. Pese al ambiente de revuelta, el siempre bien conocido espíritu comercial antioqueño afloró en medio del conflicto donde halló oportunidad para los negocios. Hacendados o dueños de cuadrillas mandaron a sus esclavos negros a las extensas jornadas de reclutamiento, muchas de ellas de carácter forzoso, con la promesa de recibir posteriores indemnizaciones por parte del Estado con el ánimo de minimizar los trastornos económicos derivados del conflicto a causa de la toma del Río Magdalena dado que inmovilizó el flujo de importaciones y exportaciones. Esto se convierte en uno de los motivos de la ruina económica de los Jácome dado que las rutas comerciales de Manuel tenían como paso obligatorio el Río Magdalena. La guerra de 1851, a la que se hace alusión en *Tierra Virgen*, será la encargada de desatar la segunda oleada de ruina para la familia Jácome, las fuerzas democráticas antioqueñas jalonadas por Camilo Antonio Echeverri se vieron implicadas, así como algunas fuerzas católicas orientadas por obispos y clérigos. En esta ocasión los Conservadores y el clero antioqueño se sublevan contra el gobierno central y son derrotados, lo que contribuye al afianzamiento de las diferencias partidistas.

El enfrentamiento de 1859 se distingue de las demás contiendas políticas del país por haber sido victoriosa la facción rebelde en todos los estados menos en el entonces llamado Estado Federal de Antioquia, donde el ala conservadora obtuvo la victoria comandada por Pedro Justo Berrio, estandarte de la mentalidad antioqueña. Así, aunque ese fue el punto culminante para los liberales en el país, la victoria sería efímera debido al posterior fracaso del proyecto de un Estado laico.

En la Guerra de 1876 la participación antioqueña fue fundamental. La agitación política causada por los Conservadores en este departamento incitó a los dirigentes antioqueños a arremeter en contra del gobierno central, iniciativa que concluye con una cruenta derrota en la Batalla de los Chancos. Sin embargo, la Guerra del 76 fue muy importante puesto que puso en cuestión el régimen liberal por parte de Antioquia y Tolima que eran los únicos



estados conservadores del momento lo que los llevó a sublevarse en contra del gobierno del radical Aquileo Parra.

### **3.2 Antecedentes de los discursos antioqueños en torno a la raza y el blanqueamiento.**

El 12 de mayo del año 2009 Mario Fernando Prado publicó en el diario *El País* de la ciudad de Cali un artículo titulado *La paisocracia* en el que expresa su admiración por el pueblo antioqueño por llevar las riendas políticas y económicas del país. Su discurso está cargado de un aire decimonónico que incluso hoy, dos siglos pasados de historia, hace del mestizaje y la superioridad racial el anhelo último de los pueblos colonizados. El uso indiscriminado e irresponsable del concepto de raza como categoría biológica sirve de andamiaje a su oda a la antioqueñidad, perpetuando línea tras línea una ciega veneración que desoye un sinnúmero de rencillas históricas y políticas que rodean y vinculan lo antioqueño al territorio colombiano. “Son tantas las virtudes de los paisas que sus muchísimos defectos, entre ellos la exageración y las mentirillas, se minimizan frente a sus innegables realizaciones” (Prado, 2009).

Esas “mentirillas” a las que alude Prado pueden ser el comienzo de la tan desvirtuada y sospechosa dinámica que ha tenido hasta hace poco tiempo la construcción de la historia antioqueña, esculpida con el cincel del mito de la pureza racial que esconde en simultáneo la innegable presencia cultural, histórica y sobretodo económica que ha tenido y conserva hasta hoy la raza negra en sus tierras, tierras en las que ha dejado una honda huella. Eso que el señor Prado señala como pequeñeces que “se minimizan” son el gran eufemismo histórico para ocultar el hecho de que Antioquia tuvo desde el siglo XVI hasta el XIX uno de los ingenios esclavos más grandes de la entonces Nueva Granada correspondiente hoy a territorio colombiano, haciendo del esclavo africano la herramienta principal para la explotación minera en Antioquia y no sólo el principal soporte para su economía, sino la raza que catapultó a esta región a ser la primera economía en el intermitente Virreinato de la Nueva Granada hasta casi finales del siglo XIX.

Es por esto que Consuelo Posada profesora titular de la Universidad de Antioquia agrega en su texto *La raza negra en Colombia: antioqueños y chocoanos* que el benemérito miembro

de la academia de historia Gustavo González Ochoa “niega la participación de lo africano en la raza antioqueña: «Nuestro hombre de hoy es la perfecta aclimatación de la raza blanca»” (Posada, 107). Es así como el mestizaje, tan enaltecido por el señor Prado hacia el final de su texto cuando dice: “unos buenos sementales paisas sí que nos servirían, sobre todo en la costa Pacífica, para cambiar la pereza por la acción, la desidia por el perrenque y la fatiga por la verraquera”, no ha sido más que el dispositivo más efectivo de invisibilización histórica y cultural de quienes han relegado a la marginalidad a diversos grupos étnicos y en especial a las comunidades negras. Desde la colonia éstas han sido relegadas al último y más bajo de los escalones de la siempre absurda jerarquía racial, como lo propone la antropóloga Pilar Sánchez Ochoa:

En cuanto a los negros, ¿qué opinión tenían los españoles? ¿Cómo los enjuiciaban? Aquellos no contaban con la protección de la Corona ni de la Iglesia; ni reyes ni papas veían con escrúpulo la esclavitud de la raza negra y, diríamos más, la libertad de los indígenas se hace posible gracias a la esclavitud de los negros. Legalmente, pues, éstos se situaban por debajo de los indígenas en la escala social; los mayores vicios y depravaciones eran atribuidos a aquel grupo racial. (1997.182-183).

La perpetuación discursiva de la idealización del mestizaje como la promesa del nacimiento de una raza homogénea ha traído, por tanto, la negación de la diversidad y por supuesto el derecho que la naturaleza misma ha conferido al hombre a ser diferente.

Me es imposible cerrar este panorama general de las relaciones raciales e históricas entre la raza negra y el pueblo antioqueño sin antes referirme al vergonzoso comentario del diputado Rodrigo Mesa, quien el 8 de Mayo de 2012 afirmó en una plenaria de la asamblea de Antioquia que llevaba un nombre no menos racista y excluyente: ‘Antioquia, la más educada’, en la que dijo que “*la plata que uno le mete al Chocó es como meterle perfume a un bollo*”. Las palabras emitidas por tan ilustre figura son el coro de las mismas ideas que desde la colonia se trazaron para este territorio, ya que el Chocó tuvo una penetración más o menos tardía del gobierno español. Pese a que su gobernación se erige en 1538, según afirma Francisco Zuluaga, dicho sometimiento pasará posteriormente a manos en su mayoría antioqueñas:

El Chocó en general, y con él Nóvita, después de su sometimiento al gobierno y régimen coloniales, no fue entendido como espacio propicio al asentamiento urbano hispánico. Fue visto como un amplio y rico espacio minero del cual debía obtenerse el máximo rendimiento con el mínimo de inversión y cuidado. (1995.54).

Así, tal y como lo documenta Peter Wade en su texto *Gente negra, nación mestiza: Dinámicas de las identidades raciales en Colombia*, a partir de los censos de Parsons entre 1778 y 1805 afirma que “la sangre negra debe haber constituido al menos una tercera parte de la casta antioqueña en evolución” (1997.109), cifras que incluso podrían llegar a ser superiores si tenemos en cuenta que dicho censo esconde también entre sus datos un implícito deseo de minimizar la presencia de lo negro. Esta labor se llevó a cabo no sólo en Antioquia sino en otras zonas del territorio nacional como Cartagena o Popayán donde el comercio esclavo fue igualmente importante.

El afán que ha manifestado Antioquia por un blanqueamiento genético e histórico ha llevado a algunos de sus historiadores como Juan Botero Restrepo a afirmar incluso a finales del siglo XX, en su obra publicada en 1978 *Sonsón en el siglo XIX* que “como antioqueños típicos [y] descendientes de recia vena antioqueña, mantenida étnicamente pura, sin mezcla de indígenas ni de negros” (1978.224). Así mismo, Alfonso Múnera hace referencia al estudio de Mary Roldán publicado en 2003 con el título *A sangre y fuego: La violencia en Antioquia, Colombia 1946-1953* en donde

Analiza la violencia política de mediados del siglo XX en la región de Antioquia desde una perspectiva de se aparta radicalmente de los estudios sobre el tema. [...] Roldán encuentra que en Antioquia ésta tiene otros orígenes y formas de expresarse, y hace énfasis en particular en cómo la llamada Violencia es estimulada por el deseo de las élites centrales de imponer su hegemonía a las áreas periféricas del departamento. Esta autora ilustra de manera original «hasta qué punto factores como la etnia y la raza, las diferencias culturales, la clase social y la geografía han moldeado la evolución, trayectoria e incidencia de la violencia en Colombia a lo largo del tiempo». Y de cómo la percepción de diferencias geoculturales – profundamente enraizadas – en distintas subregiones antioqueñas «fueron a menudo

tan cruciales o más que los factores partidistas en determinar la intensidad, incidencia y trayectoria de la violencia en la región» (2005.18-19).

Bogotá se configuró como el gran centro de la nueva república y fue su imagen el modelo para la nación. Con él se proclamó un deber ser único y homogéneo pese a que el territorio nacional era una muestra innegable de heterogeneidad geográfica y disparidad poblacional. No obstante, el auge económico antioqueño fue decisivo para la inclusión del país en el mercado internacional a finales del siglo XIX, lo que dio a esta región la posibilidad de disputar su derecho a representarse a sí mismo (Moreno.2010.68).

En el periodo de la fundación del departamento de Antioquia, posterior a las luchas de independencia, se impuso una política radical de “blanqueamiento”. Dicha política se convirtió en el mecanismo más efectivo de invisibilidad de las etnias dominadas, ya que buscaban ser integradas al sistema económico de manera que dejaran en el alma mestiza las menores secuelas históricas o culturales. Con este mecanismo se logró la exclusión e invisibilización de estos grupos étnicos del panorama nacional como sugiere Vladimir Montoya

La colonialidad del poder, el saber y el ser, se reprodujeron en la estructuración de la geografía humana de Antioquia, haciendo de Medellín un centro de poder regional que paulatinamente concentró los medios de acumulación productiva y monopolizó las instancias de participación política y de producción de conocimiento y circulación de saberes. (2010.143).

La vertiginosa baja de la población indígena en esta región como consecuencia de los forzosos trabajos impuestos por la economía aurífera trajo consigo un profundo declive en esta actividad, lo que significó un largo periodo de pobreza hasta finales del siglo XVIII con la llegada del Oidor Mon y Velarde. Aunque “Desde el siglo XVI Antioquia había contado con una importante presencia de africanos y afrodescendientes, quienes hasta finales del siglo XVIII sustentaron la incipiente economía minera bien, fuera como mano de obra cautiva o como mazamorreros libres. (Moreno. 2010.68). Pese a la innegable presencia histórica, económica y cultural del elemento negro:

La elaboración de representaciones, en gran medida basadas en las ideas andinocentristas acerca de la relación entre clima, raza y progreso, que presentaron una Antioquia de pobladores blancos, montañeros, conservadores, patriarcales, laboriosos, disciplinados y católicos” (Moreno.2010.69).

Estos modelos de representación del ser antioqueño hicieron tanta mella en el imaginario caucásico de este departamento que se consideró en su territorio como el modelo que debería servir de guía para el resto del país. Tal como señala James Parsons en su libro *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia* “Ser antioqueños significa para ellos más que ser colombianos” (1979:19), idea que alcanzó una cierta popularidad a lo largo del territorio nacional y que tiene eco hasta nuestros días.

Es claro que a pesar de las diferencias políticas presentes a lo largo del siglo XIX en Antioquia y que se hicieron especialmente agudas luego del levantamiento de los conservadores en contra de las reformas liberales en 1821, existía unánime acuerdo a lo largo y ancho de la región en la conveniencia que representaba hacer de Antioquia la región más blanca. Estos imaginarios, sin embargo, dieron continuidad a los producidos en el centro del país:

La imagen de Antioquia como región blanca se logró debido a la idea de que dentro de la sociedad colonial antioqueña la pertenencia racial no jugó un papel determinante como factor de diferenciación, lo cual permitió un mestizaje rápido que diluyó la presencia negra desde el punto de vista biológico cultural. (Moreno.2010.70)

Frente a esta disolución de la presencia negra Libardo López quien dedicará a este fantástico invento de la raza antioqueña un voluminoso tratado, publicado en 1910, afirma que:

Si el exponente de ese carácter consiste en el vigor con que se anulan los elementos extraños, ya estos penetren en el pueblo, o ya sufran su invasión, no es difícil concluir, conforme a esas ideas, que hay un lugar en la América Latina en que existe esa roca ideal de una raza superior, y ese lugar es Antioquia. (1910.291).

### 3.2.1 *Tierra Virgen frente al imaginario antioqueño*

Lina del Mar Moreno se refiere a esta ‘sencilla’ incorporación del elemento negro en Antioquia como el presunto aunque sospechoso éxito del mestizaje en esa región, orgullosa de un pueblo homogéneo de hombres blancos. Esta idea quedará completamente revaluada en la novela de Eduardo Zuleta en la cual la compleja distribución de los personajes y la condición social y económica siempre migrante y dinámica en cada uno de ellos, borra letra a letra toda idea de democracia racial.

No obstante, es necesario reconocer que aunque no hay una sobre posición de las virtudes del antioqueño por encima de otras regiones del país, sí existen en la novela breves espacios para el elogio a este departamento, como se advierte en el capítulo *Fin de siglo (en Londres)* en donde Pedro Jácome le dice a Simón Arenales:

Si conocieras á fondo los hombres y pueblos de Antioquia, te habrías sorprendido del empuje intelectual de esa tierra. [...] Puedo asegurarte que entre cien europeos y cien antioqueños, éstos alcanzan á 60% de inteligentes, mientras que los europeos apenas llegarán a un 40%. (1897.352)

Es claro que el reconocimiento de las virtudes que él advierte en los antioqueños no está determinado por discriminaciones raciales o biológicas. De manera que no hay un enaltecimiento de Antioquia como región blanca. Del mismo modo, la mirada frente a Bogotá no es, como lo advirtieron críticos como Marroquín, la del menosprecio y la subestimación, como lo demuestran las palabras de Pedro Jácome, quien desmiente la idea que también está presente en la novela de Tomás Carrasquilla *Frutos de mi tierra* publicada en 1896, según la cual los bogotanos buscan sólo cazar fortunas casándose con hijas de provincianos:

En primer lugar no es ese el tipo de la juventud bogotana, ni es ese el espíritu en que allá educan á los jóvenes. Al lado de las excrescencias morales, hay también tipos de alta cultura intelectual y de envidiable moralidad. Es injusto juzgar á un hombre por un acto sólo de su vida ó á una sociedad por dos ó tres muestras cogidas en los corrillos de la gente frívola. (1897.355).

Así mismo, sabemos que aunque Zuleta ha elogiado a los hombres y mujeres antioqueñas por medio de personajes como Doña Juana, Elena, Manuel y sus hijos Carlos y Pedro, esto no le ha impedido mostrarnos personajes blancos antioqueños oportunistas y carentes de toda virtud moral como Don Cándido, Doña Camila y su hijo Fernando Grisales. Aunque hasta ahora hemos visto la flexibilidad de las relaciones raciales propuestas en *Tierra Virgen*, el siguiente apartado estará dedicado al análisis de la mina de *Juan Criollo*, que al ser un escenario diferente al de Remedios, presenta al lector una versión alterna de estas relaciones.

### **3.3 Juan Criollo**

La minería fue una de las principales formas de sustento para la economía antioqueña en donde la participación de los esclavos negros fue fundamental, como lo dejó ver Robert West en su libro *Colonial Place Mining in Colombia*, citado por Múnera, para quien “en 1544, y probablemente antes, ya había negros trabajando en las minas cercanas a Popayán; para 1550 los españoles habían introducido cuadrillas de esclavos negros en las minas de Buriticá, en Antioquia. «Sin embargo – agrega –, el influjo de los negros en las zonas mineras no se hizo aparente hasta fines del siglo XVI, cuando resultó evidente el colapso de la población indígena»” (1998.200).

La mina adquiere en la novela formas muy particulares para su construcción como espacio social y económico. El autor se vale de recursos narrativos muy distintos a los empleados para el pueblo de Remedios, donde las relaciones jerárquicas son ampliamente rebatidas. Por el contrario, la mina se construye como un espacio predominantemente económico donde las relaciones de poder acentúan las distribuciones sociales y raciales presentes en los personajes, como se advierte en las siguientes líneas: “Allá va un peón blanco, con ojos apagados y labios descoloridos. Lo sigue un mulato robusto, que vive en la tierra caliente como en su casa; detrás un negro fornido que va pensando en las sensualidades á que se entregara el 25, día de pago y jaleo” (1897.141).

Es claro que aunque los negros y mulatos son el elemento predominante en la mina en cuanto a fuerza de trabajo, el poder simbólico que adquiere el blanco como autoridad económica y administrativa es mucho más fuerte que como se presenta en los espacios

distintos a la mina, superioridad que se refleja en los espacios más cotidianos pero que esconden en su hacer discursividades que acentúan esta distribución “Sólo á los altos empleados, al molinero y á los mineros se les sirve carne como una distinción”. (1897.145).

El mundo de la mina no es sólo un espacio sensible a nuevas formas de distribución de las relaciones sociales, raciales y de poder, sino que es el espacio para la transformación de la relación que hasta ahora se había trazado con la naturaleza y que advertimos en el cambio de percepción presente en Manuelito. Es así como en la mina esta percepción se desplaza de una mirada idílica de la naturaleza traída por las elaboraciones propias del mundo letrado, para entroncarse con una mirada mucho más pragmática, donde la naturaleza no es más un objeto contemplativo sino una materia prima. Como describe el narrador “la vida de las minas tiene el atractivo que inspira la lucha abierta y continua con la naturaleza” (1897.163). Es así como el hombre salvaje enviado al encuentro con un medio agreste e indómito logra educar y domesticar su entorno, permitiéndose con esta tarea aplacar su propia naturaleza. No obstante, será en el capítulo *Fin de siglo (en Londres)* en donde esta idea será discutida por Pedro Jácome y Simón Arenales quien afirma que:

Lo del hombre rey de la naturaleza, es otra [idea] no menos pretenciosa. ¡Rey de la naturaleza el hombre! Cuando ésta se burla de él cuantas veces quiere. [...] ¿No se burlan los microbios de él y de la humanidad en general? [...] Los medicamentos mismos se vuelven contra nosotros, y por destruir el germen de las enfermedades, lo que hacen es destruir este organismo endeble. [...] ¡Rey de la naturaleza! Y no podemos escaparnos de una tempestad, ni de una culebra, ni de un rayo. (1897.375).

Pese a que Pedro Jácome hará contrapeso con sus palabras, esta tensión nunca se resuelve totalmente. Así, Zuleta le entrega al lector dos puntos de vista, cada uno de ellos cargado de un poco de verdad: “Que las fuerzas naturales que nos han ido apareciendo nos causan todavía mil daños por las dificultades que hay para dominarlas por completo, es cosa que no tiene réplica; pero el hombre acabará por dominar esas fuerzas en absoluto como ha dominado otras” (1897.377).

### **3.4 Satanización de lo blanco**



Fueron pocos los personajes blancos que seleccioné para analizar en este capítulo, dado que son pocos los que logran la definición necesaria para formular suficientes preguntas o interrogantes. No obstante, no debe interpretarse este gesto como un mecanismo de exclusión del elemento blanco por parte de Zuleta, ya que también existen, dentro de los doscientos veinte personajes presentes en la novela, caracteres negros pobremente delineados. Como se advirtió en la introducción, han sido varios los críticos que han alegado una injusta distorsión de la imagen del hombre blanco descrito por Zuleta, como lo advertimos en las líneas de R. Cortázar:

El Dr. Zuleta defiende a los segundos y terceros [zambos y negros] haciéndolos aparecer en su novela, de mejor carácter, de más nobles sentimientos, de tanta bondad en algunos, que aquello raya “en lo sublime”; en fin, de mejores condiciones para la vida que sus antagonistas. Éstos, en cambio, hombres y mujeres, aparecen como figuras detestables, llenas de vicios degradantes en unos, de ridiculeces y ruindades en otros (2003.150)

Han hecho aparición a lo largo de estas páginas distintos personajes blancos o mestizos de piel clara a través de los cuales se ha comprobado que no es posible juzgar a *Tierra Virgen* como una satanización del mundo blanco, dado que existen personajes que equilibran esos pesos tal y como se condensa en el siguiente fragmento:

Luis Arenales, que había sido ultrajado en la escuela por Joaquín Ríos y Aparicio, no pudo perdonarles nunca y los persiguió con la sátira; en cambio idolatraba á Miguel Pereda, hijo de D. Zoilo, y que siendo rico y de lo mejor del pueblo, lo había protegido en la escuela, y era su aliado sincero siempre. (180-181)

Del mismo modo, se advierte que *Tierra Virgen* no limita sus páginas a las luchas entre los diferentes grupos sociales y raciales, sino que presenta caminos posibles para la convivencia, lo que implica habitar los mismos espacios, no sólo geográficos, sino históricos, simbólicos, culturales o del poder.

### **3.5 Fernando Grisales**

Un factor adicional que nos ayuda a definir con mayor claridad los límites de esta ‘democracia cristiana’ es el de la historia de los antepasados, ya que como Zuleta subraya “Los que viven haciendo alarde de prosapia esclarecida, es porque no tienen más disculpa para estar en el mundo que los méritos de sus antepasados, de los cuales no son ellos sino representantes vergonzosos por ineptitud personal” (1897.199). Adicionalmente, Zuleta cuestionará esos mismos méritos sugiriendo que la historia del mundo blanco no tiene por qué ser idealizada dado que está cargada de hechos reprobables. Personajes como Don Cándido, Doña Camila o Fernando Grisales serán la prueba de un pasado próspero pero que ha entrado paulatinamente en una decadencia irrefrenable, tal como lo demuestra la descripción de Fernando: “Él mismo se tenía miedo, y con el terror que había heredado de su padre, ante el problema de la existencia, buscaba á Pepita Gálvez, que era de las ricas del pueblo para casarse con ella” (1897.201).

Encuentro especialmente significativo el gesto de Zuleta de bajar las ínfulas que el mundo blanco ha posado sobre los hombros de su propia historia. De manera que en la novela se resta a través de la cobardía de un personaje como Fernando Grisales, ese aire intimidante y temerario propio del mundo blanco que en él aparece claramente disminuido. Este es el motivo de la profunda compasión que caracteriza cada una de las acciones de Pacho Quintero, quien reconoce en estos personajes otras formas de la miseria que nada tienen que ver con las categorías sociales, raciales o económicas, sino que como él mismo reconoce “hay otra clase de desgraciados á quienes yá comienzo á conocer, que merecen tanta compasión como los desheredados de la fortuna” (1897.203).

### **3.6 Don Cándido**

Es un personaje que, a los ojos del lector, sufre grandes transformaciones a lo largo de la novela. Puesto que no será sino hasta la mitad de la narración que se descubrirán sus adhesiones ideológicas y los orígenes de su fortuna. Ya habíamos visto, a través del personaje de Fernando Grisales, el ocaso del orgullo blanco que en su caso se advierte en la decadencia económica. Don Cándido representará, por su parte, no ya la decadencia económica, sino una forma de la decadencia moral que se enlaza directamente para Zuleta con la doctrina cristiana y la ética del trabajo que en este caso son completamente

quebrantadas ya que “Se susurra que envió á Magangué mucho oro del que ha cambiado á los molineros ladrones, que son sus clientes secretos, pero que en los paquetes iba también mucha *mica* revuelta que en la Costa no sabían distinguir” (1897.213).

Del mismo modo, Don Cándido contribuye a esta decadencia de la herencia dejada por los antepasados, ya que pese a que él mismo se reconoce como “Un biznieto del Alcalde mayor provincial de la Santa Hermandad, un nieto del Alcalde pedáneo de la Estrella, verse ultrajado así por libertos como el tal Ricardo Romero” (1897.217), ninguno de estos antecedentes pueden servir a los ojos de Zuleta como una justificación legal o moral.

Él representa también, desde su posición, la decadencia de ciertos discursos e ideales nacionales como lo es el de la independencia, que lejos de sus principios democráticos, manifiesta una postura abiertamente racista y excluyente como lo prueban sus palabras “De los libertadores – como decimos todavía – el único que le parecía medio aceptable era Simón Bolívar, porque, en fin, era blanco. Los demás [...] Nobles improvisados como los del imperio de Napoleón; mulatos envidiosos los tales próceres” (1897.214). Advertimos aquí que sus adhesiones políticas fluctúan de acuerdo a quién se lleve el triunfo. Es igualmente interesante el giro que propone el juicio histórico emitido por don Cándido, ya que sabemos imposible que cualquier criollo tuviese un origen mulato, de manera que es sólo por el fracaso de los ideales independentistas que se justifica el rótulo de mulato y su participación en ella. Es de esta manera como cada uno de los personajes en *Tierra Virgen* construye desde su individualidad formas particulares de su historia, su raza y su sociedad, partiendo de lógicas y distribuciones con criterios solamente válidos para ella.

### **3.7 El matriarcado antioqueño: Doña Juana, Rita y Elena**

Es necesario recordar que la novela habita justamente en el umbral entre los siglos XIX y XX, de manera que exige un cuidado especial. Sabemos también que los cambios históricos, así como las lecturas e interpretaciones del mundo sólo se conquistan a través de largos procesos y no de modificaciones abruptas o repentinas. Este el motivo por el cual las diferencias que tienen obras de principios, mediados o finales del siglo XIX demuestran los constantes cambios gestados por el tiempo y la reflexión acerca del fenómeno literario, así como en el ejercicio y función social del escritor, al igual que la apertura de nuevos

espacios para el lector o del impacto de la lectura como ejercicio social. De allí que aunque emprendamos una lectura de esta obra como una novela finisecular, ello no resta la lucidez que incluso un lector contemporáneo podría percibir, tal como lo vimos al comparar las formulaciones raciales propuestas en la novela con a las ideas planteadas por los teóricos raciales colombianos que van desde 1920 hasta 1950. Igualmente, si la leyéramos a los ojos del siglo XIX, como lo hemos hecho hasta ahora, encontramos que Zuleta nos presenta una visión muy renovada de este periodo de nuestra historia. En *Tierra Virgen* se abren nuevos caminos para la distribuciones de los roles y de los poderes tanto en asuntos sociales, así como raciales o de género.

Ejemplo de esto son estas tres mujeres: Doña Juana, Rita y Elena que tendrán una participación definitiva a lo largo de la novela y pese a que cada una proviene de situaciones sociales y raciales de diversa índole son los personajes que contribuirán especialmente a la movilidad de la narración, dinamizándola y permitiéndole los giros y vuelcos presentes en ella. No obstante, es necesario advertir que el rol desempeñado por la mujer antioqueña en la historia tiene matices particulares que la distinguen de los demás departamentos del país, por lo cual haremos una breve descripción de su papel y función social.

### **3.7.1 La mujer en Antioquia**

Antioquia es uno de los departamentos en donde la influencia de la Iglesia Católica ha sido definitiva. Ella es quien ha definido, entre muchas otras cosas, el deber ser de sus mujeres. De allí que la prudencia, la obediencia, la debilidad, la resignación y la sumisión se convirtieran en las características esenciales para encarnar ese ideal femenino. No obstante, la mujer antioqueña ha jugado un papel muy activo tanto en las tareas más pequeñas y cotidianas como en el desempeño de roles oficiales que definieron el destino del departamento.

Como en cualquier sociedad las distancias raciales y sociales también contribuyeron a la construcción de maneras muy distintas de ser mujer en Antioquia. En este sentido, se crearon grandes separaciones entre las mujeres de la servidumbre a las que se les pedía tener la menor comunicación posible con las mujeres de la casa, para lo cual fue necesario

establecer códigos verbales y espaciales que mantenían al margen a la servidumbre negra. Por el contrario, como vimos en la descripción de mujeres como Clemencia, Carmen o Rita que pese a ser criadas negras nunca son apartadas o divididas de sus superiores, sino que intervienen en sus decisiones y afectaban su cotidianidad haciéndose dueñas de una dignidad y un poder desacostumbrado.

En la guerra las mujeres desempeñan un interesante papel en los ejércitos sirviendo como espías, informantes, llevando armamento o difundiendo falsas noticias que confundieran a los adversarios. En la Guerra de los Mil Días, por ejemplo, la mujer alcanzó una importancia numérica y tomó un giro diferente ya que integraron parte de las tropas revolucionarias, alcanzaron mando y participaron en combate hasta conseguir, en algunos casos, grados y ascensos militares. Entre ellas encontramos a María Martínez de Nisser quien se alista para combatir como soldado raso. Sus memoria militares son publicadas en Bogotá en 1843 lo que la convierte en la primera mujer a quien se le publica un libro en el país: “Ahora que serán las doce de la noche, he concluido mi blusa y me la he medido, y una de mis hermanas que creía hasta ahora que todo era chanza ha llorado mucho al verme cortar el pelo y ponerme en traje de hombre” (Hoyos.2009.186).

La agitación política de los Conservadores trajo como consecuencia la politización de las mujeres. Esto se logró gracias al amplio despliegue de publicaciones periódicas como el periódico *La Sociedad* en donde se incitaba al levantamiento en contra del gobierno central. Igualmente, los sacerdotes convirtieron a la iglesia en una sede de complot ya que impartían misas cargadas de comentarios políticos que permitieron a la mujer hacerse partícipe de estas ideas.

En general, es posible afirmar que los personajes femeninos de *Tierra Virgen* serán, desde los más destacables hasta los más pequeños, los que cobran un protagonismo especial puesto que ejercen un poder desacostumbrado para otras narraciones decimonónicas. La palabra y el actuar femenino parecen rebasar los límites del gobierno patriarcal dando un especial vuelco al *Pater Familias*, tan relevante para el siglo XIX. Es por esto que resulta especialmente significativo el hecho de que Manuel, nuestro protagonista, no haya sido criado por su padre, figura que jamás es mencionada, y que la crianza y modelo no sea masculino sino femenino.

Es posible decir incluso que la voz de Manuel sufre en la novela un interesante declive dando paso a la voz femenina que se hace cada vez más fuerte y definitiva. Pese a la prematura muerte de Manuel como el padre cabeza de la familia, la estructura familiar no se desarticula ya que las mujeres asumen automáticamente el rol de guías.

En *Tierra Virgen* las mujeres toman la batuta y dirigen al compás de sus decisiones no sólo a sus familias sino sus movimientos económicos. Una de las leyendas antioqueñas más famosas y que se repite una y otra vez en el mundo de las minas es la de María Centeno, a la que Javier Ocampo, en su libro sobre leyendas antioqueñas, describe como la madre de la minería:

Fue la primera mujer que con su cuadrilla esclavos se dedicó a explotar el oro en las montañas antioqueñas. Ella vivió entre los años 1568-1645 fue propietaria de las más grandes minas de oro en Buriticá y Remedios [...] era la mujer más rica de Antioquia. (2001.181)

Otro elemento definitivo que marcará especial distancia de las ficciones fundacionales decimonónicas será el rol que la mujer desempeñará ya que no es visto como un mero objeto contemplativo ni para las mujeres negras, ni para las blancas, como lo demuestran personajes como el de Carmen o el de Clemencia. Del mismo modo, son mujeres que han perdido ese hábito de fragilidad y delicadeza que es llevado hasta los límites de la debilidad como se expresa en una carta citada por Javier Guerrero Barón en su libro *Cultura y mentalidades en la historia de Colombia: ciencias, profesiones y vida cotidiana*, esta carta escrita en 1910 por Aurelio Álvarez, un antioqueño que le escribe a su hija días antes de que contraiga matrimonio:

Querida Hija: No pierdas de vista que el marido, dígame lo que se diga, es el amo y señor de su mujer; que esta le debe amor, sumisión, respeto y obediencia. La mujer no triunfa noblemente sino obedeciendo, humillándose, hablando con dulzura, con mansedumbre. *La mujer es irresistible cuando se refugia en su debilidad*<sup>3</sup>, la dicha del hogar es una recompensa piadosa que el cielo le concede a la mujer cuando ella se resigna a no tener jamás la razón contra su esposo. (1996.167).

---

<sup>3</sup> El subrayado es mío.

En *Tierra Virgen* las mujeres son dueñas de un carácter muy fuerte y una profunda fortaleza. Es así como Doña Juana es descrita por Zuleta como una mujer “de manos pequeñas, yá manchadas por el trabajo” (1897.258), a ella la que convierte igualmente, en la reencarnación de la leyenda de María Centeno como una fiel representante del siempre bien ponderado tesón de la mujer antioqueña. Esto se demuestra en su ascenso económico conseguido gracias a que

Con los pocos recursos que le quedaron después del casamiento de su hijo, compró unas acciones de minas, y á poco de visitar las empresas y de oír á los mineros resultó una minera famosísima y descubrió minas, y las montó á la carrera, y el oro entró á su caja a montones (1897.258)

Igualmente, la figura de Elena cobrará una interesante fuerza a lo largo de la narración pues es ella quien levanta económicamente a la familia en compañía de Doña Juana, demostrando, una vez más que en *Tierra Virgen* no se lleva a cabo una satanización del mundo blanco, sino que se da una visión general de sus matices y contradicciones. Como el mismo Zuleta reconoce, “D<sup>a</sup> Elena había resultado toda una mujer. Fue ella la que despertó las energías ocultas de su marido y la que lo empujó al comercio. Siempre sería, honorable y buena, hizo de su casa un centro de trabajo y respetabilidad” (1897.267). “La que tenía los más lujosos trajes de seda y de raso, la que vivía en medio de las comodidades que proporciona la riqueza, estaba ahora vestida humildemente, y andaba descalza; pero no se abatió mi un día, ni un segundo” (1897.305). Es por esto que como explica Juan Santiago Correa:

En Antioquia, los troncos familiares tienen una permanencia casi desde los primeros pobladores, con “la particularidad de su continuidad por la vía de la madre y no del padre” [...] La cohesión de la red por la vía materna permite el tránsito de las viejas fortunas derivadas de la explotación minera hacia la actividad comercial por medio de las alianzas (2000.74)

Por último, la criada Rita será el tercer elemento dentro de esta triada femenina que contribuirá sin descanso a la recuperación económica de los Jácome “– Nó, mi señora. Yo

no la abandonaré jamás á su mercé ni á los niños. Aquí voy pensando en ponerme á hacer velas y jabón, para que vendamos” (1897.302)

### 3.7.2 La economía

A lo largo de estas páginas se ha resaltado la importancia de aproximarse a las dinámicas raciales no como un elemento aislado, sino como un eslabón dentro de la indisoluble cadena conformada por raza, economía y sociedad. *Tierra Virgen* presenta al lector diversas formas de la economía, desde las más sofisticadas hasta las más rudimentarias. En el capítulo *Días Oscuros* las mujeres serán las encargadas de ofrecernos una nueva mirada de la economía y la administración. Con motivo del incendio ocurrido en Remedios y la posterior pérdida de los almacenes y bodegas de los Jácome, la familia se muda a una zona rural en las afueras del pueblo; este desplazamiento nos lleva, como ya se mencionó, a una difícil definición de centro y periferia y de la que Zuleta se valdrá para desestabilizar dichas categorías.

En Remedios nos ubicábamos en una doble periferia ya que Medellín sería vista, desde el modelo andinocéntrico, como una periferia de Bogotá, y Remedios sería una periferia de esa periferia. No obstante, Zuleta nos lleva un paso más allá y traslada a sus personajes al campo, donde por supuesto la economía permite vislumbrar nuevos matices “Y así fue. D<sup>a</sup> Elena y la negra Rita hicieron proezas. Utilizaron la leche de las vacas y se dieron á hacer quesitos; recogían los huevos de las gallinas que antes se perdían por descuido; hicieron huertas grandísimas de cebollas y repollos” (1897.305). Sin excepción, todos los miembros de la familia consiguen estrechar sus vínculos con la naturaleza, así como con las formas primarias de la producción y la economía.

Otro factor que afectará la economía Jácome será la guerra que, sin distinción de partidos, hundirá a la familia en un prolongado periodo de escasez. Será en este capítulo en donde los ascensos y descensos económicos se darán de la manera más rápida y contundente y donde, de forma casi sistemática, Zuleta dará importantes vuelcos a la construcción de sus personajes, tal como describe Manuel quien



Encontró á Fernando Grisales con tienda, al antiguo Secretario de Romero de Alcalde, á D. Cándido Suárez muy rico, á Teresa Carrillo viuda, á D. Zoilo Pereda de muerte. Sólo Luis Arenales había escapado con fortuna porque el Director de la Compañía Inglesa, con quien tenía negocios, lo había amparado (1897.319)

Unos de los aspectos más interesantes del episodio de la guerra es que la mirada de Zuleta no se sitúa en el centro del acontecimiento sino que, al igual que sus personajes, se aproxima más a la periferia de los hechos, a las afectaciones cotidianas “Yá ve como están las cosas aquí: libra de sal á tres pesos, carne ni pa probarla, cacao no se diga. ¿Cuándo se había visto esto en Remedios?” (1897.317).

### **3.8 A manera de conclusión**

El panorama general de la construcción histórica del pueblo antioqueño así como el origen discursivo de sus proyectos de blanqueamiento cultural, racial e histórico trazado en este capítulo sirvió como un interesante contraste frente a la propuesta enunciada por Eduardo Zuleta en *Tierra Virgen*. La novela no sólo se distancia de los ideales de ‘purificación’, sino que reconoce y concede los espacios pertinentes para la participación de sus personajes negros como un elemento fundamental dentro de la construcción de la historia, la economía y la cultura no sólo para esta región, sino para el país. Todo lo anterior sin necesidad de recurrir a tiranías discursivas que condenan o idealizan a su paso, sino que desprendiéndose de categorías raciales y económicas privilegia ante todo la individualidad.

## CONCLUSIONES

Mi propósito en este trabajo ha sido examinar en detalle las dinámicas raciales presentes en *Tierra Virgen* a partir de una gran variedad de contextos económicos y de diferentes terrenos de la práctica social en los que habitan sus personajes. En el proceso traté de identificar cuál fue el papel que tuvieron los discursos raciales en la construcción del proyecto decimonónico de nación, así como los mecanismos de disolución o invisibilización de los que se valió el mestizaje para excluir al elemento negro e indígena. El propósito de esto era analizar cuáles son los ángulos desde los cuales Zuleta aborda el tema del mestizaje en la novela y cómo estos posicionamientos se reflejan en la construcción de sus personajes. De esto es posible concluir lo siguiente. Primero, lejos de hacer de la uniformidad racial, social o cultural un ideal para la nación, Zuleta se concentra en reafirmar la complejidad y diversidad de nuestra tierra y de sus pobladores. Los matices lingüísticos, históricos o religiosos no son plasmados por el autor como prácticas o comportamientos de los que él tome distancia y sólo se limite a describir desde la comodidad de su posición de escritor, sino que están completamente involucrados con la narración. Igualmente, esta ruptura se desplaza al ámbito espacial dado que las divisiones entre centro letrado y periferia salvaje se rompen desde el momento en que Zuleta decide hacer de Remedios su escenario principal.

En segundo lugar, en *Tierra Virgen* tanto sus personajes blancos como negros alcanzan tal movilidad que no se busca identificar una única forma de ser negro o de ser blanco, sino que cada personaje, lejos de representar un color de piel, es únicamente el representante de una de las tantas formas de ser dentro de una categoría racial. De allí que cada personaje esté construido con tanta singularidad que no puede ser representante de nadie más sino de sí mismo. Por otra parte, es importante destacar que Zuleta no propone una inversión de las jerarquías o de las distribuciones socio-raciales en las que el negro se sitúe como el protagonista, sino que tanto negros como blancos sufren constantes desplazamientos al primer y segundo plano de la narración. De allí que cada personaje protagonice a su manera revoluciones silenciosas encarnadas en su forma de hacer, de ser o de decir. Incluso

pudimos comprobar que la jerarquía establecida entre posición racial, social o económica varía según la posición que cada uno de los caracteres asuma frente a esta distribución.

En tercer lugar, uno de los quiebres fundamentales que se pueden advertir en *Tierra Virgen* frente al proyecto mestizo es el matrimonio como institución para el ascenso social, puesto que Zuleta no sólo nos muestra esta faceta, sino que en el matrimonio confluyen clases sociales, posiciones económicas y condiciones raciales muy variadas, tal como vimos en el matrimonio de Elena y Manuel en el que sus hijos conservan las diferencias de sus padres. Así, no hay una disolución o un blanqueamiento racial.

Como cuarto punto es posible concluir que el determinismo geográfico es una categoría completamente revaluada en *Tierra Virgen*, si entendemos esto como una forma de dependencia que el individuo establece con su entorno puesto que termina por definirlo moral y socialmente. Prueba de esto es la preponderancia que tiene para Zuleta el esfuerzo y trabajo personal por encima de cualquier circunstancia que rodee a alguno de sus personajes. Es así como aunque todos sus caracteres son en su mayoría remedianos, esto no les impide pertenecer a círculos económicos y sociales diferentes en donde cada uno propone formas distintas de habitar en cada uno de los peldaños de la jerarquía social. Asimismo, Zuleta deposita su confianza en el progreso moral por encima del progreso económico, de allí que sus páginas no sean una apología de los estratos sociales más bajos simplemente por vivir en esta condición, como se comprobó con un personaje como el de Doña Camila.

Finalmente, podemos concluir que la importancia de la educación para el siglo XIX en nuestro país no es desplazada o rebatida en *Tierra Virgen*, tal como lo demuestran personajes como el de Manuel o el de su hijo Pedro Jácome. No obstante, según Zuleta, si la educación académica no es acompañada de una educación moral, ésta puede tener efectos nefastos en el individuo como es el caso de Simón Arenales. Adicionalmente, vimos que aquellos personajes que no recibieron una educación académica, pero que desempeñan labores u oficios que parten del conocimiento empírico no son descalificados por estar fuera de los límites de la letra escrita. Además, los personajes blancos no son los únicos que han accedido al saber académico ya que encontramos a personajes como Baltasar, Ricardo Romero o el mismo Manuel que a pesar de no ser blancos han accedido al

círculo letrado. Asimismo, en *Tierra Virgen* se propone que el saber teórico debe estar necesariamente acompañado de un componente práctico, de manera que se busque un complemento de ellos sin descalificar ninguna de estas formas del saber.

En *Tierra Virgen* encontramos una visión renovada del siglo XIX colombiano que amplía los horizontes para el estudio y la comprensión de este periodo de nuestra historia. Pese a que esta novela tiene todavía mucho por decir a los estudios de nuestra literatura decimonónica, sus páginas continúan siendo una tierra virgen para la crítica, ya que han sido muy pocos los que se han atrevido a adentrarse en sus líneas o a recorrer sus pasajes con el rigor y la justicia, que no sólo ésta sino muchas obras que permanecen ensombrecidas por los límites del canon, merecerían.

## BIBLIOGRAFÍA

- ÁLVAREZ Morales, Víctor. “Entre la historia y la antropología: A propósito del origen africano del negro antioqueño (1590-1740)” En: Boletín de Antropología Universidad de Antioquia. Vol. 5 N° 17-19. 1983 p. 711-730.
- ÁLVAREZ Torres, Jair Hernando. “Educación, progreso y raza en Colombia entre 1920 y 1940: el caso de Medellín” En: Revista Educación y Pedagogía Vol. XVIII N° 45 P. 143-155.
- ANTOLINEZ, Manuel. “Palique” En: El relato antioqueño 1890-1930. V.1 Ed. BPP (Medellín) 1993 p. 278-285.
- APPELBAUM, Nancy. “Whitening the Region: Caucaño meditation and “Antioqueño Colonization” in nineteenth century Colombia” En: Hispanic American Historical Review Vol. 79 N° 4 Duke Press University
- ARANGO M., Manuel. “Origen de la raza antioqueña” En: Boletín de Historia y Antigüedades. Vol. 5 No. 59 Mayo de 1909 p. 656-658.
- ARANGO, Leopoldo. “El nacionalismo” En: La Opinión Serie I No. 8 Medellín 7 de Mayo de 1897.
- ARCILA, María Teresa. *Libres, cimarrones y arrojados en la frontera entre Antioquia y Cartagena Siglo XVIII*. Siglo del Hombre Editores. Universidad de Antioquia. 2009.
- ARDILA A. Héctor M. *Hombres y mujeres en las letras colombianas*. Santa Fe de Bogotá Cooperativa Editorial Magisterio. 1996.
- ARIAS Vanegas, Julio. *Nación y diferencia en el siglo XIX colombiano: orden nacional, racialismo y taxonomías poblacionales*. Ediciones Uniandes. 2005.
- AROCHA Rodríguez, Jaime. “Los negros y la nueva constitución colombiana de 1991. *América Negra: A la zaga de la América Oculta*. N° 3, (Jun.1992): 39-54.
- AROCHA Rodríguez, Jaime. “Metrópolis y Puritanismo en Afrocolombia” En: Revista Antípodas N° 1 (Julio- Diciembre de 2005) pp. 79-108.
- ASAMBLE DEPARTAMENTAL DE ANTIOQUIA. “Por la cual se adopta la política pública para reconocer y garantizar los derechos de las comunidades negras o afrodescendientes del departamento de Antioquia” Ordenanza No. 010 ( 25 de Mayo de 2007)
- BETANCOURT Mendieta, Alexander. *Policromías de una región: procesos históricos y construcción del pasado local en el Eje Cafetero*. Red de Universidades Públicas del Eje Cafetero. 2008.
- BOTERO Herrera, Fernando. *Estado, nación y provincia de Antioquia: Guerras civiles e invención de la región, 1826-1863*. Hombre Nuevo Editores. Medellín. 2003.

- BOTERO, María Mercedes. “Los laboratorios de fundición y ensaye y su papel en el comercio del oro: Antioquia 1850-1910” En: Revista Historia Crítica N° 14 (Dic. 1997) pp. 53-58.
- CASAS Dupuy, Rosario. *Los comienzos de la literatura nacional en Colombia: la obra de Eduardo Zuleta*. Universidad Pedagógica Nacional. Centro de Investigaciones. 1977.
- CASTRO, Alfonso. *Eduardo Zuleta: Cultor de juventudes*. Anales de la universidad de Antioquia. No. 27-28 (Oct.-Nov.) 1938. Pág. 297-305.
- CONCHA, José Vicente. *Oradores Conservadores*. Ed. Universidad Sergio Arboleda. 1997.
- CORREO Restrepo, Juan Santiago. “Minería y comercio: Las raíces de la élite antioqueña (1775-1810)” En: Memoria y Sociedad Vol. 4 N° 8 (Sep. 2000)
- CRESPI, Liliana. “Cristianismo y esclavitud. Discusiones sobre la evangelización de los esclavos en Hispanoamérica” En: Memoria y Sociedad N° 15 (Nov. 2003) p. 133-143
- CUERVO, Luís Augusto. *Discurso pronunciado por el académico de número Doctor Luís Augusto Cuervo, en respuesta al del doctor Eduardo Zuleta en el acto de su recepción de este último en la Academia Nacional de Historia*. Santafé y Bogotá Bogotá Vol. 5 No. 52 (Abril. 1927)
- CUERVO, Luís Augusto. *Doctor Eduardo Zuleta*. Boletín de historia y antigüedades (Bogotá) Vol. 14, No. 275. (Sep. 1937) pág. 556-559.
- DEL CORRAL, Jesús. «El Cirirí» 2ª Época. N° 35 Bogotá Sábado 6 de Febrero 1904 – 2ª Época. N° 47 Bogotá, miércoles 20 de julio de 1904.
- DIAZ Díaz, Rafael Antonio. “historiografía de la esclavitud negra en América Latina: Temas y problemas generales” En: América Negra N° 8 1994, p. 11-29
- DIAZ Díaz, Rafael Antonio. “Matrices coloniales y diásporas africanas: Hacia una investigación de las culturas negra y mulata en la Nueva Granada” En: Memoria y Sociedad N° 15 (Nov. 2003) p. 219-227.
- ECHEVERRI Mejía, Oscar. “Elogio de la raza antioqueña” En: Revista de la policía nacional. Vol. 28 No. 136 (Jul. / Ago.) 1969 p. 73-76.
- Foro de Antropología e Investigadores del Instituto Colombiano de Antropología y Universidad Nacional. Documento de la Secretaría Técnica de la Comisión Especial para las Comunidades Negras / ICAN (Nov. 20 de 1992) “Conceptos sobre identidad cultural en las comunidades negras” En: América Negra N° 6 (Dic. 1993) p. 173-180.
- FOUCAULT, Michel. “Historia de la medicalización” En: *Educación, medicina y salud* Vol. 11 N° 1. 1977 p. 3-25.
- FRIEDEMANN, Nina S. “La antropología colombiana y la imagen del negro” En: América Negra N° 6 (Dic. 1993) p. 161-172
- GALVIS Salazar, Fernando. “Semblanza del doctor Eduardo Zuleta” En: Boletín de historia y antigüedades (Bogotá) Vol. 51 N° 600-602. Oct.-Dic. 1964) p. 557-561.

- GARCÍA, Julio César. “La Universidad de Antioquia” En: Anales de la Universidad de Antioquia. (Medellín) N° 32 (Jul. 1939) p. 509-521.
- GÓMEZ De Baquero, E. “Crónica Literaria Novelas *Tierra Virgen*, por D. Eduardo Zuleta” En: La España Moderna Vol. 1 N°3 1898
- GUTIÉRREZ, De Pineda. Virginia. “Tensiones del odio en la pequeña comunidad: antagonismo en los estratos sociales” En: *Revista Colombiana de Antropología IX* (1960)
- HOLGUÍN, Andrés. “El IV centenario de la raza antioqueña” En: Revista de las Indias. Vol. 11 No. 35 (Nov. 1941) p. 418-419.
- HOYOS, Juan José. *La pasión de contar: el periodismo narrativo en Colombia, 1638-2000*. Editorial Universidad de Antioquia. 2009.
- IMPRENTA DEL ESPECTADOR. *El casino literario: aniversario tercero de la Sociedad de este nombre; 25 de Octubre de 1887*. Medellín. 1890.
- JURADO, Juan Carlos. “La división de la provincia de Antioquia en medio de la guerra civil de 1851” En: Historia y Sociedad N° 17, Medellín, Colombia. (Julio-Diciembre de 2009) pp. 121- 158.
- LAURENT, Muriel. “Aproximaciones teóricas al contrabando: El caso del oro antioqueño durante la primera mitad del siglo XIX” En: Revista de Estudios Sociales N° 17 (Febrero de 2004) p. 69-78.
- LÓPEZ, Libardo. “La raza antioqueña” En: Revista Voces Vol. 3 No. 19-20 (Abril 20) 1918 p. 291-293.
- LÓPEZ, Libardo. *La raza antioqueña: breves consideraciones sobre su psicología, desenvolvimiento y educación*. Imprenta de «La Organización» 1910.
- MARROQUÍN, Lorenzo. “Tierra Virgen: Novela por Eduardo Zuleta” En: Revista Nacional. Vol. I, No 3 Julio de 1897.
- MAYA Restrepo, Adriana. “Las brujas de Zaragoza: Resistencia y cimarronaje en las minas de Antioquia, Colombia 1619-1622” En: América Negra (Diciembre de 1992) N° 4 p. 85-98.
- MAYA Restrepo, Luz Adriana. “África: legados espirituales en la Nueva Granada, siglo XVII” En: Historia Crítica N° 12 (Enero – Junio 1996) p. 29-42.
- MAYA Restrepo, Luz Adriana. “Botánica y medicina africanas en la nueva granada, siglo XVII” N° 19 (Diciembre de 2001) 27-48.
- MAYOR Mora, Alberto. Técnica y utopía: biografía intelectual y política de Alejandro López 1876-1940. Fondo Editorial Universidad EAFIT. 2001.
- MESA Ortiz, Rafael María. *Colombianos Ilustres: estudios y biografías*. Bogotá. Imprenta de la República. Vol. 3.
- MONSALVE, Manuel. “Mon y Velarde Primer regente de la Raza Antioqueña” En: Revista Universidad de Antioquia. No. 144 (Ene. / Mar.) 1961 p. 83-87.

- MONTOYA Arango, Vladimir. “Memorias desterradas y saberes otros. Re-existencias afrodescendientes en Medellín (Colombia)” En: Revista Geopolítica Vol. 1 N° 1 (2010) pp. 137-156.
- MONTOYA, José. “Días Oscuros” En: Periódico literario «El Montañés» Año I, No. 11 Julio de 1898. Medellín.
- MONTOYA, José. “Tomás Carrasquilla: Simón el mago – Frutos de mi tierra” En: Periódico literario «El Montañés» Año I Noviembre de 1897. Medellín
- MONTOYA, Ramiro. “Adolescencia de un memorioso y crónicas de una generación” En: *Al Margen revista trimestral de cultura*. N° 23 <http://www.almargenonline.com/23.html> 2007
- MORENO Tovar, Lina del Mar. “La historia blanqueada: representaciones de los africanos y sus descendientes en Antioquia a través de la obra de Tomás Carrasquilla”. *Memoria y Sociedad*, 14, N° 28 (2010): 67-84.
- MUNERA, Alfonso. *Fronteras imaginadas. La construcción de las razas y de la geografía en el siglo XIX*. Editorial Planeta. 2005
- NARANJO, Jorge Alberto. “Eduardo Zuleta” En: Contextos: Revista de semiótica literaria (1997) N° 19 p. 65-74.
- NIETO Caballero, Luís Eduardo. *Eduardo Zuleta*. Boletín de la Academia Colombiana (Bogotá) Vol. 3 No. 13 (Ago. 1937 Pág. 403-410.
- NIETO Villamizar, María Camila. *Esclavos, negros, libres y bogas en la literatura del siglo XIX*. Editorial Uniandes. 2011.
- NIMES. “Antioquia” En: «Bogotá» Mayo 2 de 1897
- NN. “Tierra Virgen” En: «El Cirirí» Vol. 1 No. 1 1897 Vol. 3 No. 31 (Nov. 2 1897). Medellín.
- OCAMPO López, Javier. *Mitos y leyendas de Antioquia la grande*. Plaza & Janes Editores. 2001.
- OSPINA, Tulio. *La lucha de las razas en Tierra Virgen*. En: El montañés. N° 14. 1898. p. 68-79.
- PARSONS, James. *La colonización antioqueña en el occidente de Colombia*. Banco de la República El Áncora Editores. Bogotá. 1997.
- PINEDA Botero, Álvaro. *La fábula y el desastre: Estudios críticos sobre la novela colombiana*. Fondo Editorial Universidad EAFIT. 1999.
- PITA Pico, Roger. *El reclutamiento de negros esclavos durante las guerras de independencia de Colombia 1810 – 1825*. Editorial Academia Colombiana de Historia. 2012.
- POSADA, Consuelo. “La raza negra en Colombia: antioqueños y chocoanos” *Estudios de Literatura Colombiana*. N° 12, (Ene.-Jun. 2003): 105-112.
- RESTREPO, Alberto. “Frecuencia de los grupos sanguíneos ABO y RHO en población mixta de la ciudad de Medellín (Antioquia) y, en negros de la ciudad de Quibdó (Chocó)



- y revisión de la literatura colombiana”. En: *Boletín del Instituto de Antropología* (Medellín), Vol. 3 N° 9, 1965 p. 53-63.
- RESTREPO, Eduardo. “Imágenes del «negro» y nociones de raza en Colombia a principios del siglo XX” *Revista de Estudios Sociales*, N° 27, (Agosto, 2007): 46-61. Universidad de Los Andes.
  - RUNGE Peña, Andrés Klaus. “El evolucionismo social, los problemas de la raza y la educación en Colombia, primera mitad del siglo XX: El cuerpo en la estrategias eugenésicas de línea dura y de línea blanda” En: *Revista Hibernoamericana de Educación* N° 39 (2005) p. 127-168.
  - SAMPER, José María. *Ensayo sobre las revoluciones políticas y la condición social de las repúblicas colombianas hispanoamericanas con un apéndice sobre la orografía y la población de la confederación granadina*. Editorial Universidad Nacional. 1969.
  - SÁNCHEZ Ochoa, Pilar. *Antropología histórica: La audiencia de Guatemala en el siglo XVI*. Universidad de Sevilla. 1997.
  - SANTA, Eduardo. *Dimensión histórica de la colonización antioqueña*. En: *Pregón* Vol. 18, no. 125 (Sep.-Oct. 1995).
  - SANTA, Eduardo. *La colonización antioqueña: Una empresa de caminos*. TM Editores. 1993.
  - TAMAYO Ortiz, Dora Helena. *Inicios de una literatura regional: La narrativa antioqueña de la segunda mitad del siglo XIX*. Editorial Universidad de Antioquia. Medellín. 2005.
  - THEIN, Max. *Una nueva obra nacional*. En: *El Repertorio Colombiano*. Tomo XVI, N° 4 Agosto de 1897, pp. 300-305.
  - TRIANA y Antorveza, Humberto. “Salud y esclavitud” (Siglos XVI-XIX)” En: *Universitas Humanística* (Bogotá) Vol. 18 N° 30 (Enero-Junio 1989) p. 41-65.
  - TRIVIÑO Cely, Diana Carolina. *Mantenerse y trabajar: Cotidianidad de los negros esclavos en los reales de minas en Antioquia 1750 – 1800*. Tesis (Historia) Pontificia Universidad Javeriana, 2004. 1 CD-ROM.
  - URIBE, de Hincapié. “Minería, comercio y sociedad en Antioquia. 1760 – 1800”. En: *Lecturas de Economía* (Medellín) No. 18 (Sep. / Dic. de 1985) p. 53-113.
  - VÁSQUEZ, Juan Gabriel. “Sabiduría del tiempo” En: *Boletín Cultural y bibliográfico* (Bogotá) Vol. 33 N° 41 (1996) p. 131-133.
  - WADE, Peter. “El movimiento negro en Colombia” *América Negra: A la zaga de la América Oculta*. N° 5, (Jun. 1993): 173-191.
  - WADE, Peter. “Gente negra, nación mestiza: Dinámicas de las identidades raciales en Colombia. Ediciones Uniandes. 1997.
  - WADE, Peter. “Pautas de raza en Colombia” *Informes Antropológicos*. N° 3 (1989): 33-46.
  - WADE, Peter. “Población negra y la cuestión identitaria en América Latina” *Universitas Humanística* Vol. 32, no. 65 (ene.-jun. 2008), p. 117-137

- WADE, Peter. “The language of race, place and nation in Colombia” *América Negra: A la zaga de la América Oculta. America Negra: A la Zaga de la America Oculta* No. 2 (Dic. 1991). p. 41-66
- ZULETA Angel, Eduardo. *En defensa de mi padre*. Ed. Bogotá Tipografía Augusta.
- ZULETA, Eduardo. “De historia” En: Repertorio Histórico Vol. \_ N° \_ p. 576- 580.
- ZULETA, Eduardo. “Discurso pronunciado en la Universidad de Antioquia” En: Boletín de la Academia Colombiana (Bogotá) Vol. 3 N° 13 (Agosto de 1937 p. 431-437.
- ZULETA, Eduardo. “Discurso pronunciado por el doctor Eduardo Zuleta en el acto de su recepción como miembro de Número de la Academia Nacional de Historia” En: Santafé y Bogotá Revista mensual (Bogotá) Año V – Tomo IX (Abril de 1927) N° 52.
- ZULETA, Eduardo. “Don Justo Arosemena”. En: Revista Colombiana (Bogotá) Vol. 3 N° 25 (Abril de 1934) p. 8-16.
- ZULETA, Eduardo. “El historiador Restrepo” En: Repertorio Histórico: Órgano de la Academia Antioqueña de Historia. Documento fuente: Revista del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario (Bogotá) Vol. 12 N° 112 (Marzo de 1916) p. 65-74.
- ZULETA, Eduardo. “El movimiento antiesclavista en Antioquia” En: Boletín de historia y antigüedades (Bogotá) Vol. 10 N° 109 (Mayo de 1915) p. 32-37.
- ZULETA, Eduardo. “El Oidor Mon y Velarde” En: Boletín de Historia y Antigüedades (Bogotá) Vol. 16 N° 185 (Mayo de 1927 p. 273-288.
- ZULETA, Eduardo. “Elogio de Santiago Pérez Triana en la academia colombiana, el 6 de Agosto de 1919” En: Oradores Conservadores. Ed. Universidad Sergio Arboleda. 1997. 167-191.
- ZULETA, Eduardo. “En Antioquia” En: Revista Literaria (Bogotá) Vol. 1 N° 5 (Sep. 1890 p. 348-350.
- ZULETA, Eduardo. “Historia contemporánea de Colombia Tomo IV – La guerra del Melo y las administraciones de Obaldía y Mallarino” En: Repertorio Histórico (Medellín) Vol. 14 N° 144 (Jul. 1939) p. 268-274.
- ZULETA, Eduardo. “Los Caicedos” En: Boletín de historia y antigüedades (Bogotá) Vol. 19 N° 221 (Junio de 1932) p. 336-344
- ZULETA, Eduardo. *Belancázar*. Santafé y Bogotá y Bogotá. Vol. 2. No. 18 (Junio. 1924) pág. 380-382.
- ZULETA, Eduardo. *Cicerón*. Senderos Bogotá. Vol. 3. No. 16/17 (May. / Jun. 1935) Pág. 596-598.
- ZULETA, Eduardo. *Contestación al discurso de Don Alfonso Robledo*. Senderos Bogotá. Vol. 1, No. 5 (Junio 1934) pág. 234-240.
- ZULETA, Eduardo. De “Manuel Uribe Ángel y los literatos de Antioquia”. En: Boletín de la Academia Colombiana. (Bogotá) Vol. 3 N° 13. (Agosto de 1937) p. 417-424.
- ZULETA, Eduardo. *Discurso por Eduardo Zuleta*. Imp. La Luz. 1936.
- ZULETA, Eduardo. *Discursos* [Microfilm] Ed. Tipografía Industrial. 1919. Pieza 8 de la Miscelánea J.A.S. 284

- ZULETA, Eduardo. *Doña Cruz: para El Gráfico en su 25° aniversario*. El Gráfico Bogotá Vol. 25. No. 1239 (Julio. 1935) Pág. 580-582.
- ZULETA, Eduardo. *Eduardo Zuleta*. Ed. Cromos. 1938.
- ZULETA, Eduardo. *Libros Nuevos*. Ed. Senderos Bogotá. Vol.1, No. 2 (Marzo. 1934) Pág. 61-62.
- ZULETA, Eduardo. *Sobre Cervantes y el Quijote*. Ed. Tip. Comercial. 1916. Piesa 7 de la Miscelánea J.A.S. 284.
- ZULETA, Eduardo. *Sobre la palabra Antioquia*. Santafé y Bogotá y Bogotá. Vol. 2. No. 16. (Abril.1924). Pág. 198-200.
- ZULETA, Eduardo. *Tierra Virgen*. Carlos Valencia Editores. 1996.
- ZULETA, Eduardo. *Tierra Virgen*. Imprenta Departamental Lino R. Ospina. 1897.
- ZULETA, Gaviria, Eduardo. *Literatura antioqueña 1880-1930*. Ed. Secretaría de Educación para la cultura de Antioquia. 2000.
- ZULETA, Gaviria, Eduardo. *Manuel Uribe Ángel y los literatos antioqueños de su época*. Ed. Talleres Mundo al día. 1937.
- ZULETA, Gaviria, Eduardo. *Papeles viejos y nuevos*. Ed. Lit. y Tip. Vargas. 1929.
- ZULUAGA R, Francisco U. “Cuadrillas mineras y familias de esclavos en las minas de Nóvita (Chocó, Colombia). Siglo XVIII. En: América Negra N° 10 1995 p. 51-81.
- ZULUAGA, Francisco. “El presbítero Salvador de Lastra y el esclavo Pelayo o el levantamiento de negros en Santafé de Antioquia” En: Logos (Cali) N° 10 (Octubre de 1974) p. 61-72.

ANEXO 2

CARTA DE AUTORIZACIÓN DE LOS AUTORES  
(Licencia de uso)

Bogotá, D.C., 23 de Abril de 2014

Señores  
Biblioteca Alfonso Borrero Cabal S.J.  
Pontificia Universidad Javeriana  
Cuidad

Los suscritos:  
Ana Maria Ramirez Gámez, con C.C. No 1019073397  
\_\_\_\_\_, con C.C. No \_\_\_\_\_  
\_\_\_\_\_, con C.C. No \_\_\_\_\_

En mi (nuestra) calidad de autor (es) exclusivo (s) de la obra titulada:  
La historia blanqueada: Una lectura de las dinámicas raciales en la novela "Tierra virgen" de Eduardo Zuleta Gaxarina  
(por favor señale con una "x" las opciones que apliquen)

Tesis doctoral  Trabajo de grado  Premio o distinción: SI  No

cual:  
presentado y aprobado en el año 2014, por medio del presente escrito autorizo (autorizamos) a la Pontificia Universidad Javeriana para que, en desarrollo de la presente licencia de uso parcial, pueda ejercer sobre mi (nuestra) obra las atribuciones que se indican a continuación, teniendo en cuenta que en cualquier caso, la finalidad perseguida será facilitar, difundir y promover el aprendizaje, la enseñanza y la investigación.

En consecuencia, las atribuciones de usos temporales y parciales que por virtud de la presente licencia se autorizan a la Pontificia Universidad Javeriana, a los usuarios de la Biblioteca Alfonso Borrero Cabal S.J., así como a los usuarios de las redes, bases de datos y demás sitios web con los que la Universidad tenga perfeccionado un convenio, son:

AUTORIZO (AUTORIZAMOS)	SI	NO
1. La conservación de los ejemplares necesarios en la sala de tesis y trabajos de grado de la Biblioteca.	X	
2. La consulta física (sólo en las instalaciones de la Biblioteca)	X	
3. La consulta electrónica - on line (a través del catálogo Biblos y el Repositorio Institucional)	X	
4. La reproducción por cualquier formato conocido o por conocer	X	
5. La comunicación pública por cualquier procedimiento o medio físico o electrónico, así como su puesta a disposición en Internet	X	
6. La inclusión en bases de datos y en sitios web sean éstos onerosos o gratuitos, existiendo con ellos previo convenio perfeccionado con la Pontificia Universidad Javeriana para efectos de satisfacer los fines previstos. En este evento, tales sitios y sus usuarios tendrán las mismas facultades que las aquí concedidas con las mismas limitaciones y condiciones	X	

De acuerdo con la naturaleza del uso concedido, la presente licencia parcial se otorga a título gratuito por el máximo tiempo legal colombiano, con el propósito de que en dicho lapso mi (nuestra) obra sea explotada en las condiciones aquí estipuladas y para los fines indicados, respetando siempre la titularidad de los derechos patrimoniales y morales correspondientes, de

P.U.J.- BG Normas para la entrega de Tesis y Trabajos de grado a la Biblioteca General - Junio de 2013

acuerdo con los usos honrados, de manera proporcional y justificada a la finalidad perseguida, sin ánimo de lucro ni de comercialización.

De manera complementaria, garantizo (garantizamos) en mi (nuestra) calidad de estudiante (s) y por ende autor (es) exclusivo (s), que la Tesis o Trabajo de Grado en cuestión, es producto de mi (nuestra) plena autoría, de mi (nuestro) esfuerzo personal intelectual, como consecuencia de mi (nuestra) creación original particular y, por tanto, soy (somos) el (los) único (s) titular (es) de la misma. Además, aseguro (aseguramos) que no contiene citas, ni transcripciones de otras obras protegidas, por fuera de los límites autorizados por la ley, según los usos honrados, y en proporción a los fines previstos; ni tampoco contempla declaraciones difamatorias contra terceros; respetando el derecho a la imagen, intimidad, buen nombre y demás derechos constitucionales. Adicionalmente, manifiesto (manifestamos) que no se incluyeron expresiones contrarias al orden público ni a las buenas costumbres. En consecuencia, la responsabilidad directa en la elaboración, presentación, investigación y, en general, contenidos de la Tesis o Trabajo de Grado es de mí (nuestro) competencia exclusiva, eximiendo de toda responsabilidad a la Pontificia Universidad Javeriana por tales aspectos.

Sin perjuicio de los usos y atribuciones otorgadas en virtud de este documento, continuaré (continuaremos) conservando los correspondientes derechos patrimoniales sin modificación o restricción alguna, puesto que de acuerdo con la legislación colombiana aplicable, el presente es un acuerdo jurídico que en ningún caso conlleva la enajenación de los derechos patrimoniales derivados del régimen del Derecho de Autor.

De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, "Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores", los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. En consecuencia, la Pontificia Universidad Javeriana está en la obligación de RESPETARLOS Y HACERLOS RESPETAR, para lo cual tomará las medidas correspondientes para garantizar su observancia.

**NOTA: Información Confidencial:**

Esta Tesis o Trabajo de Grado contiene información privilegiada, estratégica, secreta, confidencial y demás similar, o hace parte de una investigación que se adelanta y cuyos resultados finales no se han publicado. Si  No

En caso afirmativo expresamente indicaré (indicaremos), en carta adjunta, tal situación con el fin de que se mantenga la restricción de acceso.

NOMBRE COMPLETO	No. del documento de identidad	FIRMA
Ana María Ramírez Es.	1019073397	Ana María Ramírez

FACULTAD: Ciencias Sociales  
PROGRAMA ACADÉMICO: Estudios Interdisciplinarios

ANEXO 3  
BIBLIOTECA ALFONSO BORRERO CABAL, S.J.  
DESCRIPCIÓN DE LA TESIS O DEL TRABAJO DE GRADO  
FORMULARIO

<b>TÍTULO COMPLETO DE LA TESIS DOCTORAL O TRABAJO DE GRADO</b>						
La historia inaugurada: Una lectura de las dinámicas raciales en la novela "Terra Virgen" de Eduardo Zuleta Eganía						
<b>SUBTÍTULO, SI LO TIENE</b>						
<b>AUTOR O AUTORES</b>						
<b>Apellidos Completos</b>			<b>Nombres Completos</b>			
Ramírez Céspedes			Ana María			
<b>DIRECTOR (ES) TESIS O DEL TRABAJO DE GRADO</b>						
<b>Apellidos Completos</b>			<b>Nombres Completos</b>			
Casas Dupuy			María del Rosario			
<b>FACULTAD</b>						
Ciencias Sociales.						
<b>PROGRAMA ACADÉMICO</b>						
<b>Tipo de programa ( seleccione con "x" )</b>						
Pregrado	Especialización	Maestría	Doctorado			
X						
<b>Nombre del programa académico</b>						
Estudios Iberoamericanos						
<b>Nombres y apellidos del director del programa académico</b>						
Jaime Alejandra Rodríguez						
<b>TRABAJO PARA OPTAR AL TÍTULO DE:</b>						
Profesional en Estudios Iberoamericanos						
<b>PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser LAUREADAS o tener una mención especial):</b>						
<b>CIUDAD</b>		<b>AÑO DE PRESENTACIÓN DE LA TESIS O DEL TRABAJO DE GRADO</b>		<b>NÚMERO DE PÁGINAS</b>		
Bogotá		2014		139		
<b>TIPO DE ILUSTRACIONES ( seleccione con "x" )</b>						
Dibujos	Pinturas	Tablas, gráficos y diagramas	Planos	Mapas	Fotografías	Partituras
	X					
<b>SOFTWARE REQUERIDO O ESPECIALIZADO PARA LA LECTURA DEL DOCUMENTO</b>						
Nota: En caso de que el software (programa especializado requerido) no se encuentre licenciado por la Universidad a través de la Biblioteca (previa consulta al estudiante), el texto de la Tesis o Trabajo de Grado quedará solamente en formato PDF.						



MATERIAL ACOMPAÑANTE					
TIPO	DURACIÓN (minutos)	CANTIDAD	FORMATO		
			CD	DVD	Otro ¿Cuál?
Vídeo					
Audio					
Multimedia					
Producción electrónica					
Otro ¿Cuál?					
<b>DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVE EN ESPAÑOL E INGLÉS</b>					
Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. (En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar con la Sección de Desarrollo de Colecciones de la Biblioteca Alfonso Borrero Cabal S.J en el correo <a href="mailto:biblioteca@javeriana.edu.co">biblioteca@javeriana.edu.co</a> , donde se les orientará).					
ESPAÑOL			INGLÉS		
Dinámicas raciales.			racial dynamics		
Mestizaje.			miscegenation		
Literatura Calambiana S. XIX			XIX century Calambian literature.		
Negritud / Negritudes.			Blackness.		
Antioquia.			Antioquia.		
<b>RESUMEN DEL CONTENIDO EN ESPAÑOL E INGLÉS</b> (Máximo 250 palabras - 1530 caracteres)					
<p>La presente lectura de la novela se centra en un análisis detallado de las dinámicas raciales presentes en "Tierra Virgen" publicada en Antioquia en 1897, para ello, se dio especial prioridad al análisis de las pautas de emancipación que la novela asume frente al proyecto nacional de la época de factores como la clase y la posición económica. Igualmente, se hizo un análisis detallado de la construcción de los personajes negros, sus formas de inclusión y representación.</p>					
<p>This reading of the novel focuses on a detailed analysis of racial dynamics present in "Tierra Virgen" published in Antioquia in 1897. To do this, special emphasis was given to the analysis of the points of emancipation that the novel takes as for the national project accompanied by factors such as class and economic position. In the same way, it was necessary to do a detailed analysis of the construction of the black characters, as well as the ways of inclusion and representation.</p>					